

Huda Barakat  
El labrador de aguas



Lectulandia

Al igual que su padre y su abuelo, Nicolás es un comerciante acomodado del centro de Beirut, donde regenta una reputada tienda de telas. Durante la guerra civil, pierde a sus padres y a su amante, Shamsa, la joven y atractiva sirvienta de origen kurdo. Poco después, el fuego arrasa el comercio familiar dejando intacto el sótano que sirve de almacén para las telas. Es allí donde Nicolás se refugia un día y donde decidirá vivir, rodeado de suntuosos brocados y terciopelos, cuya historia y variedades conoce como nadie. Esas telas le servirán para recordar a las dos mujeres de su vida: su madre, fantástica e infiel, y Shamsa, digna descendiente de un pueblo insumiso con la que habría podido escapar a su siniestro destino...

Los personajes de Huda Barakat evolucionan, en una ciudad que se descompone, arrastrándolos con ella hacia su extinción. Ellos deben desaparecer como la misma ciudad de Beirut, siete veces aniquilada a lo largo de su historia; desaparecer sin dejar huella para poder reescribir su propia vida, sus valores. Los suyos, caídos trágicamente en desuso, ya solo les traen desgracias.

Labradores de aguas, según la imagen fenicia, no surcan la tierra: solo alcanzan a construir ruinas.

**Lectulandia**

Huda Barakat

# **El labrador de aguas**

ePub r1.0

Titivillus 02.04.2019

Título original: *Harit al-miyah*  
Huda Barakat, 1998  
Traducción: Anna Gil Bardají

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

El labrador de aguas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Sobre la autora

Notas

### *Agradecimientos*

Mi más sincero agradecimiento al Centro Nacional del Libro de París, cuya beca para escritores me ha permitido terminar esta novela.

H. B., abril de 1998

También quiero agradecer a todos mis amigos, en Beirut y en París, su inestimable ayuda a la hora de recordar aquellos lugares que ya no existen, especialmente a Adnán, Zeinab, Ibrahim, Joséphine, Roula, Arlette, Joseph, Hassan...

*Entrañable compañía, la de algunos escritos y voces:*

*Los hombres fabrican objetos y construyen casas, pero solo el vacío les da sentido. La ausencia es lo que da sentido a la existencia.*

LAO-TSÊ

*La noción de posteridad es indistinta al ensañamiento de una vendetta... Esas regiones diversas del tiempo que uno ha vivido están curiosamente más dedicadas a letras de nombres que a partes del cuerpo...*

PASCAL QUIGNARD

*El filósofo chino Chuang Tse cuenta que vio en sueños una mariposilla que le miraba. Cuando se despertó, se preguntó: ¿Soy ahora un filósofo que mira a una mariposa en el sueño de esta?*

*El profeta Mahoma dijo: El hombre está dormido y cuando muere, se despierta.*

*En un desierto lugar de Irán hay una no muy alta torre de piedra, sin puerta ni ventana. En la única*

*habitación (cuyo piso es de tierra y que tiene la forma de círculo) hay una mesa de madera y un banco. En esa celda circular, un hombre que se parece a mí escribe en caracteres que no comprendo un largo poema sobre un hombre que en otra celda circular... El proceso no tiene fin y nadie podrá leer lo que los prisioneros escriben.*

JORGE LUIS BORGES

*Canté la púrpura de Tiro, que es nuestra madre.  
Canté los trabajos de quienes descubrieron el  
alfabeto y labraron los mares. Canté la pira de la  
clara reina. Canté los remos y los mástiles y las  
arduas tormentas...*

También BORGES.  
Fragmentos de una tablilla de barro,  
Anónimo

## I

Es una ilusión. Lo que estás viendo es una ilusión, le dijo mi padre a mi madre, mientras ella levantaba la palma de la mano por encima de los ojos para protegerse del sol y oteaba el horizonte. Desde esta distancia no se puede ver lo que pretendes estar viendo. El mar es como el desierto: también tiene sus espejismos. Todavía estamos muy lejos de la costa.

Pero yo le contesté a tu padre que por supuesto aquello era Beirut, que el barco que nos llevaba de Alejandría a Grecia y que bordeaba el litoral huyendo de las olas agitadas de alta mar se encontraba, justo en aquel momento, paralelo al cabo de Beirut, que veía sin el menor asomo de duda. De lejos, parecía una tierra muy hermosa, como de ensueño. En ese momento mis antojos de embarazada desaparecieron, se me fue el mareo producido por el oleaje de aquel mar rebelde y por primera vez desde hacía meses volví a sentir deseos de cantar. Le dije a tu padre mientras me apoyaba en la barandilla de cubierta y señalaba tendiendo el brazo blanco y delicado hacia aquella dirección: Quiero que bajemos aquí, no quiero ir a Grecia. Y eso fue lo que hicimos.

En mis cincuenta años de vida, sin embargo, no he creído ni una sola vez en la versión de mi madre. Mi padre, que solía permanecer en silencio, la miraba y sonreía. El amor que le profesaba era tal que no osaba poner en duda nada de lo que ella dijera, como si fuera una flor delicada que se marchitara cuando alguien la hacía enfadar. Pero las historias de mi madre, que eran muchas y se repetían sin cesar, aunque variaban ligeramente cada vez que las contaba, me permitían imaginarme la realidad que se escondía tras sus palabras.

Nunca le pregunté, cuando interpretaba su papel de embarazada en el barco que la llevaba a Tesalónica junto con mi padre y su socio griego, cómo era posible que la luz del sol fuera tan deslumbrante si la mala mar había obligado al barco a navegar cerca de la costa. Me dije para mis adentros que quizá el temporal solo había azotado el interior marítimo mientras que el sol relucía en sus márgenes. Tampoco le pregunté si la tierra cuya visión le

deleitó no sería acaso Chipre o Creta, y no la de sus antepasados. Ni cómo había conseguido timonear aquel barco, con solo la ayuda de su vehemente y caprichoso deseo, hasta el puerto de Beirut, donde supuestamente descendió con mi padre mientras el socio de este continuaba su viaje hacia Grecia. Volví a decirme que lo más probable era que los tres hubieran desembarcado en Tesalónica y que luego, por insistencia de mi madre, mi padre hubiera dividido la empresa, cobrando la parte que le correspondía y se hubiera embarcado de nuevo con mi madre hacia Beirut, donde nació yo.

Crecí en el barrio de Abu Yumail, donde vivimos hasta que la guerra cumplió tres años. Allí mi padre vio florecer su negocio de venta de telas hasta que murió, dejándome su amplia y prestigiosa tienda situada en pleno Suq at-Tawile, lugar en el que resido ahora.

La convivencia con mi madre siempre fue difícil, y no solo después de fallecer mi padre. Las frustraciones que le provoqué fueron numerosas; y la primera de ellas se remonta ya a mi nacimiento, pues mi madre no deseaba tener un hijo, sino una hija que heredara toda su belleza y fuera capaz de perpetuarla. Hasta la adolescencia, se empeñó en enseñarme el canto lírico, arte al que ella misma se había entregado a lo largo de toda su vida y de cuya pretérita carrera nunca dejaba de hablarnos. Supongo que debió de disimular su decepción al descubrir que en Beirut no había un Teatro de la Ópera como probablemente había imaginado cuando aún estaba en El Cairo. Cada vez que asistía a las clases de canto de un profesor armenio que había fundado una escuela cerca del convento lazarista, volvía a casa rebotante de alegría para informarnos que el concierto se celebraría muy pronto y que el profesor Kevork le había prometido el papel principal. Mi padre no se oponía a nada de lo que ella hacía. Incluso añadía la sal a escondidas en su plato cuando mi madre insistía en que la comida estaba deliciosa y que no le faltaba de nada, aunque ella jamás puso un pie en la cocina para preparar algo con sus propias manos. Asimismo, mi padre añadía sal a su plato cuando ella, entre quejas y miradas de reproche, así lo hacía. A hurtadillas, mi padre me decía entonces, con un aire algo apenado en los ojos: Hay mujeres de seda... Tu madre es de seda. Lo entenderás cuando seas mayor.

Mi padre no se había opuesto a la decisión de mi madre de instalarse en Beirut a pesar de todo lo que había oído contar a su propio padre, también beirutí, quien le había hablado mucho de esta ciudad y le había leído numerosos libros que la describían. Mi abuelo solía terminar sus charlas aconsejando a su hijo que no sucumbiera a sus encantos y precaviéndole de no volver a ella un día simplemente porque había sido la tierra de sus

ancestros. Mi padre nunca se opuso a mi madre en nada, incluso cuando ella me vestía con ropa de niña contra mi voluntad y me enseñaba canto lírico en casa o me obligaba a acompañarla a la escuela del profesor Kevork, que tenía un bigote fino como el de Douglas Fairbanks. Allí me instaba, antes de abandonarme en un rincón oscuro y de plantarse junto al piano del profesor Kevork, a escuchar atentamente abriendo bien los oídos. Antes de adormecerme, mecido por aquella sucesión ininterrumpida de frases musicales de agudas resonancias, me ponía a dibujar con la mente la parte superior del cuerpo de mi madre hundido en la oscuridad y su hermosa boca abierta, pues la lámpara solo iluminaba la parte inferior de su cuerpo y el bigote del profesor Kevork entregado a la interpretación.

Defraudé también a mi madre porque ya de pequeño no se me daba bien cantar. Es más, antes de cumplir los doce años mi voz se fue volviendo cada vez más áspera y ronca hasta hacerme perder mi timbre de soprano. También en aquella misma época, mi madre se dio plena cuenta de que yo no servía para estudiar y de que mi futuro no sería mejor que el de mi padre, un simple vendedor de telas. Luego pareció resignarse cuando este empezó a llevarme con él a la tienda, donde yo pasaba todos y cada uno de los días en que no había colegio. Mi madre apartaba la mirada en un ademán desesperanzado cada vez que mi padre le prometía encargarse él mismo de que hiciera mis deberes y cumpliera con algunas tareas de la tienda los días que solo tenía clase por la mañana, como los miércoles y los viernes. Me llevaba después de almorzar, se ponía mi cartera de piel bajo el brazo y le hacía un signo a mi madre como indicándole que ya podía seguir con sus lecciones de canto, y que mi presencia en casa ya no la incomodaría. Cuando por la tarde nos demorábamos en la tienda más de lo debido, antes de encomendar al mozo de más edad cerrar la puerta, y de despedirse del resto de encargados, mi padre me susurraba al oído: ¡Maldita sea! Tu madre debe de estar muerta de hambre. Se nos ha ido el santo al cielo... Entonces yo ya sabía que tendría que llevarle un pesado ramo de rosas, cuyas espinas me pincharían las manos o cuyas grandes hojas me privarían del placer de contemplar las luces de la ciudad mientras volvíamos para casa. Después, mi padre se desviaría hacia el zoco de los francos para comprar algo de fruta y se detendría un momento, en Bab Idrís, delante de la tienda de su amigo Rifai, el vendedor de frutos secos recién tostados. Más tarde, bajaríamos a toda prisa por Ahmad Dauq hasta nuestra calle. Si desde lo alto de la escalera no oíamos el gemido del gramófono de mi madre, mi padre se empezaba a preparar una retahíla de excusas o bien daba unos golpecitos a la puerta de la charlatana de Sara,

nuestra vecina, y le pedía —si estaba sola en casa— que subiera a cenar con nosotros. Sara captaba enseguida el motivo de la invitación y movía la cabeza con un aire compinchado. Su insaciable verborrea hacía olvidar a mi madre su disgusto y la velada transcurría sin incidentes. Pero nada de esto servía cuando la conversación entre mi padre y sus amigos comerciantes se adentraba en temas de política o penetraba en el universo de las telas. Entonces, no nos quedaba otro remedio que desviarnos a la izquierda cuando salíamos de la calle Suq at-Tawile, recorrer un tramo de la calle Weygand y detenernos en los almacenes La Damascena, donde mi padre se preguntaba qué frutas de fuera de temporada podía comprar a mi madre. Por ellas pagaba un precio desorbitado, como si fuera uno más de aquellos hombres que un tanto avergonzados acudían allí de vez en cuando para comprar a sus mujeres encintas caprichos tales como uvas o sandía en pleno mes de febrero.

Por eso, tras morir mi padre, la tarea de satisfacer a mi madre me resultaba especialmente ardua. No solo porque no hubiera terminado mis estudios como a ella le habría gustado y porque no me hubiera convertido en médico, profesor de música ni nada por el estilo, sino porque incluso como vendedor de telas nunca estaría a la altura de mi padre. Yo no poseía ninguna de sus muchas cualidades, en eso ella tenía bastante razón. Cuando empecé a trabajar junto a él en la tienda no imaginaba que un día me encontraría solo delante del mostrador. Nos imaginaba a los dos formando un solo y único patrón. Mi madre, en cambio, me veía como el futuro heredero del negocio, cuyo escaso talento apenas si llegaba al de un simple aprendiz de su marido, el cual no iba a estar siempre a mi lado.

Desde pequeño, intentaba esforzarme en comprender cómo mi padre entendía a mi madre. Esto se volvió algo aún más complicado al morir él, porque yo perdí mi modelo y ella las pocas ganas que le quedaban de expresar su voluntad, de decir a todo el mundo lo que debía hacer.

Pese a todo, mi madre repetía a menudo, refiriéndose a mí: Solo quiere ver lo que le interesa. Decía esto como si se dirigiera a su hermana ausente, como si esta siguiera en casa con nosotros y no la hubiera abandonado hacía tiempo. Mi madre siempre hablaba en voz baja y uniforme, en un tono monótono que no casaba con sus emociones. No alzaba la voz cuando se enfadaba ni esta descendía cuando hacía alguna confidencia a alguien. Su voz no rebasó una sola vez el espacio de su rostro para cruzar las ventanas, como las voces de otras madres que llegaban hasta mis oídos. Uno no podía oír hablar a mi madre si no la miraba directamente a la cara, o si la oía no entendía lo que decía, a menos que la escrutara con detenimiento.

Debía de tener razón. Solo quería ver lo que me interesaba. De pequeño me llamaba y, aunque yo la oía, no la miraba directamente a la cara, sino que me giraba en su dirección y clavaba los ojos en otro punto mientras prestaba atención a su voz. Su hermana le había dicho en repetidas ocasiones que no mirar a los ojos de la persona con la que se está hablando es una costumbre de tímidos. No, es una costumbre de ciegos, respondía mi madre.

El tono de su voz era siempre bajo, calmado, regular. Tras la muerte de mi padre yo cambié de actitud. Intentaba imitar su forma de hablar y escudriñaba el rostro de mi madre durante mucho rato mientras trataba de entender qué quería ahora que, anciana, solo me tenía a mí. Ante su obstinada persistencia en racionar la voz, terminé por convencerme de que el motivo de ello era el deseo de guardarla celosamente y no una especie de mala fe destinada a impedir que su interlocutor la escuchara o a hacer todavía más difícil que este entendiera lo que quería. Hasta sus últimos años de vida, mi madre no cesó de repetir que su voz era la más bella que una mujer hubiera tenido. Siguió formándose en el canto y preparándose para su primer estreno. Cuando empezó a excederse en todos estos preparativos, a contar historias de lo más variopinto mientras se empolvaba la cara una y otra vez, me sentí profundamente angustiado y me dije que empezaba a perder la cabeza. Pronto me puse a escuchar sus historias de forma distinta, a preguntarme cosas, a vacilar. De todos modos, ¿cuánto tiempo hacía que mi madre no vivía en este mundo? ¿Quién podría asegurar que de joven decía la verdad? ¿Quién podía dar fe, ahora que se había hecho mayor, de que sus disparatados relatos eran casi todos inventados, de que nunca existieron? Cuando el paso del tiempo empezó a borrar sus facciones, algo que no soportaba, se puso a empolvase el rostro, a maquillarse y a utilizar todo tipo de productos de belleza. Volvía de la tienda por la tarde y me la encontraba sentada en el sofá contando, desde antes que llegara yo, alguna de sus viejas historias. Me lavaba las manos, le llevaba a su habitación la bandeja con la comida que Shamsa había dejado preparada y me sentaba frente a ella. Recorría con la mirada su pelo rojizo, sus finas cejas trazadas con lápiz negro como dos arcos y la escuchaba.

Canté para el rey el día de su cumpleaños después de que Nazli me lo hubiera suplicado durante mucho tiempo, relataba mi madre. Allí me vio tu abuelo por primera vez y se enamoró de mí. Tu abuelo a quien, a despecho de él y de sus telas, arrebaté el hijo para traerlo hasta Beirut. Estaba enamorado de mí y me odiaba al mismo tiempo. Nos temía a mí y a mi voz. Tenía miedo de que me convirtiera en una artista famosa de lo guapa que era y de lo bella que era mi voz. Hizo todo lo que pudo para que no volviera a cantar delante

del rey, le advirtió a su hijo que, si yo volvía a palacio, Faruq me encerraría en su harén y entonces la deshonra caería sobre él si más tarde se casaba conmigo. A toda prisa arregló con mi padre la boda después de haberse opuesto a ella durante mucho tiempo. Mientras iba contando todo esto, mi madre recuperaba por completo su acento egipcio.

Traje a tu padre hasta aquí contra la voluntad de tu abuelo, pues este odiaba Beirut. Lo que no logré fue alejarlo de sus telas como siempre había soñado. Incluso unos días antes de partir, tu abuelo no cesaba de repetir que Grecia era un país extraordinario y seguía desaconsejando a tu padre instalarse en Beirut, a pesar de que sabía cuánto deseaba yo venir aquí. Esta ciudad está a punto de sufrir un terremoto, repetía. Me lo dijo una vez aquel profesor inglés de la Universidad de Leeds. Tu abuelo, fingiendo una objetividad científica, afirmaba que Beirut se encontraba encima de una falla que se desplaza cinco milímetros por año, un promedio que en geología se considera muy importante. Los terremotos han hecho estragos en ella, decía, la han borrado dos veces del mapa y ten por seguro que la tercera está al caer. Ha llegado la hora de la tercera hecatombe, vaticinaba, eso sin contar la destrucción que pueden engendrar las guerras...

Esta ciudad no es el país de nadie, exclamaba mi padre repitiendo las palabras de mi abuelo cuando estaba enfadado, algo que solía suceder con frecuencia en sus últimos años de vida. Estaba profundamente afligido por culpa de lo que él llamaba «la era del *diolen*», que había reducido las ventas hasta el punto de quedarnos con un solo mozo en la tienda. Al menos, decía mi padre, gracias a la era del *diolen* ahora tenemos mucho más tiempo para charlar.

Me miraba con una sombra de tristeza en los ojos, o tal vez fuera de lástima. Luego decía que quizá su padre tenía razón.

En sus últimos años de vida, evocaba las palabras de mi abuelo durante horas. Como si quisiera hacer participar a su padre de nuestra conversación, hacer que este se mostrara ante su nieto en una época tan avara que uno estaba obligado a revivir las riquezas del pasado. Como si mi padre quisiera incitarme a olvidar la miseria en la que vivía ahora el sector textil para devolverme a las riquezas de su padre ausente: las riquezas materiales que lo rodeaban y las riquezas contenidas en el oropel de sus palabras, como le gustaba decir a mi padre cuando le invadía la nostalgia.

Pero ahora vivo envuelto en una felicidad, en un bienestar que ni mi madre ni mi padre habrían podido imaginar. ¿Cómo podrían haber sospechado lo que iba a suceder en mi vida, en la ciudad? Ningún ser humano

habría podido imaginar algo así. Ahora vivo como siempre he deseado, nada viene a perturbar mi felicidad. Es como si todos nuestros deseos, los de mi abuelo, los de mi padre, los míos y puede que también los de mi madre, se encarnaran en mi vida actual. Solo siento nostalgia del pasado aquel a quien el presente ha abandonado, como mi padre. Aunque a veces yo también me dejo arrastrar por su nostalgia, pues siempre lo consideré más un hermano gemelo que un padre. Como mi madre, encontraba en él muchas cualidades que yo no poseía, especialmente después de su muerte, cuando perdí toda esperanza de aprender de él, de cubrirme con las virtudes que me hubiera transmitido en persona. Ahora que en mi nueva vida gozo del tiempo y de la tranquilidad necesarios, me dedico a repasar las lecciones que me transmitió y que ocupan en mi mente el lugar de las lecciones aprendidas en la escuela, de las que ya no queda apenas nada.

Ahora veo lo que de verdad quiero ver. La ciudad no me ha traicionado como temía mi abuelo, cuyo nombre me puso mi padre a pesar de que mi madre no dejó nunca de llamarme David en alusión a mi testarudez, nombre que resumía en una sola palabra el dicho popular que a ella tanto le gustaba repetir: ¿A quién lees tus salmos, David?

Date prisa, Nicolás, me dijo un día Abdelkarim, el hijo de Abu Abdelkarim, cuya tienda apenas distaba unos metros de la nuestra. Me senté junto a él en su Honda mientras que detrás de nosotros venía el Six Wheel que habíamos alquilado a medias. El camión no podía entrar en el mercado por el lado de la calle Weygand, no solo porque la calle era demasiado estrecha para permitir el paso de un vehículo de tales dimensiones, sino sobre todo porque estaba abarrotada de coches de comerciantes, furgonetas y decenas de personas correteando en todas direcciones, profiriendo gritos y armando alboroto, lo que hacía que fuera imposible oír a nadie. Abdelkarim hizo un signo al conductor del camión indicándole que se metiera por la calle Houaik hasta la calle Trípoli e hiciera todo lo posible para entrar al mercado por allí, pues nuestras tiendas se hallaban, de todos modos, en la parte del mercado más próxima al mar.

Antes de llegar a nuestras respectivas tiendas le dije a Abdelkarim que la gente estaba chiflada. ¿A qué venía tanta histeria con el buen tiempo que hacía? Calla, hombre, me respondió Abdelkarim. Ojalá demos con algo que cubra los gastos del alquiler del camión.

La circulación era tan densa que Abdelkarim tuvo que aparcar el coche en la esquina de la calle Jan-Fajri-Bek. Nos dijo a mí y a los mozos del camión que nos seguían a pie: Primero terminaremos con nuestra tienda porque es la que está más cerca del camión. De acuerdo, le respondí mientras apretaba el paso detrás de él.

Nos encontrábamos a pocos metros de la tienda de Abdelkarim cuando empezamos a oír un estruendo de explosiones. Abdelkarim siguió caminando como si nada hasta que, al llegar a su tienda, se quedó clavado delante de ella.

La persiana metálica estaba abollada como una pelota, completamente reventada. Gracias a Dios, exclamó Abdelkarim, lo peor habría sido que se hubiera incendiado. Entró en la tienda sin hacer el menor caso a las mercancías dañadas, las telas hechas jirones en sus rodillos y desparramadas por el suelo y sobre el mostrador de madera. Salió de la tienda en busca de los mozos de carga pero no encontró a nadie.

De nuevo en su coche y circulando a toda pastilla, Abdelkarim no dejó ni un segundo de maldecir a los kurdos y a toda su estirpe, entre los que incluía a los cargadores y al conductor del camión, los cuales se habían esfumado en un abrir y cerrar de ojos y sin avisar. Habían desaparecido justo después de que los bombardeos se intensificaran, con la paga cobrada por anticipado en el bolsillo. Siempre podrían alegar que se vieron forzados por las circunstancias, fijando así sus propias cláusulas del contrato. Mientras tomábamos un café en casa, Abdelkarim me aseguró que las mercancías robadas en el mercado estaban en aquellos instantes siendo descargadas en camiones en algún lugar de Yumeize o de Ashrafiyye. Nos saquean y luego nos bombardean para que no podamos vender las mercancías que nos quedan. Todo esto está calculado, esta es una guerra de pillaje, y no una guerra de hombres, decía Abdelkarim echando humo. Es una conspiración, un plan diabólico... Todas sus tiendas están vacías y las nuestras quemadas y saqueadas. Tú me conoces bien, Nicolás, tu padre conocía al mío. ¿Acaso somos unos fanáticos? ¿Acaso habéis percibido en nosotros el más mínimo indicio de un fanatismo como el de esa gentuza?

Abdelkarim no se mordía la lengua a la hora de hablar así de los maronitas porque sabía que nosotros —los cristianos ortodoxos— tampoco los apreciábamos mucho y que además nosotros no teníamos nada que ver con los acontecimientos protagonizados por los que él llamaba «beirutíes de importación».

Abdelkarim pensaba que hubo una época en que a mí se me había pasado por la cabeza pedirle la mano de su prima, la hija de Muhiddín, de tanto que balbuceé cuando pasó por nuestra tienda con una amiga. La había visto antes, un día en que vino acompañada por Abdelkarim para ver si nos quedaba satén para cubrecamas de color rosa como el que ella estaba buscando. Era una tela que mi padre había vacilado mucho en colocar a la entrada del negocio y a la que él calificaba de tela de tapicero. Ni tan siquiera se apresuraba a llevarla al interior de la tienda cuando se ponía a llover. Esto es satén, Nicolás, no raso, ten cuidado, me solía decir.

Abdelkarim no dudó ni un instante en que el motivo de mi turbación cuando vi a la chica por segunda vez había sido la cara de pocos amigos del padre de ella, así como el tono seco y tajante que adoptó al hablarme, como queriéndome dejar bien claro que me sería más fácil cazar una estrella del cielo que casarme con su hija.

¿Qué le diré a mi anciano padre ahora?, repetía Abdelkarim con un aire apenado mientras me estrechaba la mano y se despedía en la puerta de casa. Volveremos pronto, Abdelkarim, cuando la situación se haya calmado un poco. Además, yo ni tan siquiera he alcanzado a ver de lejos nuestra tienda, le dije.

Era cierto: yo no había visto nuestra tienda ni de lejos. Sin embargo, no me sentía tenso ni afligido como Abdelkarim, lo que me hacía tener mala conciencia. Lo mismo me sucedió después de intensificarse los combates en el centro de la ciudad y tras reunirme con los principales comerciantes del mercado en casa de uno de ellos, en el barrio de Msaitbe. Allí todo el mundo aseguraba que lo que no había ardido en llamas, había sido saqueado y robado. La reunión terminó con la creación de una comisión de comerciantes con la que nunca llegué a reunirme. Ya entonces me preguntaba por qué tendría yo el corazón tan frío. Era consciente de que, de uno u otro modo — pues no lo había visto con mis propios ojos—, esperaba que la tienda estuviera aún intacta. Pero la verdad no era esa. La verdad se hallaba en mi extraña naturaleza, en aquellas cosas de mí que me sorprendían a mí mismo y que no descubriría hasta después de morir mi padre.

Cuando el médico me anunció, después de cerrar la puerta detrás de él, que mi padre había fallecido, no se me desgarró el corazón como tantas veces había imaginado mientras estaba junto a su cama de convaleciente o cuando en mi habitación estallaba en un llanto lleno de dolor al sentir la inminencia de su muerte. Hasta estuve tentado de preguntar al doctor si Yiryis Mitri había muerto de verdad. Era como si de repente me hubiera desdoblado. Un yo incitaba al otro a mostrar su dolor —aunque este fuera fingido— delante de la gente y de mi madre, mientras que el otro permanecía vacío, inerte, insensible. También mi padre se había desdoblado: uno era mi padre y el otro Yiryis Mitri, el hombre que acababa de morir. Se le han secado las lágrimas, decían algunos tratando de explicar el que no hubiera llorado en ningún momento.

La muerte de mi madre fue distinta. Fui yo mismo quien la llevé, solo y en el coche de la parroquia, al cementerio de Mar Mitri. Allí no estaban más que el cura, el sacristán y algunos miembros de la parroquia que no conocía. No

me sentía incómodo al no dar muestras de dolor. Cuando rechacé la invitación de quedarme a pasar la noche allí, en casa de uno de ellos, el cura me persuadió para que volviera a mi casa lo antes posible con el chófer del coche fúnebre, pues a este le dejaban pasar en los puestos de control que se extendían a lo largo de las distintas vías que unían Ashrafiyye con el edificio de la Starco.

A veces me sucede eso, me da por caminar paralelamente a mí mismo, como si me estuviera contemplando, sin sentir que lo que estoy viviendo es real hasta mucho tiempo después.

La primera vez que se me ocurrió ir a inspeccionar el estado de la tienda fue durante una estancia de más de dos meses en Talaat Graham, en casa de Hanún, el cual insistió tanto en que me quedara con él en su casa que no pude escapar. Esto sucedió más de dos años después de aquel día en que fui al mercado con Abdelkarim.

Hanún vino un domingo a primera hora de la tarde como solía hacer siempre. Se tomó un café, sacó de su bolsa unas largas agujas y se puso a tejer lana, hablando por los codos como si el país no estuviera en guerra, como si jamás hubiera dejado de visitarnos y como si mi padre jamás le hubiera dejado claro que en nuestra casa no era bien recibido. El motivo de ello no fue su charlatanería, ni el hecho de que se pasara el rato tejiendo lana con sus dedos largos y cargados de anillos de oro, ni la repugnancia que sentía mi padre cuando lo veía pegado a mi madre, en quien se refugiaba a menudo, ni tan siquiera los gestos amanerados de actriz de cine. El verdadero motivo fue que las dos hermanas de Hanún trabajaban en varios cabarés, con nombres falsos y pelucas rubias. Cuando un día mi padre le espetó que él no era un hombre, Hanún le respondió fuera de sí: Tú tienes una mentalidad chapada a la antigua, eres de los que aún considera que ser artista es un pecado. Menudo artista estás hecho tú, le contestó mi padre. ¿Acaso te crees que la gente no sabe que Flor y Mimosa son tus hermanas Afifa y Latifa? Todo el mundo sabe que trabajan como bailarinas en un cabaré de Zeitune. Como cantantes, replicaba Hanún mientras cogía al vuelo la cestita de castañas tostadas que le había lanzado mi padre. Te juro por Dios que son cantantes, repetía Hanún en tono lloroso. Pregúntale a la tía, añadía señalando a mi madre, ella ha oído la hermosa voz de Flor, ¡Dios me la guarde!

El resto de lamentaciones de Hanún ya solo las escuchaban las escaleras que él descendía como alma que lleva el diablo mientras perjuraba en voz alta que no volvería a aquella casa, a pesar de todo el amor que sentía por mí y por

mi madre, hasta que mi padre se diera cuenta por sí mismo del gran error y la gran injusticia que estaba cometiendo.

Hasta después de la muerte de mi padre, Hanún no volvió a visitarnos. Por eso me quedé tan sorprendido cuando llamó a la puerta de casa aquel domingo por la tarde diciendo que venía empujado por la preocupación de no saber nada de nosotros y de ignorar si estábamos bien. Lloró cuando le dije que mamá había muerto y luego me contó que sus dos hermanas se marcharon a Alejandría poco después del inicio de la guerra, que él se había quedado solo para vigilar la casa pero que pronto se reuniría con ellas. A continuación se puso a recorrer toda la casa, yendo de una habitación a otra y repitiendo que era demasiado alta y estaba demasiado expuesta a los bombardeos y combates que tenían lugar cerca de allí, en pleno centro de la ciudad. Después de buscar por todas partes el lugar donde solíamos guardar las maletas, cogió una y me exhortó a poner todas mis cosas dentro, porque lo que estaba claro es que no me iba a dejar solo en aquella casa mientras él estaba solo en la suya, más segura, pues se encontraba en Talaat Graham. Cargó con mi maleta y me instó a cerrar la bombona de gas mientras me adelantaba y empezaba a bajar la escalera a toda prisa.

Fue en su casa cuando, sentado delante de mí y hablándome de política, me di cuenta de hasta qué punto había envejecido Hanún y de cuán delgado estaba ahora. Antes nunca solía hablar de política, pero seguía moviendo las manos de la misma forma en que lo hacía cuando charlaba con mi madre de cosas de mujeres —como solía decir mi padre—, dándose una palmadita en el muslo cada vez que algo le sorprendía o girando la cabeza hacia el lado derecho mientras entornaba los ojos. Durante todo el tiempo que permanecí en su casa no dejó de hablarme de cómo y por qué había decidido hacerse comunista, siguiendo al fin, aunque con un poco de retraso, a sus dos hermanas, quienes habían comprendido desde hacía tiempo que todos los cristianos ortodoxos debían hacerse comunistas porque la madre Rusia era comunista. ¿Te acuerdas de aquellas dos chicas de cuyo «arte» tanto se burló tu padre? Ya entonces eran comunistas puras y duras, no como yo, que te estoy hablando sentado confortablemente en el sofá. No se lo dije a tu padre porque sabía que odiaba a los comunistas más aún que al arte y a los artistas. Le pregunté a Hanún por qué no iba a la sede general de los comunistas para defender junto a ellos sus convicciones y luchar a su lado. Me respondió que se había hecho mayor, que ya no servía para nada y que prefería guardar sus ideas para él mientras esperaba poder reunirse con sus hermanas en Alejandría. Me exasperaba cada vez que repetía: La madre Rusia con su

comunismo es la única que nos puede salvar de las luchas confesionales entre cristianos y musulmanes. El peor error lo cometieron los franceses cuando decidieron que el presidente de este país debía ser maronita. Un error fatal... Si hubieran dejado la presidencia en manos de los ortodoxos, nada de esto hubiera sucedido. Los cristianos de la Iglesia romana no entienden a este pueblo. Ese fue el peor error de todos.

Un buen día, recogí mis cosas y con la maleta en la mano me detuve en la puerta de la cocina para despedirme de él. En sus ojos percibí un verdadero terror. ¿Por qué?, me preguntó mientras alejaba del fuego el cazo para el café. Con su jersey de franela blanca y su pelo enmarañado tenía un aspecto patético. Voy a asomarme por mi casa, le respondí. De acuerdo, dijo, entonces deja tus cosas aquí. Ve y vuelve cuando quieras. Pero mi corazón no cedió. Dejé la maleta en la entrada y antes de cerrar la puerta detrás de mí oí cómo decía en un tono alegre: Voy a preparar calabaza y calabacines rellenos para esta noche...

Un taxi colectivo me dejó en la Starco. Compré queso fresco y queso *ash'awan*, pepinos, tomates, huevos y algo de pan. Mientras subía escaleras arriba iba pensando en Hanún y me preguntaba si volvería a visitarme a casa o me dejaría en paz. Me imaginé cómo con la excusa de devolverme la maleta me preguntaría por qué había desaparecido de aquella forma tan inesperada y volvería a pegarse a mí para huir de su soledad y de su temor a quedarse solo en su casa.

No me di cuenta del estado de la puerta de la mía hasta que fui a meter la llave en el cerrojo y me encontré con un agujero en su lugar. Retrocedí un poco y entonces vi que uno de los dos batientes de la puerta estaba completamente desencajado y el otro oscilaba sin cerrojo.

La empujé y entré en el salón vacío. Por un momento creí haberme equivocado de piso. Salí disparado hacia el rellano y allí me encontré de frente con una mujer que llevaba un bebé en los brazos, luego noté la mano de nuestro vecino Abu Adnán cogiéndome por el brazo y tirando de mí sin decir palabra hacia su piso, en la tercera planta.

Con la espalda apoyada en la pared de la Escuela de la Alianza, me puse a recordar lo que Abu Adnán me dijo aquel día acerca de mi casa, y que en resumidas cuentas venía a ser que ahora esta ya no me pertenecía, que los que ahora la ocupaban no eran los mismos que la habían saqueado y se habían llevado todas mis cosas, que no debería haberla abandonado de aquel modo sin nadie que la custodiara y que ahora lo único que podía hacer era ir a ver a

los milicianos del puesto de control de la calle de Francia, dirección a la iglesia de los Capuchinos, a ver qué podían hacer ellos.

Una vez más, me sorprendió el vacío que se creó en mi interior, mi incapacidad para reaccionar. Me dije que, como siempre, necesitaba un poco más de tiempo para asimilar todo aquello.

Pasé horas en este estado, de pie en medio de la calle, la espalda apoyada contra el muro de la Escuela de la Alianza. Al final decidí ponerme en marcha. Vacilé en tirar la bolsa con la compra pero al cabo de un rato y sin saber cómo me encontré abriéndola para sacar un pepino y empezar a mordisquearlo. Luego me puse a caminar balanceando la bolsa como quien camina por el paseo marítimo un radiante día de fiesta.

Recordé entonces que había dejado dinero en mi casa. Habría volado, estaba claro. Me dije que podía volver con Hanún, pero la idea no me gustó nada. Como hacía buen día, pensé en ir andando hasta Wardiyye y una vez allí acercarme al banco para sacar algo de dinero. En el banco la espera fue larga, pues los empleados de aquella sucursal no me conocían como los de la sucursal que antes había al lado de mi casa, en Bab Idrís, y que tuvo que cerrar a raíz de los acontecimientos. El empleado que me atendió me aconsejó volver al día siguiente a primera hora para poder estudiar mejor mi caso y para que cambiara mi cuenta en libras libanesas por una cuenta en dólares, pues de otro modo todo lo que poseía no me llegaría, dentro de poco tiempo, ni para comprarme un traje curioso, según la expresión exacta del empleado. Le di las gracias y me metí las libras en el bolsillo. Al salir, me puse a escrutar mi traje a la luz del día, al tiempo que me preguntaba qué pretendía decir el empleado con aquello de «un traje curioso». Tal vez se refería a que el mío ya no estaba de moda. Es cierto que era ya un poco viejo, pero el sueldo de un mes entero de aquel empleado no habría bastado para comprar el tejido con el que estaba hecho, y eso sin contar el trabajo de confección. He aquí la generación de Théophile Juri: ¡Compre un traje a cuatro duros y llévese otro!

En la ciudad reinaba la calma y hacía bueno, así que sin darme apenas cuenta me puse a caminar en dirección a Wadi Abu Yumeil. No, me dije, ¿qué es lo que me trae a esta calle? Di la vuelta en dirección a la calle de Francia y me metí por unas callejuelas estrechas y serpenteantes como las de un verdadero laberinto y cuyos habitantes se iban volviendo, a medida que me adentraba en ellas, más y más pobres. Supe que me había perdido cuando los callejones empezaron a aparecer desiertos y sus edificios quemados. Sin embargo estaba convencido de que no debía de estar muy lejos de la Starco y

de que la calle Wadi Abu Yumeil quedaba justo detrás de mí. Luego me encontré delante de un muro de bidones amontonados unos sobre otros y de cuya superficie brotaban algunas hierbas.

En lugar de dar media vuelta y volver sobre mis pasos, me escabullí en la última hilera de bidones, pasando por debajo de estos, y allí tomé la dirección contraria hasta llegar a un montículo de tierra bastante alto. Oí gritos y disparos detrás de mí, así que no me moví de mi sitio. Al cabo de un momento me giré y me metí por entre medio de unas hierbas altas y de unos arbustos, bordeando el montón de tierra y andando durante un rato entre piedras. De repente, me encontré en medio de un extenso descampado en el que reinaba el más absoluto silencio. Entonces supe que me hallaba en el centro de la ciudad. Ignoro lo que me había empujado hasta allí. Quizá no había oído las explosiones, el silbido de los morteros, los disparos de bala. Anduve durante mucho rato tratando de reconocer los lugares que me rodeaban, hasta que me perdí.

Así es como, al cabo de casi una hora de búsqueda, fui a parar frente a nuestra tienda. El sol empezaba a ponerse.

### 3

Ahora vivo como siempre he querido, rodeado de todo aquello que llevo deseando desde mi infancia. Veo lo que quiero ver y toco lo que siempre he soñado tocar, oigo el murmullo que siempre he soñado oír; oler su perfume, sus perfumes, llenarme los ojos de luces y sombras.

El día que llegué a nuestra tienda, hace algunos meses, me encontré con que todo lo que ella contenía se limitaba ahora a un montón de cenizas que no lograba distinguir demasiado bien, pues la noche ya había empezado a desplegar su manto de oscuridad y las paredes de la tienda habían quedado negras por efecto del fuego, lo que hacía aún más difícil atisbar algo en su interior.

Salí de nuevo a la calle y me senté delante de la tienda, sobre una gran piedra que hice rodar con el pie desde el medio de la calle hasta el muro opuesto. Moví la cabeza en un gesto de lástima por las mercancías perdidas al tiempo que volvía a interrogarme acerca de lo que me había empujado a ir hasta allí y acerca del estado en el que esperaba encontrar la tienda antes de llegar. No sentí urgencia de saber lo que iba a hacer antes de que anocheciera por completo. Ya veremos, pensé, por ahora todo va bien. Hacía una noche de primavera estupenda y la temperatura era agradable. Incluso podía quedarme a dormir allí, pues no había en todo el mercado ni un solo ser humano al que temer ni el menor indicio de un arma. Abrí mi bolsa, saqué una hogaza de pan fino, separé sus dos mitades y las coloqué una encima de la otra sobre mi brazo. Luego extendí un trozo de queso en cada una de ellas, las enrollé sobre la bolsa de plástico y me puse a comer, alternando los bocados de pan con los de un tomate, y dando gracias a Dios por haberme hecho conservar la bolsa durante todo el día y no haberla tirado a la basura después de que Abu Adnán me anunciara que ahora mi casa ya no me pertenecía. Me tendí en el suelo apoyando la cabeza en la piedra sobre la que había estado sentado y cubriéndome con mi chaqueta de pana.

A la mañana siguiente me despertó un trinar de pájaros. ¡Pájaros! Debo de estar soñando, me dije, hacía una eternidad, desde el inicio de la guerra, que

no había visto una sola de estas extraordinarias criaturas en el cielo de la ciudad. Me levanté de buen humor y di una larga ojeada a mi alrededor, plantado en medio de aquella extraña quietud, y luego entré en la tienda. Del lado de las cenizas blanquecinas y negras vi un montón de guijarros de distintos tamaños, de colores y curvaturas de lo más sorprendente. Pronto me di cuenta de que se trataba de una aglomeración de trozos de nailon fundido tras la combustión de un número considerable de telas de poca calidad, aquellas con las que mi padre había accedido a comerciar después de haberse negado a ello durante mucho tiempo, dedicándoles toda la planta baja del negocio. Las telas de verdad, como él solía llamarlas, solo las sacaba para clientes con una cierta clase, aquellos que se merecían bajar al sótano.

El sótano. El sótano.

Me dirigí hacia el interior de la tienda, que había perdido una de sus paredes, y arranqué un arbusto que había crecido allí en medio. Con la ayuda de una barra de hierro medio rota empecé a despegar a golpes los guijarros de nailon fundidos sobre la trampilla de metal que permitía el acceso al sótano. Estuve golpeando la puerta hasta hacer saltar las bisagras y arrancarla por completo, a fin de permitir que la luz del día penetrara mejor. Me tendí boca abajo en el suelo y metí la cabeza por el amplio orificio. Un soplo de aire frío me abofeteó el rostro. Increíble, me dije mientras me ponía de pie y me apresuraba a bajar las escaleras.

Todo estaba en su lugar. Igual que cada noche después de dar el último vistazo antes de apagar las luces y cerrar la puerta. Igual que el último día que había ido a trabajar al mercado.

Todo estaba en su lugar. Ni siquiera había huellas de polvo. Lo supe sin necesidad de tocar una sola bobina de tela, simplemente viendo el brillo propio de cada tejido, de cada género, la luz proyectada libremente sin que una sola mota de polvo viniera a mancillarla. Una luz especial que yo conocía muy bien y que las pupilas de mis ojos eran capaces de identificar y clasificar sin la menor dificultad desde hacía décadas.

Fue quizá el momento más feliz de mi vida. Bajé a toda prisa por las escaleras hasta la planta baja. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Salí de la tienda y me puse a pensar. Luego me lancé a la búsqueda de un alma con vida por todo el Suq at-Tawile, recorriéndolo en vano de un lado a otro. Me arrepentí de haber arrancado la trampilla del sótano y decidí volver a colocar las bisagras en su sitio porque uno nunca sabe lo que puede pasar. Apreté el paso en dirección a la tienda, entré de nuevo, volví a salir y me senté en la piedra colocada enfrente de la puerta abierta de par en par que

daba a la calle. De hecho, no había puerta alguna. De la antigua puerta con sus batientes de madera ya no quedaba ni rastro. Sin duda se habían quemado completamente y los cristales habían volado hechos añicos antes de ser reducidos a polvo. La persiana metálica había sido deformada por el fuego y quién sabe si también por el bombardeo que había destrozado todo el barrio, y había quedado levantada, paralela al asfalto, formando casi un ángulo recto con la pared del edificio.

Permanecí hasta el anochecer sentado sobre aquella piedra, pensando. Las telas que se habían salvado en el sótano de la tienda bastarían, si las vendiera, para poder vivir el resto de mi vida. También podía alquilar un nuevo local en Mar Elias o en Ashrafiyye y vivir tranquilamente, como antes, en una casa pequeña cerca del trabajo. Un dormitorio, un salón y una cocina, con un alquiler no demasiado alto.

Me entró sueño antes de que cayera la noche. Tuve miedo y no me atreví a bajar al sótano para dormir allí. Era como si todavía no estuviera preparado. Volví a colocar la trampilla metálica en el agujero del suelo y regresé a mi piedra, al aire libre. Antes de quedarme dormido se me ocurrió que tal vez habían entrado ratones o ratas en el sótano y las habían roído. No, pensé, esto no tiene ningún sentido. Lo habría sentido, lo habría visto. Y me quedé dormido.

Pasé muchos días, tal vez semanas, sin atreverme a salir de Suq at-Tawile. No salí a pasear por el centro de la ciudad, como hicieron muchos cuando cesaron los combates, después de la llamada «guerra de los dos años». No lo hice y me maravillaba ante esas gentes que vestían a sus hijos de domingo, cogían bocadillos, refrescos y pipas, y se ponían a pasear por entre los escombros de lo que poco tiempo atrás había sido el escenario de una actividad incesante y de un caos circulatorio insoportable. Por lo que parece, ahora preferían deleitar sus oídos con el silencio provocado por la ausencia de bullicio, de cláxones, del rumor de motos y coches, del silbido del guardia de tráfico o de los gritos de los vendedores ambulantes. Estos últimos, además, habían empezado a utilizar megáfonos a pilas como si lanzaran consignas a un ejército.

No salí a pasear como los demás. Asimismo, fui posponiendo la inspección de los bajos de la tienda hasta que la guerra volvió a estallar. Pensaba que no había ninguna necesidad de ello. ¿De qué servía inspeccionar la devastación y sus consecuencias, aparte de para hacer sufrir al corazón?

No, no salí a pasear. Sin embargo, permanecí muchos días, tal vez semanas, deteniéndome delante de las brechas abiertas por los obuses en las

fachadas de determinados comercios de Suq at-Tawile, tratando de recordar en vano sus nombres y el de sus propietarios, yo que me había criado en el barrio. Las paredes que seguían en pie estaban ahora cubiertas de hierbas y plantas, por no hablar de los lugares que se hallaban al descubierto, a pleno sol, donde habían crecido árboles, sobre todo ricinos. ¿Cómo era posible todo aquello?, me preguntaba. ¿De dónde había sacado la tierra toda aquella fertilidad? ¿Qué había sido del asfalto de las calles? ¿Había sido arrancado por los obuses o acaso fueron las piedras caídas de los edificios y luego arrastradas por las lluvias las que crearon un nuevo suelo? ¿O quizá había estado yo ausente del tiempo, insensible al curso de los acontecimientos que terminaron convirtiéndose en guerra?

Yo, que me había criado en aquellas callejuelas estrechas, ya no sabía si el níspero de cuyos frutos me alimenté durante tanto tiempo seguía estando allí, junto a la fuente de Antabli, presente desde que el mercado era mercado, si había crecido y dado frutos durante mi ausencia en medio de aquel inusitado paraíso de verdor que Dios había iluminado para acabar con la devastación y vencerla. Para que la tierra recobrara su soberanía. Para que la cara oculta de esta ciudad volviera a surgir de nuevo, para que sus habitantes se fueran y en su lugar vinieran otros nuevos.

## 4

Mastico piñones mezclados con trocitos de hielo y luego vuelvo a dar un pequeño sorbo de aquella bebida helada mientras me pregunto cómo el maestro Antabli consigue combinar el sabor dulce con el aroma de incienso, cómo hace para obtener aquel color rojo vino, un rojo puro y luminoso como ningún otro maestro heladero de renombre ha logrado nunca obtener. Incluso el maestro artesano damasceno que abrió una tiendecita en la esquina del mercado de los Francos y que se puso a mandar cartas amenazantes a Antabli y a añadir más piñones y pasas a los clientes que se mostraban abiertos a nuevas experiencias, no logró nunca imitarlo.

Después de cada pequeño sorbo, compruebo el nivel de líquido que queda en el vaso, sintiendo una especie de deleite y frustración al mismo tiempo hasta que me absorben las palabras de mi padre. Cada vez que mi padre me hablaba de mi abuelo, al cual yo no llegué a conocer, sus ojos se cubrían con aquel fino velo que suele cubrir los ojos de ciertas personas cuando miran a lo lejos, olvidándose de quién está a su lado, mientras tratan de recordar algo. Yo también lo he olvidado todo, pero de vez en cuando se me aparece el rostro de mi abuelo, un rostro que yo he inventado, tomando algunos rasgos de mi padre y añadiéndoles unos cuantos años más y quizá algo de severidad.

Mi abuelo solía decir que una ciudad construida bajo la influencia de Saturno, como explican los antiguos, no puede ser próspera durante mucho tiempo. La abundancia solo dura hasta que el desbarajuste y el caos vuelven a ponerlo todo patas arriba. Por eso los griegos escribieron en el umbral de Bab ad-Darake, que en realidad era el umbral de otra puerta que había desaparecido: Tú que cruzas esta puerta, ten presente la misericordia. La ciudad fue destruida en tiempos de los asirios, de los persas y de los aliados de Alejandro Magno, y permaneció en ruinas durante setenta y cinco años hasta que Pompeyo la reconstruyó y la llamó Felicia, «la feliz», en honor a su hija Julia Félix. En esa misma época se construyó la gran escuela jurídica, cuya fama todavía creció más en tiempos de Alejandro Severo, al fortalecerse gracias al reconocimiento y anexión de cientos de pequeñas escuelas. Pero

cuando la estrella de esta gran escuela brillaba en lo más alto y ya empezaban a conocerla con el nombre de «nodriza de las leyes», un terremoto la sacudió, removiendo sus entrañas y hundiéndola de nuevo en el caos. Justo después de las guerras de Marada y los asesinatos de Muawiyya Ibn Abi Sufián y luego de su hijo Yazid, hubo un período de calma que duró hasta finales del siglo IX, después de que el príncipe Noamán Ibn Amer al-Arsalani asumiera el gobierno de la ciudad e hiciera construir su muralla y su fortaleza. Beirut recibió entonces una gran afluencia de jueces, imanes y comerciantes hasta que otro gran terremoto volvió a azotarla de nuevo. Las guerras sucesivas la fueron hostigando sin llegar nunca a destruirla del todo, pero impidiendo que la ciudad prosperara y que el comercio recuperara el vigor de antaño. Posteriormente el rey franco Balduino IV la asedió durante el gobierno de Saad ad-Dawla at-Tawashi, conocido por hacer arrancar todo el empedrado de la ciudad por temor a que se cumpliera el presagio de los astrólogos, quienes vaticinaron que su caballo resbalaría provocándole la muerte. Pero quien al final murió en Beirut fue el propio Balduino, justo antes de que Saladino levantara un nuevo sitio sobre la ciudad y saqueara todo lo que en ella quedaba después de los asedios anteriores, protagonizados por Balduino y por la flota egipcia. Saladino arrancó sus viñas, sus olivos y echó abajo sus edificaciones.

No tengas miedo, me decía mi padre, no me mires con esos ojos. Lo que me contaba tu abuelo sucedió hace mucho tiempo...

Mi abuelo decía que los francos seguían aferrados al sueño de que un día se apoderarían de Beirut, que envidiaban a sus gentes con todas sus fuerzas y les hacían la vida imposible. En tiempos del lugarteniente de los príncipes francos, el sacerdote germánico conocido con el nombre de Kanzler, los francos se fueron haciendo cada vez más fuertes, hasta que el rey Adel decidió acabar con esta buena racha. La batalla tuvo como resultado la destrucción de la muralla, de la fortaleza y de infinidad de casas de la ciudad, pero los francos salieron vencedores hasta que llegó Sunqur el valiente, caudillo del ejército del rey Ashraf Jalil Ibn Qalawún, y volvió a devastarla, es decir, destruyó lo poco que todavía debía de quedar en pie para arrojar sobre ella cal viva.

¿Y eso por qué, padre?, le preguntaba yo. Según tu abuelo, respondía, este es el destino de toda ciudad creada bajo la influencia de Saturno, el astro cruel.

Mi abuelo añadía que la ciudad volvió a florecer durante unos veinte años, antes de verse afectada por la peste negra que terminó con la vida de buena

parte de los habitantes que no lograron huir. Cuando la epidemia desapareció por completo, los que habían abandonado la ciudad regresaron, la reconstruyeron y de nuevo volvió a recuperar su antiguo esplendor, hasta el punto que el hijo del dogo de Venecia venía a pasearse por sus calles acompañado de su séquito y de un grupo de amigos. Pero a los habitantes de Beirut les indignó la soberbia del chico y le tendieron, a él y a sus acompañantes, una emboscada que terminó con el asesinato del hijo del dogo a manos de un *sheij* ciego. Cuando la noticia llegó a oídos del dogo, dispuso para su venganza una gran flota de buques de guerra y la envió a sus costas. Los barcos atacaron el puerto, los soldados entraron en Beirut, la quemaron y la arrasaron por completo, matando a todo aquel que intentara huir. La ciudad permaneció destruida durante mucho tiempo.

Luego vinieron, según mi abuelo, las guerras entre el clan de los Tanuj y los príncipes de Kesrouán, después las guerras que enfrentaban a los beduinos yemeníes y los qaisíes. En la época del emir de Alepo, Bashir Ibn Husein, Beirut era casi como un pueblo deshabitado, si bien los hermanos del emir, sus hijos y sus nietos volvieron a construirla, devolviéndole toda su belleza. Pero la peste volvió a surgir y a arrasarla por completo. Después de que al-Yazzar se exiliara en la ciudad huyendo del valí de Egipto, la flota moscovita le impuso un bloqueo ordenado por Dáhir al-Omar, el cual hizo quemar sus edificios y saquear sus bienes. Pero cuando al-Yazzar contradijo las órdenes del emir y no cumplió la promesa que le había hecho de devolverle la ciudad, los barcos moscovitas regresaron a Beirut, por petición expresa de Dáhir al-Omar, con todos sus soldados a bordo y la asediaron de nuevo por tierra y mar, bombardeándola día y noche durante cuatro largos meses.

Luego, continuaba mi abuelo, hubo las guerras entre musulmanes y bizantinos, antes de que la arrasaran las tropas egipcias de Ibrahim Pacha, a las cuales solo consiguieron derrotar los cañones de los buques de una flota formada por distintos estados europeos y por el ejército del sultán Abdelmeyid Khan. Más tarde, cuando el imperio otomano trasladó la sede de su gobierno de Sidón a Beirut, y Selim Pacha fue puesto al mando de ella, las cosas mejoraron y la ciudad volvió a recuperar toda su vitalidad. Beirut acogió a los cónsules extranjeros, a comerciantes europeos y a todo tipo de gente que iba y venía. Después de haber echado a las tropas egipcias de Siria, los soldados ingleses permanecieron todavía mucho tiempo en Beirut. En ese momento, se decidió construir nuevas viviendas debido al aumento de los alquileres, lo que hizo que muy pronto la ciudad empezara a extenderse

extramuros hasta tal punto que los que conocieron aquella época aseguraban que el desarrollo de Beirut fue tan rápido que ningún otro lugar, incluso de Europa, podía comparársele. También en aquella época la ciudad vio aumentar su número de habitantes, al huir hacia ella los aldeanos en cuyos pueblos había estallado la guerra civil. Beirut siguió creciendo y enriqueciéndose, beneficiándose incluso de los combates en la montaña entre drusos y cristianos. Hasta que en el año 1860 las incursiones contra Damasco, Wadi Taym y sus alrededores empezaron a debilitar la economía y a paralizar el comercio mientras que el número de habitantes de la ciudad, entre los que venían y los que vivían en ella, no cesaba de crecer. Después llegaron los soldados franceses y las concesiones extranjeras, las cuales hicieron de Líbano una provincia otomana independiente del resto de Siria y bajo control directo de la Sublime Puerta. Beirut conoció entonces un florecimiento sin precedentes que coincidió con la construcción de una vía segura entre la ciudad y Damasco, proyecto tutelado por una compañía francesa, convirtiéndola en un centro de comunicación entre Europa y Siria, situación que fue todavía más favorable gracias a las facilidades procuradas por el banco otomano. La prosperidad siguió extendiéndose todavía más a partir de la obtención del estatuto de provincia autónoma. Las escuelas empezaron entonces a crecer como setas: la escuela griega ortodoxa, la griega católica, el colegio sirio, el colegio evangélico americano, los jesuitas, la Sagesse para los maronitas, las monjas lazaristas, las monjas prusianas, la escuela inglesa de Mrs. Thomson, las monjas nazarenas, el colegio militar del sultanato, etc. Todo esto acompañado de un formidable crecimiento y expansión de la imprenta y de la prensa escrita.

Fue en aquella época, decía mi abuelo según había oído de su padre, cuando la familia decidió marcharse a Egipto llevándose consigo grandes cantidades de uno de los productos más preciados del país: la seda. A ella se le debe añadir la experiencia —adquirida por los beirutíes desde la época del emir Mansur al-Shihabi— que mi familia poseía en todo lo referente al pasado de la seda y a su elaboración.

Mi abuelo contaba que su padre no solo fue a Egipto por motivos comerciales; llevaba la cuenta del tiempo en que la bonanza reinaba sobre Beirut y afirmaba que el siguiente infortunio estaba al caer, que un período de prosperidad como aquel acabaría, a la fuerza, por llegar a su fin.

Mi abuelo era del mismo parecer que su padre.

¿Pero por qué, le pregunté a mi padre, si Beirut es una ciudad exultante y próspera?

Porque tu abuelo creía que la vida de esta ciudad estaba gobernada por ciclos con un ritmo identificable: la vida solo es capaz de renovarse después de un largo período de muerte y destrucción.

Su tierra está formada por la acumulación sucesiva de hombres y animales que pasaron por ella. No es como la tierra de las ciudades que viven movidas por el viento de los tiempos, el cual acaricia la superficie de sus casas sin penetrar jamás en ellas.

Pero estas creencias de tu abuelo nacían también de una envidia callada hacia todas aquellas personas que seguían viviendo en Beirut... Era la espina que le había dejado la obcecación de su padre, que siempre le impidió volver a ella, la nostalgia y el amor que tu abuelo sentía por esta ciudad tan lejana y prohibida. Yo lo comprendí todo, y he aquí que ahora vivimos felices, seguros. No tienes nada que temer.

## 5

Todo lo que producía tristeza en mi padre en los últimos tiempos, todo lo que lo llevaba a evocar los desventurados pronósticos de su padre y de su abuelo, todo aquello desapareció.

La planta baja había sido reducida a cenizas y con ella todo lo que, en sucesivas oleadas, había ido invadiéndola a despecho de mi padre, causándole un sentimiento parecido a la vergüenza de sí mismo y un distanciamiento, en los últimos tiempos, de aquel oficio al que había dedicado toda su vida, su amor, su ciencia y su tiempo, aquel oficio cuyos avatares e historias nunca había dejado de seguir. Sentado a mi lado cerca de la estufa eléctrica, me miraba y movía la cabeza con un aire apenado, y cuando le preguntaba qué pasaba me decía, después de vacilar un poco y tratando de quitar hierro a sus palabras: No, son los tiempos que cambian... Me he hecho mayor, me he vuelto uno de esos viejos que solo admiran el pasado y ven el presente como algo malogrado e imperfecto. Pero el caso es que ahora uno es solo un simple comerciante de telas, nada más. Vendes en tu tienda una mercancía sin oficio ni historia. No sabes ni de qué está hecha ni de dónde procede. Un simple vendedor que lleva las cuentas de su capital y de sus beneficios. Compra y vende. Eso es todo. Tú conociste a Akbar Maktabi, sabes que cuando ese anciano se ponía a hablar de alfombras uno creía estar viendo con sus propios ojos a sus ancestros persas volcados en la escritura de manuscritos en los que vertían su ciencia, sus aventuras, sus viajes, las costumbres de pueblos lejanos que describían desde cómo hacían un nudo con un hilo de lana hasta cómo lo teñían o cómo calculaban el número de tramas de un tejido según sus creencias religiosas. Compara a Akbar Maktabi con uno de esos vendedores ambulantes de alfombras fabricadas en Alemania que van dando vueltas por la plaza de al-Burch. En una mano llevan las alfombras y en la otra un puñado de globos de colores o tal vez una cesta con higos secos, qué más da.

Mi padre volvía a mover la cabeza en un ademán de tristeza y seguía comiendo castañas o bebiendo té. Cuando entraba una clienta ni tan siquiera se levantaba para saludarla. Yo vacilaba un segundo y luego me acercaba a

ella para atenderla. La clienta daba un vistazo general a las estanterías y a veces salía sin mediar palabra. Entonces yo volvía a sentarme en silencio junto a mi padre y me calentaba las manos con la estufa.

Mi padre no vivió lo suficiente como para verme barrer las cenizas de la planta baja: el nailon, el poliéster, el *diolen*, el acetato. Fibras mercerizadas sin seda, lana artificial que se estropea si se la deja al sol, satén que echa chispas al contacto con la luz eléctrica, visos que se vuelven amarillentos con determinados olores y que se arrugan con un simple soplo de aire. Viscosa, *rhovyl*, *crylor*... Imitaciones que empezaron con el tergal y terminaron su declive con el *diolen*.

Ahora la planta baja es una hermosa terraza. Corto los tallos de acedera sobre unas hojas de acelga y de achicoria silvestre y miro a mi alrededor mientras sonrío complacido. He arrancado todas las plantas y hierbas salvajes salvo unos cuantos helechos. He trasplantado las hiedras, con sus pequeñas raíces, de las paredes de los vecinos a los hoyos excavados bajo las mías. Lo mismo hice con el pequeño arbusto de zumaque que planté al lado de la entrada, cerca de la maceta de menta y el laurel, de perfume tan delicioso. Después de almorzar, iré andando hasta la calle Foch una vez haya comprobado que no hay nadie en toda esta zona. En la calle Allenby atajaré por la calle Abdalá Bayhom y no por la avenida del Ayuntamiento, como hice la última vez, el día que recogí un cuenco entero de moras bien grandes, prometiéndome que volvería al cabo de unos días cuando una segunda hornada de estos sabrosos frutos hubiera madurado.

Esta tarde, atajaré por delante del restaurante Ayami y continuaré por la calle Jan Fajri Bey hasta la mezquita Mayidiyye o hacia el sur, hasta el cementerio de Samatiyye. Desde hace un tiempo una idea diabólica me ronda por la cabeza: tengo cada vez más ganas de ver el mar y de comer pescado. A Dios me encomiendo y al anzuelo que yo mismo me fabriqué hace unos días para lograr este cometido.

Pero de momento sigo prefiriendo, cuando el estruendo de las explosiones se hace insoportable y los disparos de bala cubren el cielo, pasando de un lado al otro sobre mi cabeza y a mi alrededor, volver a casa antes de que caiga la noche. Todos estos ruidos todavía me molestan, aunque ya no me dan ningún miedo. Digo «mi casa» y debería decir «mi palacio», pues de un lugar como en el que yo vivo no dispuso ni el mismísimo Harún al-Rashid, a juzgar por lo que he oído y leído.

En el sótano, una vez hube deshecho los fardos y desplegado las telas de sus carretes, invertí toda mi imaginación, todos mis deseos, en arreglar y

amueblar mi nuevo hogar, movido por una felicidad infinita. Cada vez que bajaba una tela, una de aquellas prendas sublimes y únicas, la extendía sobre el suelo y me ponía a contemplarla a una cierta distancia, desde todos los ángulos en los que le llegaba la luz. Casi lloraba de alegría y de estupefacción antes de avanzar para tocarla... Luego me desnudaba completamente y me envolvía en su interior durante toda la noche. Me deleitaba oliéndola, escuchando su murmullo desde el interior, pegándola contra toda mi piel para recuperar aquellos detalles de mi memoria que la concernían, para releer como si de un libro se tratara el recuerdo que conservaba de sus características, de sus componentes, página a página, palabra a palabra, letra a letra. Al alba me despertaba aún dentro de ella, luego salía y la volvía a contemplar bajo la luz del nuevo día que luego iría cambiando sobre ella hasta primera hora de la tarde y el anochecer.

Entonces, la plegaba de nuevo o la enrollaba en su carrete y la dejaba a un lado para pasar a otra tela.

Así fue hasta que terminé con todos los brocados y telas del sótano. Luego las subí a la planta baja y me puse a admirarlas a la luz del día. Las dejé airearse un día entero y después las volví a bajar una a una al sótano, con la determinación de cubrir con ellas el techo, las paredes y el suelo. Aproveché las tablas de unas cuantas estanterías para construirme una cama ancha, unas sillas y una mesa baja para poner en medio. Según las telas fueran de color vivo u oscuro, dirigía la luz que llegaba del techo hacia el interior, haciendo que se reflejara sobre una de ellas para conseguir un determinado efecto, brillante o mate, que absorbiera la luz o la refractara. Según el frío o calor que hiciera, movía las telas de un lugar a otro para que la temperatura dentro de casa fuera siempre templada y agradable por mucho que cambiara el tiempo o por muy húmedo que fuera el aire en la calle.

Con algunos carretes, sobre todo con aquellos más antiguos hechos de hueso, me fabriqué una especie de tuberías, mediante las cuales fui canalizando el agua que salía de unos pequeños manantiales situados junto al banco de piedra adosado a la fachada de la casa. Sin embargo, mi intención era traer el agua de lugares más lejanos, así como cavar la tierra tan pronto como mi jardín estuviera listo.

## 6

A mi madre le gustaban los vestidos, no las telas. Le gustaba disponer la mesa, no cocinar. Su voz de cantante de ópera, no el canto. No mentía, solo disfrutaba inventando y reinventando su vida.

La modista de la alta sociedad, *Madame* Rahme, venía a casa con la tela que mi padre había previamente escogido para los vestidos que mi madre se ponía en ocasiones especiales. De una gran maleta de piel parecida a la que suelen llevar los médicos, *Madame* Rahme empezaba a sacar revistas de moda. Acercaba su silla a la de mi madre, apartaban sendas tazas de café de la mesa y se enzarzaban en una larga conversación de la que con frecuencia *Madame* Rahme salía furiosa, a pesar de su extremada cortesía. Se ponía entonces a llenar sus frases de palabras francesas, como si quisiera mitigar el efecto que estas pudieran tener sobre mi madre, a quien nunca le gustaba un solo vestido tal y como aparecía en la revista, sino que quería el escote de este con las mangas de aquel, hasta terminar inventando un vestido que *Madame* Rahme solo consentía en confeccionar después de muchas negociaciones. Entonces volvían a sentarse de nuevo, papel y lápiz en mano, dejándome que me extasiara hojeando las revistas y contemplando todas aquellas mujeres que, de tan delgadas, resultaba difícil imaginarlas caminando por la calle sin que se les quebraran las caderas. Mujeres esbeltas y sonrientes que parecía que estuvieran señalando algo con sus manos, como si trataran de explicar una idea compleja pero a la vez agradable a un público muy numeroso. Pero mi goce no culminaba hasta que *Madame* Rahme se iba hacia las telas, les daba una y otra vuelta, y las arrojaba sobre el cuerpo de mi madre o lo envolvía con ellas. Luego retrocedía un poco para examinar su talle desde distintos ángulos mientras movía la cabeza encanecida de un lado al otro, antes de empezar a marcar y cortar echando mano de su pequeño jabón amarillo, de una cajita de alfileres y de un metro que se colgaba alrededor del cuello, midiéndolo todo con la precisión del mejor arquitecto. Antes de terminar, me lanzaba los pedazos de tela que habían sobrado para que me los llevara, adelantándose a mi madre, que seguro los iría tirando uno tras otro a

la basura, pues no había nada que la molestara más que reinara el desorden en el salón siempre impecable de nuestra casa el día que venía la modista.

Yo sostenía los retales en mis manos, los apretaba con fuerza, los acercaba a mis oídos y luego abría los puños para escuchar su murmullo misterioso. Los olía cerrando los ojos antes de que su perfume original desapareciera y pasara a parecerse al olor de las hojas o al de la ropa ya usada: olor de jabón, de perfume o de cuerpo humano. Me escondía detrás del sofá antes de que mi madre me los quitara de las manos encolerizada y contemplaba su brillo, alejándolos poco a poco de la fuente de luz. Cerraba los ojos y luego los abría de pronto para que aquel hermoso reflejo se quedara grabado en mi mente y pudiera recuperarlo para mí solo por la noche, antes de quedarme dormido y después de que mi madre hubiera borrado el rastro de *Madame Rahme* de todos y cada uno de los rincones de la casa.

A mi madre no le gustaban las telas. Una vez escogido el corte del vestido, apenas se fijaba en el peso, el espesor o la caída de la tela con la que estaba confeccionado, ni en si este tejido iba bien con este otro. A *Madame Rahme* le enfurecía que mi madre solo se preocupara de los colores, es más, encontraba que en ello había una suerte de injusticia humana, lo cual hacía que mi madre casi no fuera digna de ser la mujer de mi padre, aquel hombre que tanto sabía de telas y que las comprendía como nadie.

El desacuerdo de *Madame Rahme* casi la lleva un día a hacer las maletas e irse por donde había venido, después de que mi madre le pidiera meter en el forro de un cuello un relleno de viscosa en lugar del tul habitual para que el piqué blanco fuera más fácil de planchar. *Madame Rahme* clavó los ojos en mi madre, se apretó la trenza blanca con las dos manos y se puso a recoger sus cosas mientras le decía a mi madre: Lo siento mucho, *Madame*. El señor Mitri se lo explicará. Cuando lo haya entendido, ya sabe dónde encontrarme. *Bonsoir*.

Me pasé toda la tarde con el corazón encogido, mientras que mi madre parecía serena, incluso de buen humor, hasta que mi padre volvió del trabajo. Al verla fruncir el ceño y apretar los labios, mi padre le preguntó qué le pasaba y ella le respondió: Tú escoges la tela y *Madame Rahme* escoge el modelo y el tipo de corte. ¿Y yo, qué tengo que decir en esto? Cada vez que le propongo que haga un pequeño arreglo me echa la caballería encima... Es una modista, ¿sí o no? No, dijo mi padre, es mucho más que una modista.

Y cuando mi madre le explicó el motivo de la discusión, insistiendo en que *Madame Rahme* ya no estaba a la moda y que no sabía nada de lo que se

llevaba ahora, el rostro de mi padre adquirió un aire tan severo que a mi madre no le quedó otro remedio que escucharle.

Escúchame bien, Atena, le dijo mi padre. ¿Sabías que existen ciertas mezclas que estaban —y siguen estando— prohibidas por los libros sagrados judíos? ¿Sabías que en estos libros, por ejemplo, se prohíbe que un hombre labre sus campos con un buey y un asno atados por el mismo yugo del arado? ¿Y que se prohíbe a la gente vestir una tela tejida con dos tipos distintos de hilo? Esto no es solo para no unir lo que Dios ha separado, sino porque la mezcla entraña siempre un riesgo, una aventura, un resultado imprevisible. Si fracasa, hará que te lamente y arrepientas. Si funciona, hará que te sientas feliz. Pero este éxito puede resultar igual de peligroso, pues hace crecer la arrogancia de los hombres, su insolencia, haciéndoles creer que tienen poderes sobrenaturales, poderes capaces de destruir la esencia de las cosas y de las materias que se encuentran al alcance de sus manos.

Mi madre soltó un resuello de fastidio. Escúchame bien, Atena. Lo que más distingue a *Madame* Rahme es precisamente que no sigue la moda. El gusto, el buen gusto, no están sometidos a los dictados de lo que tú llamas moda. ¿Sabías que el origen de la palabra «moda» se encuentra en las cortes de los príncipes italianos y franceses de los siglos XIII y XIV, y sirvió para popularizar las telas más caras, aquellas que antes se reservaban para las ceremonias religiosas en las que participaban los obispos y los reyes, con el fin de conferirles un prestigio del que hasta entonces solo gozaban las grandes personalidades y los hombres más acaudalados? Pero la moda no se convirtió en una pérdida repetitiva de la memoria hasta mitad del siglo pasado, cuando empezaron a realizarse todas estas mezclas horribles, todas estas hibridaciones ilegítimas, y cuando comenzaron a proliferar las tiendas de *nouveautés*, donde se generalizó la herejía de vender telas junto a prendas de tallas estandarizadas y donde los pequeños comerciantes se lanzaron a vender lo que fuera a quien fuera. Pero antes de la llegada de la industria de la confección, con sus tallas estándares que no conocen ningún cuerpo, que no reconocen la individualidad de cada silueta, y antes de que la moda se impusiera a la fabricación de telas, dando un giro al curso natural de las cosas, estábamos nosotros en Oriente. Nosotros, los fabricantes de telas y tejidos, avanzamos en nuestra búsqueda de un producto todavía más perfecto, todavía más bello. Y a su vez avanzan los modistos que tratan de dominar cada vez mejor la relación única que se establece entre la tela y el cuerpo, para dar a este su forma ideal.

Mi madre volvió a resollar, harta de oír hablar a mi padre. Si todavía fuéramos ricos, suspiró, me escogería vestidos de *prêt-à-porter*, como las mujeres de clase alta. Pero ya no somos ricos, respondió mi padre. Por eso estamos obligados a satisfacer a *Madame Rahme*. La viscosa no puede sustituir al tul en el forro de un cuello. Todavía no. Todavía no, Atena.

No éramos ricos en vida de mi padre, pero este no fue el motivo por el que se negara una y otra vez a que en casa viviera una criada. Mi madre abandonó rápidamente la idea cuando Umm Tony, aquella mujer del norte de Líbano, empezó a venir a casa dos veces por semana, una para limpiar y la otra para cocinar los platos que requerían una mayor elaboración. Esos dos días, mi madre se iba de casa con la excusa de que las ventanas abiertas y el agua esparcida por todas partes le provocaban dolor de garganta, lo mismo que el olor a frito o a asado. Cuando envejeció y ya no pude dejarla en casa sola durante todo el día, y cuando Shamsa, la sirvienta kurda, empezó a trabajar para nosotros, mi madre se pasaba el rato quejándose de las ventanas abiertas y del olor a comida. Seguía durante todo el día a Shamsa de una habitación a otra, asegurándose de que había cerrado las ventanas y controlándola hasta que terminaba su trabajo. Luego la arrastraba hasta su dormitorio, del cual no consentía que Shamsa tocara nada salvo en contadas ocasiones en las que yo intervenía con una cierta firmeza. Una vez allí, mi madre se ponía a contarle alguna de sus tan repetidas y variopintas historias, mezcla siempre de ficción y realidad. La chica no tardaba en adormecerse, sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Por la noche, al entrar en la habitación de mi madre, me la encontraba de pie repitiendo sus ejercicios de canto. Entonces sacudía levemente el hombro de Shamsa quien, de un salto, salía hacia el salón para encender la televisión y sentarse en el suelo frente a ella. Mientras tanto, yo llevaba a mi madre al cuarto de baño para lavarle la cara con agua tibia y quitarle aquel maquillaje que me entristecía. Luego le ponía un camisón, le daba de comer y le humedecía el rostro con agua de rosas antes de trenzar su pelo, atarlo con un lazo de satén blanco, meterla en la cama y desearle buenas noches. Cerraba la puerta de su cuarto y me iba directo a la cocina, adonde me seguía Shamsa para ayudarme a preparar la cena, excepto cuando daban *Abu Salim at-Tabl* en la tele. Entonces yo sabía que tendría que prepararme la cena solo y comer en el salón en una bandeja pequeña y disfrutando intensamente de las carcajadas de Shamsa, que me iluminaban la vida, una vida con muy pocas ventanas y todas ellas cerradas.

## 7

Hoy, después de beber decenas de huevos de pájaros y de comer una deliciosa rúcula, he sentido cómo una especie de fuerza interior me impulsaba a caminar hasta los límites de la plaza de los Mártires, allá donde se encuentra la Parisiana, justo enfrente de la tienda de Qáisar Ámer, el rey de los fuegos artificiales, que seguramente hizo del cielo una fiesta durante toda la noche cuando sus explosivos fueron alcanzados por los proyectiles. Una vez allí, he torcido a la altura de la tienda de zumos Zein, donde en otra ocasión encontré dos bandejas de metal que me llevé a casa, y por delante del café Laronda, luego junto al teatro *Chouchou* hasta llegar al Gaumont Palace, el famoso cine en el que no había entrado todavía, a diferencia del cine Biblos, en el cual estuve hace unos días y en el que recogí dos láminas de plástico que coloqué encima de las plantas de mi jardín para reforzar la luz y el calor del sol en los fríos días de invierno. También hoy pospuse la entrada al edificio de los lazaristas, limitándome a recoger algunas malvas que habían crecido a sus lados, quizá un tanto prematuramente, para secarlas sobre el banco de piedra, junto a la puerta de la casa, y luego beberías en infusión cuando esté resfriado.

Por un momento, pensé en continuar hasta el garaje de Bint Yubeil y la tienda de Abu Said «el regalicero», que era como solíamos llamar de niños a aquel afable vendedor de regalices secas, pero al final decidí volver y detenerme un momento en la iglesia de San Jorge antes de entrar al zoco pequeño por las escaleras de Jan al-Bayd, como había pensado hacer tantas veces, aunque siempre acababa abandonando la idea y dejándola madurar en mi cabeza, entre otros motivos porque secretamente anhelaba encontrar allí alguna maravilla, algún tesoro escondido o algún hallazgo insospechado. Además, debía esperar que el verano secara las plantas y malas hierbas que cubrían sus paredes para poder arrancarlas mejor, pues algunas de las ventanas e incluso de las callejuelas que lo rodeaban estaban completamente obstruidas.

Cuando entré en la iglesia de San Jorge me asaltó el mismo frescor vivificante que solía sentir cada vez que de pequeño entraba en aquel lugar, con mi padre cogiéndome de una mano y secándose la frente de sudor con la otra. Entrábamos más para huir del calor del verano que para rezar o encontrar reposo espiritual. Pese a todo, una vez dentro nos sentábamos en alguno de los bancos de madera y nos hundíamos en un profundo silencio. Envueltos de aquel aroma de incienso, contemplábamos las imágenes de los santos y los hermosos iconos. Antes de salir, encendíamos un cirio y mi padre echaba una moneda en la caja de metal adyacente, mientras buscaba con la mirada al archimandrita que tenía aquella voz tan bella, sin llegar a localizarle.

La iglesia estaba completamente vacía. Había ardido entera al igual que el Gran Teatro, no muy lejos de allí. Con toda probabilidad habría sido limpiada y vaciada durante algún período de calma, pues ni tan siquiera se veía un solo montón de ceniza o de escombros. Para ser exactos, aquel vacío no inspiraba temor alguno. Recordaba a un estadio cubierto o a un hangar vacío del puerto. Avancé hacia el ábside, iluminado gracias a la luz que se filtraba por las ventanas que habían perdido sus antiguos vitrales de colores. Bajo mis pies, el suelo era blando, el barro aún húmedo en sus esquinas. El gran muro cóncavo del ábside parecía un jardín suspendido rebosante de flores y plantas repartidas aquí y allá entre matos de chicoria salvaje, menta y laurel. Me sorprendió no encontrar helechos, zarzamoras o algún que otro pequeño arbusto de ricino que tantas veces solían impedirme el acceso a aquellos alimentos que me hacían la boca agua. Deshice el fardo que llevaba —un pedazo rectangular de lino que yo me ataba por dos de sus extremidades al cuello y por las otras dos a la cintura— para llevarme a casa todo lo que pudiera cazar, recolectar o encontrar por el camino. Lo deshice, lo extendí sobre el suelo y empecé a llenarlo de chicoria y de menta salvaje.

No sé cómo me encontré de repente en el fondo de un agujero oscuro bajo tierra. El pequeño orificio por el que había caído se elevaba a más de dos metros por encima de mi cabeza. Me puse a mirar a mi alrededor en busca de algo en lo que pudiera asirme para salir de allí. Al no ver nada me asusté. Empecé a saltar en el aire tratando inútilmente de alcanzar con la mano el borde del agujero. Me dije que aquello no servía de nada, que me tenía que tranquilizar para poder pensar en una solución. Volví a mirar con calma a mi alrededor y entonces distinguí una escalera de piedra de doble dirección no muy lejos de donde yo estaba. Me dije que si lograba perforar el suelo sobre ella, estaría salvado. Pero no lo logré. Me deshice el pañuelo de velarte que

solía llevar enrollado en el cuello. Un sudor frío me corría por todo el cuerpo. Tiritando, me senté en el suelo y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Al cabo de un rato, me puse de pie y volví a mirar a mi alrededor para ver si encontraba algo sobre lo que me pudiera subir para salir de aquel lugar. Solo estaba aquella escalera de piedra. Me puse a bajarla peldaño a peldaño, sobrecogido por el miedo. Pensé que lo más seguro es que aquello fuera la cripta en la que estaban enterrados patriarcas, clérigos y hombres santos cuyos milagros saldrían algún día a la luz. Continué bajando hasta que la oscuridad se hizo completa. Me detuve. Pensé que volver a subir sería fácil pero que no me serviría de nada. Fui tanteando las paredes arenosas hasta que mis pies dejaron de pisar los peldaños y empezaron a caminar sobre un suelo llano. Estaba convencido de que allí encontraría algún objeto, algo que pudiera llevarme hacia arriba y poder utilizar para salir del agujero, aunque fuese la lápida, la osamenta o el cráneo de un patriarca o de un santo. De repente, una luz muy débil iluminó el lugar en el que me encontraba y entonces vi que mis pies estaban encima de un banco de piedra. Buscando el origen de ese destello me puse a mirar a mi alrededor, después hacia arriba, y entonces percibí una tenue luz que llegaba desde el techo de lo que parecía una pequeña galería situada a mi derecha. Al principio imaginé que debía de encontrarse a mucha altura y que por lo tanto no serviría de nada tomar aquella dirección para encontrar la salida. A lo sumo, podría dar con algo para llevar al lugar donde había caído, bajo el altar de la iglesia de San Jorge, del que ya me había alejado mucho, o eso me pareció.

Debía entonces caminar en dirección a la luz, procedente de un lugar que de ningún modo podía estar demasiado lejos. Antes de emprender la marcha, sin embargo, mis manos apoyadas en la pared palparon una superficie abombada y lisa cuyo tacto era completamente distinto al de la pared arcillosa. Pronto apareció ante mis ojos la forma de una gran tinaja de barro sostenida a ambos lados por dos columnas bajas o dos piedras casi esféricas. Perplejo, me quedé plantado un momento mirando y luego decidí cavar la tierra alrededor de aquellos objetos para arrancarlos y llevármelos a casa. Incluso si su peso fuera muy superior al que yo podía cargar, los rompería y los arrastraría.

Golpeé con el brazo la superficie de la tinaja o su vientre ovalado y esta se rompió. Unos cuantos fragmentos rotos cayeron entre mis pies. Al arrodillarme para examinarlos, mi cabeza se echó bruscamente hacia atrás y a punto estuve de desmayarme al contemplar lo que apareció delante de mí: una

forma humana, sentada con las piernas cruzadas, completamente apoyada contra la parte intacta de la gran jarra, empotrada en la arcilla de la pared.

Era una niña. Vi su pelo, el reflejo de su vestido a contraluz. Me quedé clavado en mi lugar, sin atreverme a moverme, como si temiera que al agitar el aire todo aquello se volviera polvo y arena. Su piel, muy fina, hacía que se pareciera más a un esqueleto, pero su pelo y aquel vestido hacían pensar en el cuerpo de una niña muerta.

Permanecí arrodillado delante de ella, incapaz de moverme. Sentía que los ojos me escocían de tanto mirarla fijamente. Los cerré y los abrí de nuevo, luego respiré contenidamente para no mancillar aquel aire estanco. No sé por qué aquella niña me recordó a Shamsa. Mi querida Shamsa, a la que no había visto desde hacía tanto tiempo y de la que nada sabía ya. No sé por qué me recordó a ella, pues no se parecían en lo más mínimo, ni en la talla, ni en el pelo, ni en... Quizá porque estaba sentada con las piernas cruzadas, como ella, con el torso recto y mirándome directamente a los ojos. O tal vez fueran sus párpados cerrados, tal vez fueran ellos los que me recordaran a Shamsa.

Debí de quedarme arrodillado delante de ella durante mucho rato, pues sentí el frío entumecerme los miembros y los ojos cerrarse de cansancio. Me di cuenta de ello como de repente. Entonces recordé la difícil situación en la que me encontraba y me apresuré a pensar en cómo salir de allí antes de que la oscuridad se apoderara completamente de aquel lugar. No tenía alternativa: debía dirigirme hacia aquel leve foco de luz, pues no había encontrado nada con que salir del hoyo hacia la iglesia de San Jorge.

Caminé entonces en dirección a la claridad, avanzando tan rápido como podía, cayendo unas veces y tropezando otras muchas. Por el camino me pareció distinguir piedras con formas extrañas, desiguales, pero no me paré a mirarlas, tanto era el miedo y la angustia que me provocaba la idea de tener que permanecer bajo tierra. Pronto llegué al origen de aquella luz, una brecha cubierta por un montón de hierbajos. Con asombrosa facilidad, conseguí trepar hasta la abertura, apartar las hierbas y salir.

Todavía no había anochecido. Me puse a andar sacudiéndome el polvo del cuerpo y mirando por todas partes para saber dónde me encontraba. No estaba ni en una plaza ni en un descampado que me permitieran controlar mi posición. Me hallaba en una especie de laberinto de callejuelas estrechas y entrecortadas. Seguí caminando, aunque con mucha dificultad a causa de la vegetación que lo había invadido todo y de las piedras que, incluso siendo a veces pequeñas, se amontonaban formando como barreras erigidas tras el paso de las lluvias torrenciales. Desde lo alto de una de ellas cogí unos

cuantos tomates salvajes que comí con gran apetito. Luego seguí andando, hasta que descubrí que me encontraba en el mercado de an-Nuriyye, después de reconocer la pequeña plazoleta que había delante de la iglesia que llevaba el mismo nombre. Suspiré aliviado. Olvidé el asunto de la niña metida en la gran tinaja y me dije que allí estaba, que por fin había llegado a los límites del zoco pequeño, aquel lugar que tanto anhelaba y que tantas veces me había prometido a mí mismo visitar y descubrir, y al que volvería sin duda muy pronto. Continué por el mercado de Sursuq y luego giré en dirección a la mezquita de Mansur Assaf. Si no recuerdo mal, pensé, ahora tengo que cruzar la calle Husein al-Ahdab, que lleva hasta la plaza de la Estrella, cruzarla a lo ancho para llegar a la mezquita de al-Omari, y luego la calle Weygand hasta casa.

Pero me perdí.

Me perdí, vencido por el cansancio. En lugar de la plaza de la mezquita de al-Omari me encontré de nuevo cerca de las escaleras de Jan al-Bayd y del mercado de Abu Nasr. Me senté para retomar aliento en el borde de un muro derrumbado. Me dije que la tensión y el miedo me impedían pensar con claridad. ¿De qué puedo tener miedo ahora? ¿Qué es lo que me hace sentir este temor? ¿Qué es? La plaza de los pescaderos queda sin duda detrás de mí, luego llego al mercado de los orfebres y de allí salgo a la pastelería Hallab o a la tienda de cafés Azar. Después bajo por la plaza de los Mártires en dirección al cine Rívoli y en pocos minutos estoy en casa... ¿De qué tengo miedo si ni tan siquiera ha anochecido?

Quizá fuera una intuición lo que me hacía sentir miedo. Quizá sentía miedo antes incluso de conocer su origen. Quizá había oído la causa de mi miedo antes de que pudieran captarla mis oídos.

No podía ser que lo que hubiera oído, como surgido de repente de la nada, fueran aullidos de perros. No podía ser eso, pues jamás en mi vida había visto un solo perro en aquel lugar.

Los aullidos se hicieron más agudos y estridentes, llenándome la cabeza de terror en menos de un segundo. No son aullidos de perro, me repetía a mí mismo mientras buscaba un lugar para esconderme, con el pelo de punta como el lomo de un erizo tirándome de la raíz.

No son aullidos de perro. Me chupé el dedo para saber en qué dirección soplaba el viento y evitar así situarme en su camino y que les llegara mi olor. Aquella tarea no era nada fácil teniendo en cuenta que me encontraba en un lugar de salidas cerradas como las de un laberinto. No serviría de nada

frotarme el cuerpo con hierbas para camuflar mi olor. Tenía que encontrar una azotea bien alta, un árbol, o encerrarme en algún lugar seguro.

De repente me puse a saltar más rápido que el viento por encima de las piedras, agarrándome de los hilos de alambre, de los bordes de las ventanas reventadas para alejarme lo máximo posible de la tierra y trepar hasta la copa de una pequeña palmera. Desde allí, brinqué hasta un edificio próximo y me tendí en el suelo de lo que quedaba de uno de sus balcones, que daba a un cruce de calles que imaginé correspondería a la plaza del mercado de los pescaderos. Metí la cabeza entre unos helechos y entonces vi a la manada.

No fui capaz de determinar el número de perros que corrían, apareciendo y desapareciendo entre las callejuelas. Pero no tardaron en reunirse en la pequeña plaza en torno a una batalla feroz que terminó con dos víctimas abatidas e inmóviles. Después de que los aullidos se transformaran en una especie de mugido parecido al de los toros, vi al más grande y temible de ellos llevar algo en el hocico y empezar a roerlo, antes de que el resto de la manada se uniera a él. No eran más de diez, según lo que veía desde mi escondrijo.

Son lobos, me dije mientras especulaba que lo que debían de estar devorando era el cadáver de uno de los suyos caídos en la batalla. Pero la cabeza que había rodado a lo lejos, en mi dirección, no era una cabeza de perro. Era la de un ser humano.

Una cabeza humana. Es una cabeza humana, me repetía con una voz casi inaudible. Dios mío... ¿De dónde han sacado un cadáver humano?

Llovía a cántaros cuando me arrastré por el suelo hasta el interior del edificio y me quedé tumbado. No sé durante cuánto tiempo permanecí inmóvil, como si estuviera inconsciente. Pasaré la noche aquí mismo, me dije. Seguro que mañana estaré muerto. Perros u hombres. O quizá me quede aquí hasta morir de hambre.

Pasé la noche en vela, pensando. No dormí ni un solo momento. Estaba empapado hasta la médula y la cabeza me ardía. Pensé en partir al alba hasta las barricadas más cercanas levantadas en los límites del centro de la ciudad y gritar con todas mis fuerzas a los hombres atrincherados detrás. Sacadme de aquí, les diría avanzando hacia ellos. Entonces me abrirían un paso o bien me dispararían apenas me vieran aparecer, acaso antes de que les llegara mi voz. Por lo que he oído decir, utilizan a los perros como portadores de bombas: los sueltan en los límites de su zona para que cuando el francotirador del otro lado los alcance, exploten en su campo. Pero estas técnicas son viejas, pensé, seguro que ya las han abandonado; últimamente no he oído ni una sola

explosión por los alrededores. Lo que está claro es que mañana no podré dirigirme hacia los límites del centro de la ciudad porque vuelven a estar enfrascados en una de sus encarnizadas batallas, cuyos ecos violentos me van llegando desde hace varios días.

Todo esto es palabrería. Nada más que palabrería. No me atreveré a nada y me quedaré en mis alturas hasta el día en que me muera. Nunca más volveré a gozar de mi apacible vida, de mi hermoso jardín. Mi huerto morirá sin que me haya despedido de mis telas, de mi casa...

Con la aparición de los primeros albores, regresé al balcón para dar un vistazo a los alrededores. Reinaba la calma más absoluta. Oí con toda claridad el gorjeo de los pájaros. A pesar del cielo nublado, me pareció que la plaza y las callejuelas de debajo estaban vacías de perros y de cualquier rastro de las peleas de la noche anterior. Tampoco vi los cadáveres de los dos perros ni la cabeza humana.

Llegué incluso a preguntarme si todo lo que había visto el día anterior no sería fruto de mis sueños o de la fiebre que me hacía arder la cabeza. Me dije que seguro que estaba enfermo y que en mi delirio imaginé cosas de lo más improbables. Lo que no estaba claro era por qué había trepado entonces por este edificio en ruinas. Pensé que la fiebre debió de atacarme antes del anochecer, asaltando mi mente y mi cuerpo, y trayéndome con sus alucinaciones hasta aquí.

Mientras bajaba desde mi refugio de las alturas hasta el suelo, sentía en la garganta un gusto de óxido. Me acordé entonces de los tomates salvajes que había comido el día anterior y me dije que quizá estaban envenenados. Pero ¿de dónde habrían sacado el veneno si solo los había tocado el agua de la lluvia?

Me puse a caminar en dirección a mi casa sin fijar ningún itinerario preciso hasta que llegué sin dificultad a la calle de la mezquita de al-Omari. Me senté allí un rato para relajar un poco mis músculos, convencido de que estaba enfermo y de que el motivo de mi cansancio era la fiebre, la cual no tardaría en volver a subir. Sentí de nuevo cómo los escalofríos me recorrían el cuerpo. Tengo que comer, me dije, y acto seguido me puse a recoger caracoles que más tarde limpiaría con agua del mar para comérmelos. Después me tomaría una infusión de malvas. Entonces me acordé de mi fardo y de todo lo que había dejado dentro de él en la iglesia de San Jorge. Y me acordé de la niña en la tinaja.

Estando en la esquina de la mezquita de Uzai, apreté el paso antes que la lluvia empezara a descargar y me puse a pensar en el lino. Pensé con fuerza

en el lino que me estaba esperando en casa y en el que me envolvería yo solo;  
me envolvería en él y me curaría, me calentaría y me pondría bien.

Y me acordaría del lino de Shamsa.

## 8

¿Fue el lino lo que hizo que me enamorara de Shamsa?

Tras abandonar el algodón de su tierna infancia, de su suave, cálida y reconfortante niñez, Shamsa se cubrió de lino. Se cubrió de lino y le añadió la seducción del terciopelo, intruso, como un preludio de lo que estaba por venir.

Una noche me dijo: Mañana iré a casa de mi madre a pasar el Noruz, el año nuevo kurdo, con ella y con el resto de mi familia. No volveré hasta pasado mañana. Al darse cuenta del asombro que había provocado en mí el que decidiera irse con su familia un día de entre semana y no un domingo, a sabiendas de que en ese caso yo me vería obligado a dejar la tienda y quedarme en casa con mi madre, soltó una pequeña carcajada y me dijo: He crecido, ¿sabes?, y mi familia ya no me deja quedarme a dormir aquí. Tengo que volver a casa con ellos cada noche.

Comprendí que Shamsa había entrado en el ciclo lunar y que se había unido a la caravana de las mujeres. ¿Cómo no me había dado cuenta de la eclosión de su cuerpo bajo su holgado vestido de algodón, de su nueva fragancia? Solo la veía volverse más carnosa, más desbordante, su cuerpo cada vez más rollizo y pulposo. Algunas veces había observado la oscilación de sus nalgas bajo sus dos largas y espesas trenzas cuando se levantaba del suelo de repente y se ponía a caminar apresuradamente hacia algún lado con los pies descalzos. Mientras la observaba sonreía, y luego me olvidaba del tema.

Mañana mi madre me dará mi *yayís*, mi ajuar. ¿Te vas a casar, Shamsa?, le pregunté. No, todavía no, me respondió riéndose. Pero a partir de ahora voy a vestir ropa bonita, distinta a la que he llevado hasta el día de hoy. La más bonita, sin embargo, la esconde mi madre en el baúl del ajuar para el día de mi boda. Pasaré mañana para enseñaros cosas a ti y a tu madre, si la mía me deja.

Por la tarde del día siguiente abrí la puerta y entró Shamsa. El corazón me dio un vuelco al verla. Incluso mi madre se puso a farfullar mientras la sopa le caía por la barbilla. Todo nuestro piso, en el que el ambiente era siempre tan

sombrío, se llenó de sus colores, como si de repente se hubiera quitado el techo como un sombrero y lo hubiera arrojado muy lejos.

Eres *shams*, Shamsa: un sol.

Sí, respondió entre risas. En mi casa me llaman Hatawi, que significa «sol», igual que *shams* en árabe. Y este era el vestido de mi abuela. Mi madre lo trajo con ella desde muy joven.

Shamsa empezó a enseñarnos toda su ropa, sus numerosos vestidos y prendas. Este es mi chal púrpura, y este *tyikit* está hecho con lino rojo y forrado con fieltro de lana. Este *bachtamal* estampado con flores amarillas me lo ato a la cintura como un delantal debajo del *futeh*, la gruesa faja que me protege los riñones, la zona lumbar y la columna vertebral cuando debo cargar pesos. Y este vestido es un *tiri*, color verde encendido, abierto por delante y por ambos lados para poder andar dando zancadas por la llanura. Debajo del *yalik* color de rosa que me calienta las costillas, fíjate, va el *ishlig* de lino blanco que cae encima de un *shilwar* o calzas lilas y del *gurik*, la ropa interior, que es del mismo color. Y ¿has visto el *teshrek* que llevo en los pies? Es de piel curtida y cosida por nosotros mismos.

Mira qué me pongo en la cabeza: es un fez o *tarbush* rojo.

Y este velo plateado y decorado con monedas es un *bachlak*. Encima de todo esto, extendiendo estos pañuelos cuadrados, los *bouchi*, cada uno de un color distinto, me los ato alrededor de las sienes y dejo caer uno como si fuera una mantilla o un velo, pero sin cubrirme nunca el rostro o las trenzas.

La princesa Hatawi se marchó con todos sus atuendos y sin dejar nada en mis manos. Todas aquellas telas que se había puesto y que luego había extendido, enrollado y atado en fardos antes de salir, todos aquellos colores sobre los que había echado su chal púrpura y su mantilla blanca, todo aquel lino con algo de terciopelo... Se fue sin dejarme nada. Fue tanta mi sorpresa, tanta mi excitación, que apenas si llegué a tocar nada. Me quedé con las palmas de las manos abiertas durante todo el día, los ojos llorosos. Por la noche no dejé de dar vueltas en la cama, sin pegar ojo y esperando que Shamsa volviera a la mañana siguiente, jurándome a mí mismo que inventaría cualquier excusa, cualquier pretexto para que no se fuera de casa y poder estar próximo a ella, oler sus ropas a mi guisa e intentar tocarlas. Tocarlas. Me pasé toda aquella noche dando vueltas en la cama, la garganta seca. No quería acatar la voluntad de su familia de que volviera con ellos cada noche. Encontraría algo, un motivo para retenerla en casa, para que no se fuera. ¿Cómo podría soportar una noche vacía de Shamsa, y una mañana? ¿Cómo no había podido dar importancia a su grácil presencia en casa cada tarde, cada

noche, cada mañana? ¿Cómo no había sentido la dulzura de su aliento mientras dormía a mi lado, exhalando un perfume de pan recién hecho sobre mi sueño ignorante e ingrato? No dormí en toda la noche.

Mi madre se levantó de la cama y me encontró listo al amanecer. Le lavé la cara y la dentadura postiza lentamente. La peiné y le trencé el pelo. Le preparé el desayuno: galletas y leche. La llevé al salón y ventilé su habitación. Lavé los platos y saqué el polvo. Limpié con jabón el lavamanos del baño y me eché colonia en la cara. Tomé café y luego fregué las tazas. Volví a meter a mi madre en la cama y puse en el fonógrafo un disco que le gustaba. Luego me até una gran venda alrededor del tobillo izquierdo, me senté en el sofá mirando al vacío y me puse a esperar.

Shamsa entró. Casi me mareé al levantarme para ir, sonriendo, a su encuentro. El pie izquierdo me duele, le dije, así que hoy no iré a la tienda. Como tenía tiempo, he limpiado la casa y he preparado el desayuno de mamá. ¿Cómo estás tú, Shamsa? ¿Qué llevas puesto hoy? ¿Has teñido las trenzas con gena? ¿Qué vestidos traes hoy?

¿Todo este lino es para mí? Solo para mí... Todas estas capas, las que veo y las que imagino, capas de gasa y de lino natural para vendar las heridas de mi corazón. El lino de los pañuelos de despedida, de los pañuelos que secan las lágrimas de los enamorados. El algodón de la cuna y el lino de tu ajuar. Déjame tocar un poco tu lino, envuélvete en él, siéntelo en cada parte de tu piel. No me rehuyas así. Déjame sentarme a tu lado en el sofá para hablarte del lino como nunca nadie te volverá a hablar. Hablarte y curar la herida de mi corazón enamorado. ¿Me lo vendarás?

Escucha:

Los primeros hombres en vestirse con lino le atribuyeron unas propiedades curativas extraordinarias pues observaron, Shamsa, que ayudaba a cicatrizar las heridas, por lo que lo utilizaron como remedio para la lepra. Se convirtió en símbolo de la pureza y su blancura se hizo todavía más intensa. Incluso si no puede curar todas las enfermedades de la piel, sigue siendo el tejido más cercano a la naturaleza de esta y que mejor se adapta a su temperatura. El lino es todo ternura, Shamsa. Acarícialo y acaricia mi mano; verás cómo sientes en ambos una ternura parecida. ¿Por qué sino lo escoge la gente para su ropa de cama? ¿Por qué sino lo escogen para envolver sus cuerpos tensos, para que estos se relajen al dormirse, como si estuvieran en brazos de sus lejanas madres? Acércate un poco más a mí. Acércate, déjame acariciar la punta de tu vestido y escucha.

El lino es hijo de los cuatro elementos y también de los cuatro puntos cardinales. Desde el mar Báltico hasta el Mediterráneo, es el más antiguo y noble de los tejidos. De la tierra, su semilla extrae la fuerza. Brota en mayo y su planta se cosecha en julio. Su flor, efímera, es azul, aunque pocas horas después de florecer, los campos tienen un reflejo como dorado. Pasadas cinco semanas desde la floración, la planta es cortada por el tallo, como el trigo. Los granos se utilizan como pienso para los animales y para obtener aceites y grasas vegetales. ¿Has visto? Todo son cualidades.

Después de la tierra viene el agua, en la que se dejan en remojo los tallos hasta que, al hincharse, se convierten en un entramado de fibras que, al cabo de siete semanas, dejan en el agua una tintura parecida a la del sol poniente. Luego se dejan secar al sol para poder separar el líber de las fibras de yute y de la corteza. Después de secarse y de adoptar un tono que oscila entre el rojizo y el gris azulado, se bate y se trilla hasta extraer el hilo de fibra.

Quien hace sufrir, Shamsa, acaba sufriendo, así que no me tortures más. Trátame con la misma dulzura que a un hilo a punto de romperse, un hilo tan delicado que el simple contacto con la luz del sol mancilla su blancura. Por eso, para que siempre permanezca puro y no amarillee, el lino se hilaba en lugares húmedos, como sótanos o bodegas, transmitiendo su palidez a los dedos finos de las hilanderas, en una penumbra u oscuridad permanentes. La blancura de las hilanderas solo se podía igualar a la de los hombros de la emperatriz española Eugenia de Montijo, que fue la primera en utilizar la mantilla calada de chantillí en lino negro en lugar del lino blanco habitual. Aquella astuta mujer prefirió que no se comparara la blancura de sus hombros con la blancura de aquel lino trabajado en los sótanos húmedos y macerado primero en potasa en Rusia y Polonia, luego en las aguas depuradas de Haarlem, en Holanda. Para que no ganara el blanco del lino, lo volvió negro. Así consiguió que sus hombros parecieran de un blanco todavía más intenso, más luminoso, hasta el punto de convertirse en toda una leyenda. Otras anécdotas refieren que la envidiosa reina Maria de Médicis, quien nunca quiso someterse a la blancura del lino, durmió hasta el último día de su vida envuelta en un camisón de lino blanco, asegurando al rey que su piel era más blanca y haciendo de los camiones de lino un lujo que ninguna fibra había conocido.

El lino es noble y humilde al mismo tiempo, Shamsa. Se parece mucho a ti. Deja tu *ishlig* en torno a tu cuerpo, no te lo quites. Solo quiero mirarte y hablar. ¿Sabías que los kurdos fueron los primeros de toda la región en tejer el yute? Sí, tu pueblo. Plinio el Viejo ya decía que el acto de tejer el lino era un

honor incluso para los hombres, pues este había superado a la lana. Los beréberes se convirtieron en los únicos nómadas de la tierra, mientras que en todas partes los agricultores iban fundando ciudades. Allí el lino fue utilizado también como mortaja, envolviendo eternamente los cuerpos de los muertos acostados en sus tumbas, cuando hasta entonces estos siempre habían sido amortajados con pieles curtidas y enterrados en posición fetal. Así es, aunque luego siguierais siendo pastores a quienes se prohibía la entrada a las ciudades.

Vuestro lino provenía originariamente de Persia, según me contó mi padre. Primero entró en Egipto y de allí Pitágoras lo llevó a Grecia. El sabio Confucio, que se deleitaba leyendo los poemas de su libro preferido, el *Shi King* o libro de las odas, cantaba, al igual que los versos de esta obra, los elogios del ramio, que es el largo yute de Siam.

No te avergüences de la desnudez que se adivina detrás del lino, pues este te recubre y te protege. Pero no escuches el deseo en mis palabras, escucha solo mis historias. Así tu piel podrá oír el lino del que hablo, y tu silenciosa boca y tus magníficos ojos podrán venir a mi encuentro.

Hace cinco mil años los faraones —a quienes Isis había enseñado el arte de tejer el lino, razón por la que en las ofrendas siempre le entregaban unas figuritas que representaban a la diosa Hathor, cuyo pelo estaba hecho con fibra de yute— tejían el lino para hacer las velas de las barcas que surcaban el Nilo. Las velas de la vida. En Egipto, los tejedores son coptos, según contó mi abuelo a mi padre, y su patrón era san Marcos, quien evangelizó al pueblo de Egipto. Los coptos tenían miedo de que Alejandría estallara y fueran convertidos en esclavos para la industria imperial. Como no seguían a la Iglesia ortodoxa ni querían someterse a ella, se instalaron en los confines olvidados de la tierra egipcia, y allí encontraron en el arte de tejer —hilado, trenzado y pulido— su independencia y una forma de resistencia pacífica que se reforzó cuando escalaron las montañas del alto Egipto, como antaño hicieron sus patronos san Antonio y san Bakhum. Era tanto su empeño y maestría, que el lino que producían era extremadamente fino y sus hilos incomparablemente flexibles. A veces, podían incluso bordearlo con lana para hacerlo más pesado y para decorarlo al mismo tiempo.

¿No fue Ezequiel quien dijo: Que sea el fino y trabajado lino de Egipto quien te cubra y te vista?

Los árabes llegaron a los talleres de los coptos, de Damietta hasta el delta del Nilo, y de allí sacaron el lino de excelente calidad tejido por aquellos y conocido con el nombre de *pokalemon*. Este lino se estampaba con colores de

una extraordinaria belleza que podían variar de tono según la temperatura que hiciera o la hora del día en que se llevaran, y que a menudo estaban destinados a los califas fatimíes. Fue también con lino con lo que los mismos coptos fabricaron, casi por obligación, lo que más tarde vino a llamarse camisa, y que era lo que los soldados franceses llevaban bajo sus armaduras de metal mientras se asaban al sol del delta del Nilo. ¿Acaso los expertos no han encontrado hasta ciento ocho hilos mixtos en un solo centímetro de lino de la época de los faraones? ¿Acaso los coptos no copiaron de ellos la técnica de empolverar los hilos con una harina obtenida con determinados granos, para almidonarlo y hacer resaltar su trama?

Como tú, Shamsa, el lino es noble, altivo y arrogante al mismo tiempo. Como tu cuerpo, entregado sin reservas pero inalcanzable en su magnificencia.

¿No fue el mismísimo rey de Francia quien, a finales del siglo XIV, liberó a uno de sus aliados francos hecho prisionero por el ejército de un sultán turco al regalar a este último un paño de lino de la célebre ciudad francesa de Reims? ¿Acaso no fue ese mismo rey el que dijo que no temía por la gente de Flandes mientras poseyeran campos en los que cultivar el lino, dedos con los que hilvanarlo y brazos con los que tejerlo, y mientras no fueran amputados los pulgares de las hilanderas? Hasta finales del siglo pasado el lino seguiría siendo la tentación de las reinas y el pan de las hilanderas. Luego llegó el algodón, traído por las revoluciones de finales de siglo, un algodón cuyo precio había rebajado el comercio de esclavos negros. Los intercambios internacionales, especialmente con América, llevarían a refortalecer la planta de algodón con abonos e insecticidas que destruyen la tierra.

Calados y canalés, tules y guipur... Y sin embargo el encaje hecho con hilo de lino siguió protagonizando los sueños de Eugenia de Montijo hasta principios de nuestro siglo. Solo que las máquinas de ahora son demasiado rápidas y violentas para el alma frágil del lino, que no lo ha resistido.

Tu camisón de lino es muy caro, Shamsa; conviene perfectamente a tus hombros.

Pero estos encajes, ¿sabías que llegaron a ti desde lo más profundo de las tumbas del Antiguo Egipto? El primer jeroglífico representaba un hilo sobre otro, la primera tablilla con caracteres escritos habla de las mangas de un vestido, y la cuestión del efecto del aire sobre el lino solo se resolvería definitivamente en Venecia. Entonces nacería el encaje. Pero esto ya te lo contaré otro día, cuando llegue su hora y la tuya.

¿Te ha gustado la historia del lino, Shamsa? Ahora ya sabes lo que vistes, tu cuerpo lo sabe y avanza con él. Avanza en el conocimiento que hemos iniciado juntos y que podemos continuar juntos siempre que tú lo desees. Este será nuestro secreto, nuestro y de nadie más, y caminaremos por él mientras tú quieras.

Es caro, hermoso y te sienta muy bien este camisón de lino, Shamsa. ¿Por qué no le desatas el lazo del cuello y apartas las cintas de satén de tu cuello de alabastro? ¿Quién ha teñido tu largo pelo rubio para darle ese color de fuego?

No, no me ofrezcas tus pechos enteros de una sola vez.

¿Toda esta extensión es mía? ¿Toda esta ciudad de corazón fortificado es mía?

Yo soy... su único rey. Soberano de todo lo que está encima de la tierra y debajo de ella. Inexpugnable como ningún otro monarca se ha sentido jamás. Hago realidad todos mis deseos: construyo, destruyo, erijo y abato, y cuando quiero vuelvo a mi palacio para escoger entre todas mis telas a la amante que más me apetezca, cándida y generosa, lasciva o depravada, soñadora y holgazana, rica e ignorante, amable y justa, distraída e indiferente...

Todo este universo es mío, padre, digo en voz alta antes de ponerme a cantar y dejando que mis pies corran en la dirección que más les guste.

Con mi fardo y mi pesado bastón soy consciente de que me he vuelto algo así como un profeta que camina a su guisa en busca del amor, de los descubrimientos, de la sabiduría de los días y de las noches, una sabiduría que obtengo sin miedo después de establecer mi reino sobre estas tierras... durante mucho tiempo.

Después de haber pasado días enteros enrollado en una crisálida de lino, bebiendo infusiones de malva y savia, me repuse de la fiebre que me afectaba y aquella misma mañana decidí volver a los pequeños callejones del zoco paralelos a la plaza de los Mártires. Me prometí que esta vez no me perdería: iría dejando señales a mi paso y pondría nuevos nombres a las calles y a las distintas partes del mercado que no reconociera. Me recrearía un nuevo mapa mental de los lugares que habían cambiado mucho o que habían perdido sus antiguas señas de identidad.

Entré por el lado del zoco de los orfebres, donde en otra ocasión había recogido algunas piedras con las que había construido un muro bajo alrededor de mi jardín para protegerlo de las aguas torrenciales, que ya lo habían arrasado una vez en invierno. Pronto reconocí lo que quedaba de la perfumería Dabbús. Allí encontré una verdadera fortuna. Me dije que no lo dejaría para la vuelta porque quizá al volver tomaría otro camino. Deshice el

nudo de mi fardo y lo puse en el suelo mientras me reía a grandes carcajadas y aplaudía.

Algunas semillas de plantas y flores habían conseguido perforar sus pequeñas vainas y habían brotado en las piedras pómez formando parterres de incomparable belleza. Me puse a arrancar las raíces y a ordenarlas sobre mi fardo abierto, jurándome que aquel hermoso verano haría de mi jardín y del banco situado a la entrada de mi casa un verdadero paraíso. Después de levantar algunos escombros, encontré una garrafa de cristal llena de aceite de oliva. La abrí a toda prisa y me puse a beber de ella, relamiéndome los labios y haciendo chasquear la lengua contra el paladar. Me dije que a partir de ese momento ya podría tener luz por la noche, pero luego pensé apenado que me sería imposible encontrar cerillas para encender la mecha del quinqué. Mi decepción desapareció, sin embargo, muy rápidamente al encontrar en la espaciosa entrada de la tienda pequeños rebrotes de maíz que habían germinado en unas cañerías rotas y que seguramente ya habían florecido durante la temporada anterior. Cuando me puse a arrancar los pequeños retoños me di cuenta de que había muchos y enseguida pensé que bastarían para construir una franja delante del jardín y del banco de piedra, e incluso para trazar los dos lados de un camino que uniera mi casa con el mar, desviándolo ligeramente al pasar por delante de la mezquita de Mayidiyye.

Me prometí volver a la perfumería Dabbús.

Me cargué el fardo a la espalda y me puse a azotar con mi bastón las hierbas amarillentas para dejar señales visibles de los lugares por los que había pasado. Llegué a la plaza en la que me había protegido de los perros — o lo que en mi delirio me parecieron perros— y la llamé la «plaza de los perros», y luego continué hasta el mercado de los Alfayates. Lo reconocí al llegar a la iglesia de los griegos católicos y supuse que entonces me encontraba delante de la plaza de la Estrella. Al levantar la cabeza atisé la parte superior del reloj de la plaza del Parlamento, cuyo interior mostraba, sobre la columna de piedra, sus entrañas oxidadas. Salí a la calle de Maarad con la idea de bajar hasta la calle Weygand, y de allí volver a casa para plantar los rebrotes de maíz antes de que estos se marchitaran. Sin embargo, al final cambié de opinión y me dirigí hacia la mezquita del emir al-Mundhir, diciéndome que seguramente de allí iría a parar a la esquina de la mezquita de Uzai, lo cual me permitiría tomar un nuevo camino que me llevara hacia nuevos hallazgos.

Detrás del Congreso de Diputados, y antes del cruce con la calle Riad Solh, distinguí un matorral de cañas. Me fui hacia él y me encontré con un

estanque de agua limpia al que alimentaba una pequeña fuente, de la cual bebí hasta saciarme. Me descargué el fardo de la espalda y lo rocié con agua para que las raíces de los rebrotes y acodos que llevaba se mantuvieran frescas y vivas. En el borde del estanque me puse a lavarme las manos y la cara con «hierba de la botellita», que era como llamaba mi tía al berro de agua, hierba que primero metía en un pequeño frasco y luego agitaba hasta que, según ella, brillaba, a pesar de los comentarios sarcásticos de mi madre. Entonces se me ocurrió bañarme entero dentro del estanque antes de que se me enfriara el cuerpo, pues ya llevaba un rato sentado descansando. Estaba a punto de meterme en el agua cuando de pronto vi un hueso blanco y largo. Me acerqué a él y me puse a darle vueltas con el pie, presintiendo lo peor. No tardé mucho en darme cuenta de que se trataba de un fémur humano.

No cabe ninguna duda, me repetía mientras me ataba el fardo a la cintura. No cabe ninguna duda, me decía mientras apretaba el paso y luego me ponía a correr en dirección al mercado de Sursuq. Una vez allí me arrepentí profundamente y me maldije a mí mismo y a ese funesto día por no haber corrido hacia Uzai y luego hasta mi casa como había previsto. ¿Qué es lo que me había hecho huir en sentido contrario de la zona que mejor conocía y en la que sabía que iba a estar a salvo? ¿Fue el miedo de desconocer el tramo de camino que me quedaba por recorrer desde el lugar en el que me encontraba?

Ya no podía volver sobre mis pasos en dirección a la plaza de los perros: aquel hueso humano era una prueba concluyente de que lo que vi aquella noche no fue fruto de la imaginación o del delirio.

Entonces oí un ladrido lejano. Corrí hasta la brecha del suelo por la que salí tras caer en el agujero de la iglesia de San Jorge. Me apoyé en mi bastón y salté.

Esta vez no me dejaré el fardo, me dije aliviado, pues estaba convencido de que los perros no podrían alcanzarme hasta allí. Pensé que solo tenía que volver por los corredores hasta las escaleras de piedra para llegar a la niña de la tinaja. Desde allí caminaría a tientas hasta la cripta de la iglesia, de la que esta vez podría salir apoyándome en el bastón. Luego iría a parar al descampado que conocía bien y en el que nunca había visto un solo perro, bajaría por delante de la tienda de cafés Azar, bordearía la plaza de los Mártires hasta el Rívoli, tomaría la calle Foch y luego el mar, el mar hasta llegar a casa.

Me puse a cavilar cómo era posible que no hubiera prestado atención a sus ladridos en todo aquel tiempo. ¿Cómo había podido no oírlos? ¿Cómo no me habían olido antes, yo que siempre estaba yendo y viniendo de un lugar a

otro? Quizá pensé que aquellos ladridos procedían del otro lado de las barricadas, fuera de los límites del centro de la ciudad. Quizá solo se mueven en un espacio concreto, en una zona delimitada de la que no salen nunca. Pero entonces, ¿de dónde había salido aquel hueso humano? ¿Era el mismo hombre que devoraron aquella fatídica noche o era otro? ¿Fueron ellos quienes lo mataron para comérselo o habían arrastrado su cadáver desde algún punto impreciso de la franja de delimitación?

Dios mío, Dios mío, repetía en voz alta. El eco de mis palabras resonaba en el aire frío y seco de la cripta. Dios mío, san Jorge, madre, iba repitiendo mientras avanzaba a tientas, tanteando con mi bastón las paredes y el suelo.

Caminé una distancia más larga de lo que suponía que me separaba de la niña de la tinaja. De repente me di cuenta de que el lugar por el que iba tanteando ahora no era la misma galería. Entonces choqué con una pared de tierra arenosa y me puse a buscar una salida antes de dar marcha atrás. Había un hueco de aproximadamente la talla de mi cuerpo o un poco mayor. Vacilé unos instantes antes de tenderme en el suelo para escurrirme por él, luego decidí avanzar muy despacio para evitar caer en un gran agujero del que no pudiera salir. La inclinación de aquel estrecho corredor era descendente. No importa, me dije, tengo el control de la situación y puedo volver por donde he venido cuando quiera. Al cabo de unos minutos, me encontré en lo que parecía una pequeña cámara. No estaba totalmente a oscuras o quizá era que mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, como los topos. No, no del todo. Lo supe por la densidad del aire y por el eco de los sonidos que yo mismo producía. Y también porque, como el cerebro no soporta acostumbrarse a una oscuridad total, o permanecer en ella durante mucho rato, inventa y percibe todo tipo de imágenes.

Así es como la vi. Era una cámara, rodeada por lo que se diría que era un muro de mármol blanco, decorada con sarcófagos de distintas tallas. Tanteé el muro y caminé a su lado apoyándome en él hasta llegar a otra sala muy parecida, aunque a un nivel más bajo. Los sonidos que iba produciendo, o acaso fuera mi intuición, me llevaron a interpretar que allí no había sarcófagos, sino una especie de formas erigidas, tal vez estatuas u obeliscos plantados en la dura tierra.

Me puse a caminar, guiado por la magia de aquella oscuridad absoluta, por aquello que veía sin ver, lo que veía con la luz de las fantasías de mi cerebro o con una luz real procedente del otro mundo, del mundo de más arriba, de alguna forma que yo ignoraba. Fui avanzando hechizado por el recuerdo de lo que mi abuelo había dicho a mi padre. Una ciudad que no

avanza en el tiempo sino que crece y se acumula en el espacio, y que se hunde en las profundidades de la tierra a medida que se erigen sus edificios.

¿Cuántas ciudades hay bajo la ciudad? Padre, abuelo, ¿cuántas ciudades quedan para el olvido?

¿Estoy bajando por sus estratos inferiores, o me estoy adentrando, sumergiendo en los estratos de mi delirio? Abuelo, de quien heredé la inutilidad de la sabiduría, ¿te enamoraste de las telas porque ya no estarán aquí cuando los arqueólogos busquen las huellas de nuestro pasado extinguido? ¿Será porque el tejido no es ni cerámica ni hueso ni metal ni piedra, sino simplemente un poco de carbono y polvo, un polvo parecido al que dejarán nuestros corazones? ¿O acaso porque su trama acaba siendo tan fina como la vida de las ciudades tan parecidas a esta, aunque no deje, como aquellas, ninguna huella en los sedimentos de la tierra y en la acumulación de estratos para cuando traten de encontrarlas los arqueólogos? Pero da lo mismo, abuelo. Dios nos ha dotado de una visión limitada de las cosas, a veces incluso de una obcecación total.

Estaba maravillado de que el terror no hubiera vuelto a hostigarme. No tenía miedo de continuar avanzando, de adentrarme en aquel lugar. Me desaté el fardo de la espalda, que la humedad de la tela mojada había dejado helada, y me lo colgué al hombro. Recordé los perros pero me olvidé de que huía de ellos. Ya no me preocupaban.

Me senté allí mismo para descansar de aquella penosa marcha a través de la espesa oscuridad del túnel. Cerré los ojos y sentí subirme a la cabeza un entumecimiento intenso. Me recosté, me puse un brazo bajo la cabeza y me abandoné a un sueño profundo.

Al despertar, el hambre me roía el estómago. Bebí un trago de aceite de oliva y luego cerré la garrafa con sumo cuidado, decidido a no deshacerme del botín conseguido aquel día pasara lo que pasara. Introduje una de las puntas del fardo por el asa de la garrafa para poder transportarla mejor, luego me lo até con fuerza alrededor del cuerpo, como una faja, y me puse de pie. Debo salir de aquí ahora mismo, me dije. Tengo que volver a casa antes de que anochezca, pues no sé durante cuánto tiempo he estado dormido.

Empecé a andar con cautela, tendiendo los dos brazos a ambos lados para tantear la pared. Caminé en sentido circular durante unos cuantos pasos antes de darme cuenta de que mis pies volvían a descender. ¡Oh, no!, me dije, sigo bajando hacia las profundidades de la tierra. Tengo que cambiar de dirección, encontrar un camino que suba hasta la salida. Di media vuelta para avanzar en sentido opuesto, pero la pared parecía bloqueada. No es posible, me dije,

tengo que encontrar la brecha por la que entré. Me pregunté si al quedarme dormido no habría olvidado o confundido el sentido de la marcha. Decidí dejar de dar vueltas en redondo inútilmente y utilizar el sentido común. De repente, oí unas voces a lo lejos. Voces humanas. ¿O acaso no lo eran?

De todos modos yo debía continuar andando, dirigiéndome a mi pesar hacia el origen de aquella agitación, atraído por unas voces humanas que ya no parecían tan lejanas y que me infundían un intenso terror. Debo dirigirme a ellas para encontrar la salida, pensé, pero no saldré enseguida. Me quedaré escondido cerca de la superficie y una vez allí ya decidiré qué debo hacer.

El camino hasta el lugar de donde provenían las voces resultó bastante fácil. O quizá esto fuera gracias al estado de acecho en el que se encontraba mi sistema nervioso y a la atención que prestaban mis oídos.

Supe que me estaba acercando porque la temperatura del aire había aumentado y este circulaba mejor allá por donde pasaba. Mis ojos no tardaron en percibir una débil fuente de luz que se reflejaba en la parte inferior de las paredes situadas un poco más lejos, enfrente de mí. Me puse a andar de prisa abriendo la boca para que mi acelerada respiración nasal no me provocara dolor en los oídos.

Me detuve para poder escuchar. Clavado en el suelo, inmóvil como una piedra, oía perfectamente el murmullo de las olas al romper en la arena. ¿Estaba cerca de la playa? No, me dije luego, debe de ser el viento, que arrastra hasta aquí el estallido violento de las olas. Eso no significa que esté cerca del mar, pero sí es indicio de que hoy el mar está agitado y que el viento sopla con fuerza, aunque todavía estamos en verano.

Luego oí un zumbido muy fuerte que sacudió la tierra encima de mí e hizo caer arena sobre mi cabeza. No me moví. Me quedé paralizado, quieto en mi sitio, de nuevo como una piedra. Nunca había oído un zumbido como aquel. Nunca había oído un zumbido tan extraño como aquel. ¿Acaso había caminado bajo tierra hasta más allá de las líneas fronterizas? ¿Me había adentrado sin saberlo en la zona de combates?

El lugar de donde provenían la luz y las voces se hallaba ahora en algún punto no muy lejano encima de mí. Las vibraciones de la tierra se desplazaban siguiendo la dirección del zumbido. Aquello debía de ser un tanque o un carro blindado, lo que significaba que me hallaba fuera de mi zona. Tenía que dar media vuelta y volver sobre mis pasos sin perder un segundo, un solo segundo, antes de que los humanos de ahí arriba descubrieran la brecha que se abría no muy lejos de mí y el espacio que se extendía bajo el suelo.

Inmóvil, quieto como una piedra. Bajo la cercana brecha, un gran obús. Durmiendo de lado, como un delfín muerto. Entero, liso e hinchado. Con un poco de tierra encima. Con tierra encima y con aquel zumbido retumbando en la superficie.

¿Cuánto tiempo había pasado? El sol todavía no se había puesto. El zumbido cesó tras alejarse. Ningún derribo podrá caer ahora sobre el obús y este no explotará.

Luego oí las voces. Alboroto. Voces humanas y alboroto entrecortado de las máquinas. Voces humanas metálicas. Segmentadas por vibraciones e interferencias. Palabras ininteligibles.

*Laazazel. Lehesha er. Lehesha er. Kes ejta.*

¿Era de nuevo la fiebre? ¿Era la fiebre la que aporreaba mi cabeza cada vez que el miedo me corría por el cuerpo?

*Zeberot. Zeherot. Lolazoz. Lolazoz. Mokshim. Ben Zena Lehesha er.*

¿Qué era lo que estaba oyendo? ¿Qué lengua era aquella? ¿Quiénes eran los que hablaban allí arriba? ¿Qué clase de demonios eran? ¿Qué distancia había recorrido bajo tierra para llegar a otro país? ¿Qué pueblo habitaba ahora el país que se extendía al otro lado de las fronteras del centro de la ciudad, haciendo circular por él aquellos ensordecedores carros blindados?

Inmóvil, quieto como una piedra hasta que se alejaron definitivamente y desaparecieron sus voces, su zumbido y su alboroto metálico.

No saldré de aquí. No me tientan ni la luz ni el silencio absoluto que me devuelve el murmullo monótono de las olas al romperse.

Cerré los ojos con fuerza. Permanecí así durante muchos minutos hasta que pude retomar la marcha en medio de la oscuridad. Volvía sobre mis pasos tanteando las paredes y pensando en las extrañas voces humanas que había oído cuando de repente me di cuenta de que había tomado un camino que no era el que poco antes me había conducido hasta las proximidades de una playa cuyas olas al romperse producían un rumor distinto al que yo oía desde mi casa cuando amainaban las guerras de la tierra de las guerras.

Mientras me agachaba para meterme por debajo de una de las brechas de la pared me dije que tal vez no estaba perdido del todo. Entonces me llegó un débil reflejo de luz que me condujo hasta la galería en la que se encontraba la niña de la tinaja. Bien, me dije, saldré por la iglesia de San Jorge cuando haya descansado un poco.

Me descargué el fardo de la espalda y me tranquilicé al comprobar que la tela seguía húmeda. Me senté delante de la niña respirando profundamente.

¿Por qué, cuando observaba la cara de aquella niña, me sentía tan reconfortado y desaparecían todas mis angustias, todos mis miedos? Mi respiración fue volviéndose más regular, mis músculos se relajaron y empecé a sentir un leve y agradable sopor.

Al mirarla esta vez, me pareció haber calculado mal su edad. No era una niña. Era una mujer joven. Una mujer que hubiera crecido en mi ausencia. Como si en mi ausencia se hubiera replegado en su pequeño cuerpo para que mis ojos pudieran verla de una sola vez, con las piernas cruzadas delante de mí. Para mí. Como si hubiera caminado, en la oscuridad de su tierna edad, hacia la luz de la edad adulta para redescubrirse, arrebatando al tiempo su brevedad, su concisión en las tallas y en los cuerpos.

También el tiempo. En el corto lapso que separaba mi primera visita de esta, la savia del tiempo, su esencia, habían corrido por ella para luego recobrar, como a través de mis ojos, su piel fresca.

La miro. Respiro profundamente, pero el deseo me golpea el corazón como un gran tambor, la sangre bombea en mis sienes, haciéndome escuchar su violento latir en medio de este profundo silencio.

Veo a Shamsa. Veo a Shamsa convertida en mujer madura. Shamsa, la mujer que al madurar abandona el lino.

## IO

Has crecido, Shamsa. Creces más rápido de lo que mis manos pueden abarcar, de lo que mis dedos pueden acariciar. Deja el lino, Shamsa, y ven ahora al terciopelo.

Shamsa se ríe mientras deshace sus trenzas rojizas, sin avergonzarse ahora del cuerpo exuberante que antes la intimidaba.

Su carne blanca rebosaba en mis manos, en mis brazos. Crecía y tomaba cuerpo como la masa del pan, sus muslos exhalaban un olor a vainilla, sus nalgas, un sabor a galleta crujiente, haciendo correr mi saliva como un destilado de agua de rosas.

Estoy gorda.

No, tú no estás gorda. Tú eres todo opulencia y exuberancia. Generosa como la gracia divina cuando el cielo así lo quiere.

Shamsa se ríe haciendo tintinear sus pulseras de oro y mi corazón tintinea con ellas. Llueven tintineos y harina blanca sobre las llanuras de su vientre níveo.

Tu piel, Shamsa, es ceniza blanca sobre brasas rosas. Bien tersa para que vea, para que entrevea, para que mi aliento no perturbe el terciopelo de ceniza ni apague la brasa latente que espera ansiosa el contacto de mi piel. De mi mano siempre fría. De mi boca ávida, sedienta, jadeante. Siempre.

Estoy gorda, dice Shamsa, porque no tengo país. Es como si mi cuerpo creciera para quedar firmemente anclado al suelo, con todo su peso. Así puedo sentir mejor la tierra bajo mis pies. Anduvimos tanto cuando dejamos nuestra tierra natal que al final parecía que más que andar volara. Engordo para asentarme, para sentir que tengo una patria. Para tener más volumen, para ocupar más espacio. Para establecerme en una pequeña espesura y tener mi propio hogar.

Shamsa abandonó su lino cuando abandonó el pudor de su cuerpo desnudo, de la desnudez de sus gestos bajo la luz de mis ojos. Shamsa abandonó su pudor cuando empezó a aprender qué era el terciopelo. Le contaba historias en nuestra casa durante todo el día, hasta que anochecía y

ella debía volver con su familia para dormir, con ellos. Pero también aprendió muchas cosas en medio de las luces y sombras de la noche, cuando los enfrentamientos se intensificaban y se hacía más fácil justificar ante sus padres el que pudiera quedarse a dormir en casa, a pesar de la escasa distancia que nos separaba de ellos.

Pero yo empecé a hablar a Shamsa del terciopelo antes de que estallara la guerra. Le traje de la tienda las telas de terciopelo más hermosas que teníamos. Grandes trozos de tela aterciopelada que no le mostraba de una sola vez. Con cada historia, con cada lección, le enseñaba una, para que alcanzara conmigo el éxtasis, igual que el discípulo de un maestro sufí, ejercitando su placer mediante el conocimiento, la revelación, el descubrimiento. Poco a poco fue ascendiendo en la educación de sus sentidos, también en el aprendizaje de las palabras. Aprendió a expresar sus deseos en voz alta, a exigir obediencia y sumisión. Me enseñó cómo ponerme al servicio de sus sentidos y a seguir el camino adecuado en su cuerpo. Así es como ella también fue abriendo las puertas de su memoria y contándome quién era, cómo eran su pueblo, su familia y la tierra que había dejado atrás.

Mi padre era un hombre entrado en años cuando cruzó el río, me dijo Shamsa.

A lomos de una mula exhausta que pateaba las rocas de aquel camino escarpado, le dijo a mi madre que no. Lo que estás viendo es una ilusión. Una ilusión causada por la neblina de invierno y las nubes bajas. La tierra a la que nos dirigimos siempre está verde. Todavía estamos fuera de sus clementes fronteras.

Mi padre había dejado con gran resentimiento los altos de Jarbut y su tribu, los hakkari, la cual había perdido toda protección desde la época de mi abuelo y había terminado pareciéndose a los gamiri —los habitantes de las llanuras—, a los que nosotros llamábamos los huérfanos o las vacas muertas, y que eran nuestros siervos, nuestros *it*, no pastores libres como nosotros.

Mi padre se negó a que los turcos lo nombraran jefe de la tribu y a pagar el *yark* por el *Kabshur*, es decir, los impuestos sobre el ganado, y rechazó la oferta de trabajar como *ulam* o como *bigar* para el Estado. También se negó a realizar la *sujra*, o trabajo no retribuido, y el *dis kirazi*. No, dijo, nosotros no daremos cobijo ni alimentaremos por obligación a los soldados que están de paso ni tampoco obedeceremos a sus caudillos.

Mi abuelo, que quería a mi padre más que a ningún otro de sus muchos hijos, le contaba a menudo cómo el emir Amin Badirján, Sherif Pacha, Abdulkader Shamdinán y él mismo fueron los primeros en fundar un

periódico, al que llamaron *Kurdistán*, y una escuela. El periódico cambió muchas veces de nombre después de pasar a la clandestinidad, hasta que terminó por llamarse *Hatawi Kurd*, es decir, «el sol kurdo». Eso es lo que me contó mi madre, que a su vez lo escuchó de mi padre y de mi abuelo el maestro sufí, y que fue ratificado por mi primo el estudiante. Luego estalló la guerra y cuando los turcos entraron en combate, mi abuelo y sus camaradas reivindicaron la independencia. En respuesta, los turcos los exterminaron a todos. Los que sobrevivieron, huyeron lejos cuando Mustafa Kemal Atatürk ocupó Constantinopla. Entonces empezaron a organizar reuniones clandestinas para hacer pública su exigencia de independencia, y recibieron las promesas de un coronel de los servicios secretos británicos. Se llamaba coronel Bill. Pero era un mentiroso. Desde el tratado de París con los armenios hasta el de Lausana, los turcos y los ingleses se han estado riendo de nosotros hasta acabar aquí donde nos ves. He memorizado todo esto y muchas otras cosas.

Nosotros no somos siervos de nadie, decía Hatawi. Entonces yo le besaba los dedos de los pies. Pero a mi abuelo no le gustaban las guerras, ni las matanzas. Cuando el honorable revolucionario Said al-Birani vino a verlo a su *rimal* —su gran tienda— para proponerle a él y a toda su tribu que se unieran a la causa, mi abuelo se negó. No le gustaron las condiciones. Dijo que el *sheij* al-Birani era un atolondrado, que tenía sed de venganza y de muerte, y que en sus ojos había una oscura crueldad. En otra ocasión, cuando al-Agri Day vino a ver a mi abuelo en el mismo *rimal*, cinco años después del ofrecimiento de al-Birani, para hacerle una propuesta similar, mi abuelo se tomó el tiempo de responder. Todas las grandes tribus estaban reunidas en el consejo. Hablaron mucho y bebieron té. Salieron, orinaron en un matorral cercano, volvieron a hablar. Cenaron cabizbajos y luego pusieron delante de mi abuelo, como mandaba la costumbre, un par de zapatos para pedirle que diera una respuesta definitiva. Se los puso y abandonó el consejo en dirección a la tienda de su *bir*, la rama de la tribu a la que pertenecía. Les dijo pocas palabras y los hombres asintieron con la cabeza. A ellos no les gustaban las guerras sucias, aquellas en las que se intuía el *katchi*, la venganza. Aquella noche, mi abuelo se durmió, apenado, sobre el regazo de su mujer.

Todo esto fue antes de la revuelta de Darsim, cuando los turcos ahorcaron a todos los jefes de las tribus kurdas. Pero para entonces nosotros ya estábamos lejos, en otras llanuras y en otros cerros por los que caminaba mi padre y los que le habían seguido, hombres, mujeres y niños, antes de que terminara el período de *sin*, de luto por su padre. Lo había enterrado en el

Goristán y sobre su lápida había esculpido un pequeño agujero para que bebieran en él los pájaros y velaran por el alma del difunto. Sobre la estela funeraria, trazó también algunos signos que conocía, porque él no sabía escribir tan bien como para grabar unos versículos del Corán. Mi padre no sabía leer ni escribir correctamente, a pesar de que mi abuelo había sido alumno de Abu Muhammad Shanbaki, y uno de los discípulos de Abu Wafa al-Halawani, el primer hombre que obtuvo el título de «corona de los maestros sufíes». Después de estudiar en la escuela coránica de Kamirán Badirján para aprender el Corán en kurdo, aprendió también algo de árabe. Pero su hijo —mi padre— nunca llegó a su nivel de conocimientos por culpa de las guerras y de las revueltas.

Mi padre enterró a mi abuelo y antes de que los días de *sin* acabaran, nos fuimos a otra tierra. Las mujeres llevaban a los niños y unos fardeles ligeros que contenían sus joyas, *bermirats* y *malwankats* para proteger del mal de ojo. Nos fuimos siguiendo el *diri*, nuestro destino escondido en el lejano cielo, coreando en nuestros corazones los tristes cantos de nuestros trovadores, al ritmo lento y cadencioso de los cascos de las mulas.

Tu padre estaba muy triste, me cuenta mi madre. Yo iba delante de todas las mujeres y espoleé mi mula para llegar a la cabeza del grupo, cerca de su caballo. Al ver que me aproximaba, miró a otro lado y no me dirigió la palabra. Con el corazón encogido, no sabía qué hacer para aliviar su pena, para transmitirle mi amor. Sabía que, cuando no me miraba, me estaba prohibido hablar, hacer el más mínimo comentario. Así que solo me quedaba una opción. Entonces me puse a cantar para él, a su lado, detrás de él, en voz baja:

*Con mis pendientes, haré herraduras para su caballo;*

*Romperé mis ricas pulseras para que él las clave*

*En los bellos cascos de sus bestias;*

*Con mis largas trenzas, le haré llevarlas riendas más bellas*

*Ah, corazón mío... Diles a él y a su jamelgo lo que no puedo desvelar*

*Tal vez se conmueva, tal vez se apiade y mire hacia aquí.*

Pasamos días siguiendo el *diri*, cuenta mi madre, hasta que llegamos a un paraje que nos pareció propicio para nosotros y para nuestras bestias. Vivimos allí unos años muy felices que nos dieron más de lo que puede esperar y merece ningún pobre siervo del Señor. En aquella tierra había agua y bienes, hierbas que nadie en nuestro pueblo conocía y de las que ni siquiera nuestras expertas y sabias abuelas sabían el nombre o las propiedades. Ellas nos

aconsejaron prudencia y sensatez ante determinadas especies que aquella tierra hacía crecer. Hasta que llegó el *sheij* Poldo. Mi madre lo llamaba *sheij* Poldo y mi primo Fajro, que había estudiado en las escuelas de Beirut, la corregía: Se llama Leopoldo Soldini, tía, lo he leído en un libro sobre nuestro pueblo escrito por un cura francés. Mi madre sonreía entonces con aire socarrón y le decía: ¿Y ese cura sabía su nombre mejor que él mismo? Anda ya. Nosotros lo llamábamos *sheij* Poldo y él nos respondía de buena gana. Dile eso a tu cura francés, Fajro sabelotodo, que se cree quién sabe qué porque ha estudiado en Beirut, Fajro el chico guapo que ostenta una gran parada en el mercado de verdura y que todavía no se ha casado...

A lo que íbamos, decía mi madre. Vino el *sheij* Poldo y se quedó entre nosotros hasta hablar nuestra lengua. Nos dijo que las plantas que no conocían nuestras sabias abuelas no las hacían crecer los duendes sino Dios Todopoderoso. El *sheij* Poldo nos enseñó cómo curarnos con aquellas plantas y nosotros conservamos todo su saber antes de que dejara nuestra tierra para morir en Zaju, lugar al que llegó cuando se dirigía de regreso a su lejano país, en tierra de francos. En Zaju tiene hasta hoy mismo un mausoleo que visitan enfermos llegados de todas partes y de todas las religiones. Y muchos de ellos han sido curados gracias a la compasión de su alma pura.

Shamsa me dijo que lo que sabía y me había transmitido a mí acerca de todas aquellas plantas que me traía cada vez que estaba un poco enfermo, y que ella consideraba que podían hacerme bien, lo había aprendido del *sheij* Poldo.

Shamsa me dijo también que era una mujer con muchos conocimientos. No soy una ignorante, aunque no haya ido a las escuelas de Beirut. Sé cosas que tú no sabes sobre muchos temas. Además, sigo aprendiendo y sorprendiéndote, ¿verdad?

Mi madre cuenta, decía Shamsa, que vivimos en aquel lugar durante muchos y muchos años, más felices de lo que puede esperar o merece ningún pobre siervo del Señor. Pero a pesar del vigor de mi padre y de la juventud de mi madre, y a pesar de las infusiones de mandrágora de las que ya te hablaré más adelante, no conseguían tener ningún hijo. Sin embargo mi padre no se casó con ninguna otra mujer ni le apenaba especialmente el no poder procrear. Se sentía inmensamente feliz en aquella lejana tierra de cerros y altiplanos, hasta que un día vino a visitarle un sufí de la orden Naqshabandi, que volvía de ver a su familia en las cumbres del Kurdistán turco. Y como todos los viajeros, al caer la noche se puso a hablar mientras tomaba una taza de té bajo la luna llena de verano.

El *mollah* Jáled, contó el naqshabandi, que era un humilde ermitaño de Karadag, de la tribu de los Djaff, soñó que en un camino se encontró a un derviche con la barba llena de piojos y cuya jornada transcurría en arrancárselos y rezar. El derviche le dijo al *mollah* Jáled: Ve enseguida a una gran ciudad de la India que se llama Delhi. Tu salvación se encuentra allí y en ninguna otra parte. El *mollah* Jáled se calzó sus sandalias y se puso en marcha. En Delhi, encontró sin dificultad la escuela del *sheij* Abdalá, a pesar de la extensión de la ciudad y de su gran número de habitantes. Fue como si un ángel lo hubiera cogido por la mano y lo hubiera conducido hasta la cofradía del *sheij* Abdalá, quien le transmitió las enseñanzas de la hermandad de Naqshabandi. Le dijo: Ahora vuelve a tu país, establécete en Sulaymaniyya y enseña a tu pueblo lo que has aprendido aquí.

El viajero naqshabandi no se fue al día siguiente ni cogió el fardo que le habían preparado las mujeres al alba. Mi padre lo retuvo para que no partiera tan pronto y se quedó con nosotros muchos días, durante los cuales se retiraba con mi padre a un erial próximo al pueblo.

Cuando el naqshabandi se fue, mi padre permaneció silencioso y pensativo durante horas, según cuenta mi madre, llevando bajo el brazo un libro que le había dejado el sufí y que se titulaba *La iluminación de los corazones*. Mi padre, que no sabía leer demasiado bien, lo abría y lo acariciaba con las manos, como un ciego, luego lo cerraba y lo ponía debajo de su almohada.

Una tarde mi padre le dijo a mi madre que no tendrían ningún hijo si no se marchaban de aquella tierra fértil, a pesar de todos los bienes que les había propiciado. Pero antes de esto, él debía partir de viaje hacia Arbil para visitar la tumba del *sheij* Amín el Kurdo, último sufí naqshabandi de rito shafií y autor de *La iluminación de los corazones*. Este le iluminaría el corazón y podría leer el libro al instante, sin necesidad de aprender a leer, y luego lo guiaría hacia la tierra en la que debería instalarse para estar a salvo de las matanzas perpetradas por los soldados y para que Dios le diera una sana progenie.

Mi padre estuvo ayunando, rezando y evitando acercarse a mi madre por la noche hasta que partió solo a Arbil. Mi madre le cantó entre lágrimas su triste balada mientras él ataba la silla del caballo y una pequeña alforja con víveres para el viaje. Siguió llorando todas las noches por él en los brazos de su suegra, una andana de más de cien años que había perdido la vista. Se me lo ha llevado el *biri*, madre, me lo han robado las duendecillas de la fuente y ya no volverá más... La anciana acariciaba el pelo de mi madre y le contaba

historias fabulosas de enamorados eternamente fieles hasta que mi madre se dormía como un niño en su regazo.

En la temporada en que las ovejas empiezan a dar a luz a sus crías, mi padre regresó. La única que lo reconoció a lo lejos fue mi madre. Sí, gritó, ese es su caballo, mirad, es él, mi hombre. Se quitó los zapatos, se ató el pañuelo a la cabeza, cogió un cazo con agua y corrió hacia él. Luego agarró las riendas del caballo, lo condujo hasta el abrevadero situado delante de su tienda y ayudó al jinete exhausto por el largo viaje a bajar con sumo cuidado de su montura, como si se tratara de un enfermo. Le cogió por la cintura y luego pasó el brazo de él por encima de sus hombros para que su cuerpo pudiera apoyarse en ella, pues parecía no poder sostenerse solo. Los hombres se quedaron fuera, cabizbajos, mientras que las mujeres no se dieron cuenta de la magnitud de la situación ni se precipitaron a calentar agua hasta que oyeron a mi madre gritar desde dentro de la tienda.

Nadie preguntó a mi madre al día siguiente por qué no le había cortado el pelo a mi padre ni le había afeitado la larga barba antes de bañarlo y ponerle ropa limpia. Lo iban a visitar cada día pero ni tan siquiera el más anciano se atrevía al principio a preguntarle nada. Un día, después de carraspear durante un buen rato, dijo: El hombre, oh, *sheij* de nuestra tribu, no es un *mara azam*, no es una serpiente del cielo que cambia, como aquel, de color y de forma. El hombre, *sheij* de la tribu, no es un camaleón, pues posee la sabiduría que Dios nuestro señor le ha dado, algo que aquellas criaturas no poseen. Su voluntad es la que decreta lo que no debemos saber, ni tan siquiera suponer.

Tras un largo silencio, mi padre carraspeó y dijo: La voluntad de Dios es que lo entendamos todo, que lo juzguemos todo. Si queremos, podemos abrir los ojos y ver. Verlo todo y verle a Él a nuestro alrededor, dentro de su propia creación.

Reinó de nuevo el silencio. Los hombres oyeron el balido de las ovejas en los pastos lejanos. Mi padre continuó: Sabed que el mundo entero no es para mí sino un espejo. En cada átomo brillan mil soles. Si perforáis el corazón de una sola gota de agua, veréis brotar centenares de océanos. Examinad cada grano de arena y encontraréis cientos de seres humanos. Un pequeño insecto posee tantas patas como un elefante y una gota de lluvia encierra todas las propiedades del prodigio Nilo. El corazón de un grano de trigo equivale a cien cosechas y en el de un grano de maíz se esconde todo un mundo. Cada cosa, cada objeto se encuentra integrada en el punto-círculo del presente. Y de cada punto de ese círculo salen miles de formas. Cada punto, en su movimiento

circular, es a veces un círculo y a veces una esfera que gira sobre sí misma. El mundo es un espejo del mundo.

El balido de las ovejas volvió a resonar en el aire de la tienda. El hombre más anciano tosió y dijo con voz temblorosa: Nuestra ciencia es parca, *sheij* de la tribu, y la tuya demasiado vasta para nuestros pobres y viejos turbantes.

Esta no es mi ciencia, respondió mi padre. Mis palabras son un reflejo de las del bienaventurado *sheij* iraní Mahmud Shabastari.

Enséñanos algunas cosas más de las que aprendiste en la tierra de los sabios sufíes, en Arbil. Quizá así Dios —ensalzado sea— se compadezca de nosotros y nos ampare, dijo el más anciano de la tribu. Nosotros no somos más que unos pastores y pocos de nosotros saben leer...

Lo que he aprendido en Arbil no es a leer correctamente o a descifrar las letras. Pero vosotros estáis aquí ante mí y no escucháis lo que os digo, a pesar de que no estoy escribiendo nada ni os obligo a descifrar ninguna letra.

Quizá sea que solo sabemos escuchar historias y anécdotas pasadas, dijo el hombre más anciano de la tribu. Que nuestros hijos no nos menosprecien por nuestra cerrazón intelectual...

Escuchad entonces, dijo mi padre, algunas de las cosas que me enseñaron aquellos sabios hombres durante mi ausencia.

Las ovejas y los carneros habían dejado de balar, dormidos en sus guaridas. Nada, salvo el crepitar del fuego bajo la marmita de sopa, perturbaba el pesado silencio de los hombres. Nadie oyó, en la gran tienda, el sollozo ahogado de mi madre en el regazo de su suegra. Fue el *naqshabandi*, madre, quien me robó a mi hombre cuando cruzó nuestra tierra el verano pasado. Fue ese maldito *naqshabandi*...

Ahora ya sabes que debemos partir, le dijo mi padre a mi madre al cabo de unos meses. No por lo que van contando de mí los hombres de la tribu: no son más que unos ignorantes con el corazón cerrado a los que de nada sirve mi saber. Es para ir a aquella tierra prometida, aquella tierra bendita, donde la hierba era siempre verde, junto al mar. Tuve la certeza, estando cerca del alma del bienaventurado *sheij* shafií que iluminó mi corazón, que esta tierra nos guardaba muchas desgracias y que en ella nunca podremos tener una sana y dichosa descendencia. También supe que aquella tierra prometida no era un sueño o una ilusión. Solo unos pocos hombres viajarán con nosotros a la luz de la luna llena. Cargaremos nuestros fardos y a la anciana madre sobre una mula y arrastraremos a la mitad de nuestras cabezas de ganado. La otra mitad la dejaremos aquí como compensación por nuestra ausencia.

Mi madre no osó contradecirle ni oponerse a él. Sabía que mi padre no soportaría durante mucho tiempo más los comentarios que hacía de él la gente del pueblo, no soportaría oírles decir que, con su nueva ciencia, se había vuelto un *yazdi*, un infiel, un adorador del fuego y del demonio o, en el mejor de los casos, que era uno de esos chiíes que elevaban a Alí al rango de profeta y se autoproclamaban «gentes de la Verdad». Ellos habían seguido a su líder, Mubárak Shah Baba Jushin en su locura, que se había extendido hasta llegar a Irak. Vivía en el pecado con una mujer con la que no se había casado y que les acompañaba, a él y a sus seis discípulos, allá donde iban, viviendo entre ellos y, se decía, entregándose a cada uno de ellos. Ella se llamaba Fatma «Rama de sauce» o Bibi Fatma. Parece que era la hermana del famoso poeta Baba Táhir al-Hamdan, quien no había logrado llevarla por el buen camino o matarla.

Mi madre escuchaba a las mujeres chismorrear sobre todas estas cosas sin atreverse a abrir la boca ni interrumpir el curso de las ilusiones proféticas de mi padre. También sabía que una mujer no debía contradecir a su marido cuando este se encontraba en una posición de debilidad ante su tribu. ¿Cómo iba a hacerlo pues ahora, que la propia tribu se debilitaba y dividía?

Mi madre lavó a su suegra, la cubrió como si fuera un recién nacido y dejó de llorar. Durmió la última noche antes del viaje sobre el regazo de mi padre, contándole historias divertidas, aquellas que sabía que le hacían reír mucho. Le cantó y le besó las manos y la piedra incrustada en su anillo de plata hasta que mi padre se durmió, con una sonrisa en los labios. Al amanecer, mi padre besó la mano del hombre más anciano del pueblo y los hombros de todos los hombres y espoleó su caballo, encabezando la pequeña caravana. No se giró ni una sola vez hacia atrás, como tampoco mi madre, y no la miró a la cara hasta que llegaron a la tierra llana, tras la cual cruzaron el río en dirección a la tierra prometida, aquella tierra en la que la hierba era siempre verde, junto al mar.

Qué triste es tu historia, hermosa Hatawi. No, replicó Shamsa. *Mi* historia no es triste porque yo no estoy presente en ella. Esta es la historia de mis padres. Ahora sé que estoy en otro lugar, en una historia distinta, posterior a aquella de la que te he hablado y cuyo final te parece tan triste. Una vez me hayas enseñado el terciopelo y me hayas contado su historia, en la que yo soy tal y como me vieron los viajeros francos —una esclava ignorante que se pavonea en el esplendor de terciopelo, en el esplendor de mi piel luminosa de

un deseo feroz, como la piel de los felinos salvajes—, entonces te revelaré dónde se esconde la fuerza de mi delicadeza, la delicadeza de mi fuerza. Cuando digo «mi terciopelo» me refiero a mi mano, al guante que esconde una mano de hierro y que tanto se parece a mí.

Habla, hermosa Hatawi, le dije a Shamsa.

Ese no es mi nombre. Yo no soy ni Hatawi ni Shamsa. Yo soy Suriash, que significa «el sol» en la lengua de mis ancestros, los kassitas, descendientes de los *yins*, los duendes del desierto.

Yo soy Suriash, la duendecilla del desierto. Soy la nieta de una de aquellas hermosas mujeres que el rey Salomón mandó a buscar a Occidente. Las cuatrocientas muchachas más bellas que Dios había creado, escogidas para satisfacer la concupiscencia real de Salomón, su soberano tedio, pues había acabado aborreciendo su harén hasta el punto de que el simple hecho de pasar entre sus mujeres le repugnaba. Y es que Dios lo había dotado de una sabiduría y un conocimiento que hacían que, con una sola mirada, el rey se introducía en la mujer que tenía delante, por lo que el deseo lo abandonaba incluso antes de que esta se desnudara en su alcoba. De modo que estas se marchitaban y envejecían cuando en realidad todavía estaban en plena flor de la juventud. Se encerraban en sus perfumes, que perdían su aroma debido a la indiferencia del rey y a su obsesión por las mujeres lejanas que llegaban a él, empaquetadas en sus sueños como ricos regalos que nunca llegan y que nunca se desfloran.

Cuatrocientas vírgenes, las más bellas que jamás Dios ha creado. Eran tan hermosas que terminaron por despertar a los *yins* que vivían en las entrañas de la tierra al pasar en sus caravanas por encima de ellos. Así es como se despertaron cuatrocientos *yins* machos que estaban a las órdenes del demonio Dyazad, a quien pidieron permiso para perseguir a las vírgenes que se dirigían al harén del rey Salomón. Pero Dyazad les permitió mucho más que eso, empujado por su envidia hacia la posición privilegiada de la que gozaba el sabio rey en la estima del Creador. Los *yins* adoptaron la apariencia de unos príncipes gallardos, vestidos con las más hermosas ropas y recitando los versos más delicados. Así hechizaron los corazones de las vírgenes, las cuales bajaron de sus monturas y pasaron la noche entera amando a aquellos muchachos hasta que, antes del alba, se encontraron desnudas y abandonadas en medio del desierto.

Cuando llegaron al palacio, se presentaron ante Salomón. El sabio rey vio entonces en su interior que no eran vírgenes. Como ya no le servían, las

desterró, a ellas y al fruto de sus entrañas, a las desiertas planicies, donde sus vientres crecieron y dieron luz a los kurdos, los «desterrados».

Pero los kurdos no se llaman así porque el rey Salomón desterrara a sus madres, sino porque *kurd* significa en persa «héroe valiente». Se dice que el origen de la palabra, antes de su evolución a través de los años, era *karg*, que quiere decir «lobo», o quizá también una fiera salvaje, aquella cuya piel es de terciopelo... como la mía.

También te digo que fueron las mujeres kurdas las que dirigieron el ataque contra Sargón el Acadio, que temblaba de miedo cada vez que oía la palabra «kurdo». Eso era porque Sargón el Acadio sabía, por lo que contaban sus ancestros, que nosotros éramos hijos de los príncipes *yin*. A ellos los habían criado las bravas mujeres que permanecieron solas en la estepa antes de subir a las montañas escarpadas y de vivir también allí cerca de los *yins*, de Urama hasta el monte Yudi. Allí se detuvo el arca de Noé al final de su periplo, y cerca de ese lugar atracó, en la cima del monte Nizir, el barco de Gilgamesh, como un sombrero de papel.

*Yins* o lobos o fieras salvajes: el caso es que somos impetuosos, fuertes, valerosos. Sembramos el terror cuando alguien nos hace temer por nuestra libertad. Pero a nosotros no nos gustan las guerras ni las matanzas. Después de que mis antepasados kassitas atacaran a los hijos de Hammurabi, entraron pacíficamente en Babilonia y la gobernaron durante diez siglos. Poco a poco fueron abandonando su dominio de la ciudad y vivieron en ella como peones, como adiestradores de caballos y como artesanos, enseñando a los obreros de los faraones muchas cosas. Vivieron pacíficamente hasta que se olvidaron de lo que significaba luchar. Fue entonces cuando los atacaron los asirios. Estos los destruyeron, conquistaron todas sus tierras, saquearon todos sus bienes, los esclavizaron y raptaron a sus mujeres, hasta que entre los kassitas surgió Sargón II, el fundador de Jorsabad. Él los salvó y caminó con ellos hasta el Jabur, uno de los afluentes del Eúfrates. Allí, sentados en las riberas del río, se acordaron de quiénes eran y recuperaron su fuerza y su sed de libertad. Se hicieron pastores, se convirtieron en grandes expertos en el uso de las armas y en el arte de la guerra y fueron los primeros en utilizar flechas encendidas para sembrar el miedo en los corazones de todo aquel que se acercara demasiado a ellos.

Tras la destrucción de Nínive, unos seiscientos años antes del nacimiento de Cristo, nosotros adorábamos a los caballos, a Suriash, al profeta Mahoma y a nuestra libertad, fuera cual fuera la tierra en la cual nos encontráramos o incluso cuando no teníamos tierra alguna. Desde que los *yins* conocieron a

nuestras madres cuando estas se dirigían a la corte del rey Salomón, hasta hoy, es decir, este año 2587 del calendario kurdo, vivimos en nuestra valentía y nuestra libertad, en nuestra soledad, en nuestro vuelo libre por encima de las tierras que otros poseen, de las fronteras cerradas por documentos de identidad y soldados. ¿Cómo podríamos nosotros ser vuestros siervos, dueño y señor mío, cómo podríamos ser vuestros siervos?, preguntó Suriash Hatawi Shamsa, iluminada por su estallido en sonoras carcajadas.

Vuélveme a contar otra vez la historia del terciopelo. Me encantaría escucharla antes de que me lleves, o te lleve yo, a otra lección...

## II

¿Cómo describir lo que sucedió aquel día?

Mi tranquilidad se vio perturbada cuando el portaaviones que fondeaba en el sur se puso a lanzar durante semanas sus bolas de fuego contra las montañas de enfrente. Veloces bandadas de aviones se abalanzaban sobre ellas y luego volvían con movimientos nerviosos. Sobre mi cabeza el cielo era como un escenario en el que se sucedían explosiones ensordecedoras. Hasta la lluvia que caía era de color grisáceo y ya no podía recogerla y guardarla. Más tarde, me vi incluso obligado a limpiar los grandes recipientes, cuyo fondo había quedado completamente negro.

Aquel día era divino, sorprendentemente hermoso. ¿Sería porque llevaba mucho tiempo encerrado en casa, sin salir más que para sentarme en el banco de piedra de la entrada, que aquella explosión de primavera me hizo sentir una alegría incontenible? Caminé entre las cañas y las plantas de maíz que había plantado entre mi casa y el mar, convencido de que el portaaviones ya no estaría allí a pesar de que seguían sucediéndose las explosiones, que se habían alejado relativamente. El mar, en toda su extensión, estaba tranquilo, tan radiante que su azul parecía de oro. Una vasta llanura dorada. Una llanura en la que todos los colores ardían al mismo tiempo.

Mis ojos estaban tan deslumbrados que apenas si alcanzaba a distinguir la línea del horizonte y la franja donde comenzaba la tierra firme. Por eso, cuando vi fuego al principio de la avenida de los Franceses, pensé que era debido a mi deslumbramiento. Cerré los ojos y me enrollé en la cabeza la tela de mi fardo vacío. Miré de nuevo y entonces pude comprobar que lo que estaba viendo era fuego de verdad. Volví corriendo hasta casa, gritando de alegría como un poseso, pensando que por fin podría encender la mecha del quinqué que había preparado desde hacía tiempo a la espera de una casualidad que me colmaría de felicidad al ofrecerme fuego y luz.

Antes de entrar en mi calle lo vi. Allí, delante de mí, mirándome, las patas clavadas en el suelo, inmóvil. Tieso, al acecho, el pelo blanco y corto brillando bajo los rayos de un sol vertical e implacable. Estaba solo. No oí

ningún ladrido. No vi al resto de la manada. No había cerca de mí ningún árbol sólido y alto al que pudiera trepar. No me puse a correr para que no me persiguiera, como me sucedió una vez cuando era niño. También me acordé de que la visión de un hombre de pie infunde terror en los animales salvajes y despierta su agresividad. Me agaché, me puse de cuatro patas y empecé a retroceder poco a poco. Gateé hasta desaparecer de su campo de visión y luego me puse a escuchar atentamente para ver si me seguía, pero no oí nada sospechoso.

De todos modos, no me quedaba otra solución que llegar hasta donde estaba el fuego, situado en algún lugar cercano a la avenida de los Franceses. Vacilé entre dirigirme allí atravesando los escombros de los edificios en ruinas, de forma que pudiera trepar por ellos en caso de que me persiguiera, y correr paralelo al mar para poder verlo en el descampado y evitar así que me pillara por sorpresa, aunque en este caso estaría a la merced de sus veloces patas y de su hambrienta boca.

Al final decidí correr paralelo al mar por numerosas razones, la primera de ellas era que necesitaba saber con precisión dónde se encontraba el fuego para poder llegar allí lo antes posible. La segunda, que siempre podía, en el peor de los casos, lanzarme al mar y quedarme dentro hasta que el animal se aburriera, se desesperara o se olvidara de que yo era una criatura terrestre a la que podía devorar.

Así lo hice. Ni me siguió ni vi rastro de él. El fuego, todavía vivo, procedía del tejado de una casa antigua del que solo quedaban ya algunos maderos transversales. Seguramente en pocas horas se apagaría por completo, reduciéndolo todo a cenizas.

No fue fácil acceder a aquellas vigas encendidas. Me alejé un poco de la casa del tejado en llamas y entonces encontré un trozo de madera que tal vez había volado de la misma casa antes de arder, en el momento de la explosión. Lo acerqué a las brasas más próximas hasta que prendió, lo cogí e inicié el camino a casa, desbordante de felicidad, sin importarme los perros salvajes, ni siquiera los lobos, pues ahora tenía con qué protegerme y con qué hacer frente a cualquier peligro.

Llegué al banco de piedra de mi casa profiriendo unos gritos que quien los oyera pensaría que estaba loco de remate. Allané la mecha del quinqué, apretando la parte trenzada, la empapé bien con el aceite y la encendí. Me puse a dar brincos como un chimpancé. ¿Qué puede preocuparme de ahora en adelante?, me preguntaba. Incluso si se me acaba el aceite de oliva, cualquier grasa, animal o vegetal, podría hacer las veces de aquel. Sin hablar del ricino

o de los dátiles, cuyo jugo me proporcionaría todo el aceite que quisiera, que después de aflorar en la superficie del líquido se filtra con un trozo de tela fina y se guarda en varios recipientes. ¿Quién se atreverá en adelante a acercarse a mi casa, a acercarse a mí, ahora que soy el amo y señor del fuego?

Me pasé horas sentado viendo arder la mecha. Por la noche, saqué mi manta de lana al banco de fuera y tras recubrir el quinqué con una lata cilíndrica para protegerlo de los embates del viento y evitar que se apagara, me tendí entre mis flores y mis rosas, y me comí una lechuga de un sabor tan dulce, que parecía que le hubieran echado azúcar blanco. Entonces me puse a pensar en el olor a asado con el que dentro de poco me deleitaría, me imaginé la piel del pescado asado pegándose a la fina plancha de hojalata, la grasa de las gruesas pechugas de palomo derretirse lentamente, el delicioso sebo fundido de las ancas de rana, que cazaría en la alberca próxima a la plaza del Parlamento, luego el leve crujido del aceite de oliva al freír los succulentos champiñones que seguro habrían crecido en las esquinas del mercado de los orfebres después de las últimas lluvias.

Todos estos deleites me los enseñó Shamsa. Ella es la que educó el gusto de mis papilas. Me solía decir que la grasa es una bendición ofrecida por las criaturas que el Señor nos permite comer y no un desecho de la naturaleza, como decía mi madre. La grasa es un regulador de la temperatura del cuerpo y un protector contra los ataques exteriores. Son las reservas que la mujer encinta atesora para acoger al feto en la cuna blanca y carnosa de su pelvis. También la encuentras en el líquido de los testículos que fabrican los hombres fértiles. ¿Acaso no era el olor y el humo de animales y grasas quemadas los que se elevaban al cielo para complacer a los dioses desde tiempos antiguos?

Esto era en otros tiempos, Shamsa. La grasa es perjudicial para el corazón, le decía yo. No, me respondía Shamsa riéndose y agitando sus benditas carnes rosadas delante de mis narices. ¿Por qué cada sábado tu madre quema aceite debajo de la imagen de la Virgen María? ¿Acaso no es una forma de ofrecer grasa quemada a su intercesora para que tenga piedad de ella? Además, la grasa no es perjudicial para el corazón, salvo si se mezcla con el azúcar. Come todas las grasas que quieras, pero no las acompañes de dulces. Espera dos o tres horas y luego cómete los pasteles o la fruta. La grasa es una bendición.

Ahora abre la boca. No mastiques rápido. Cierra los ojos. Deja que la grasa se funda y llene tu boca antes de enviarla hacia tu vientre y de que la menosprecie tu ignorancia. Dame con tu lengua, de la boca a la mía, un poco de lo que ya hayas masticado y se haya vuelto líquido. Comeremos juntos

como si fuéramos una sola boca. Quita las manos de mis muslos y concentra todo tu deleite en la boca. Apaga la luz y ven a comer conmigo. Comámonos mutuamente. Cómeme.

El corazón me duele en el pecho cuando te añoro tanto, Shamsa. Cuando tu cuerpo se manifiesta en cada uno de mis miembros, insistentemente, hasta hacerme sufrir.

Abrí los ojos para ahuyentar el recuerdo de Shamsa de mi mente y entonces lo vi. En la misma posición, a unos diez metros de distancia. Las cuatro patas clavadas en el suelo, inmóvil, mirándome.

Dios mío...

En dos saltos, me planté en la entrada del sótano. Me escurrí por la pequeña puerta de metal y la cerré de golpe sobre mi cabeza.

Un burro, soy un burro con unas orejas más grandes que dos palmeras. Protegerme del fuego... ¿Cómo se me pudo ocurrir algo así? ¿Es que mi pequeña e inepta cabecita pensaba que el perro se quedaría de brazos cruzados, esperando a que cogiera un trozo de madera, lo pusiera encima de la mecha del quinqué y dejara pasar las horas para que este prendiera bien antes de ir a su encuentro, agitándolo de un lado al otro para que se asustara y se fuera?

Qué burro, Dios mío. Qué imbécil. Mira que seré lerdo, me repetía dando vueltas sobre mí mismo. Estuvo ladrando fuera durante más de una hora, luego se puso a emitir largos aullidos. Mi cuerpo temblaba de miedo. Me levanté varias veces para ir a mirar a través de las pequeñas rendijas que había abierto en el suelo del banco de piedra —o el techo del sótano— y que luego había cubierto con unos trozos de cristal grueso que había traído de la mezquita de Mansur Assaf y de una de las pastelerías Hallab para que entrara la luz del día. Pero claro, no veía nada. Luego pensé en el quinqué que había dejado arriba, pero me tranquilicé diciéndome que no había oído ningún ruido de cristales rotos ni nada por el estilo.

Allí estuvo aullando. Paraba durante un rato, se paseaba por delante del banco de piedra y por el lado del jardín que daba a la calle y luego volvía a sus largos aullidos como yo volvía a mis insultos y a tomar decisiones irrevocables que llevaría a cabo cuando amaneciera. La primera de ellas sería reforzar la reja del jardín con gruesos hilos de alambres y la segunda encender una hoguera permanente en un hoyo o algo parecido cerca del banco de piedra. Pero la reja no sería nunca suficientemente alta como para impedirle saltar por encima de ella, a menos que no volviera a fabricar una, y entonces quién me aseguraba que la terminaría antes de que volviera aquella fiera.

Tampoco mantener una hoguera permanente era una solución tan fácil como parecía, pues debería salir y andar hasta muy lejos para encontrar leña.

Dios mío, Dios mío... No saldré nunca de aquí. No, permaneceré escondido una semana o más hasta que se olvide de mí. Hasta que se canse de esperar, hasta que desespere de verme salir. Sabe que soy mucho más listo que él y que no podrá conmigo.

Me puse entonces a revivir la belleza excepcional de aquel día. Pensé que había sido más radiante y luminoso de lo que era conveniente, y que procuraba un placer mayor del que Dios suele otorgar a sus siervos. Ese placer que, cuando excede el límite legal, obliga al siervo a pagar un precio por él. Cuando mi madre se reía mucho, le pedía perdón a Dios diciéndole: Perdóname, Señor... Perdona que me ría tanto. Pero si aquel día resultaba ser un viernes —el día de la crucifixión de Cristo, de su Pasión—, se prohibía expresamente a sí misma reír, reprochándose en tono airado: No, esto no está bien. Hoy es viernes. Señor, no me lo tengas en cuenta...

Me puse a revivir la belleza excepcional de aquel día del que no pude gozar plenamente, en el talión que Dios me había impuesto a cambio de todo aquello. El talión que aullaba sobre mi cabeza.

Un día que sin duda debía parecerse a aquel otro en el que —según contaba mi padre a Abu Abdelkarim, nuestro vecino, con aire socarrón— se ordenó a los dos pilotos americanos que no lanzaran Little Boy, la bomba atómica, a menos que hiciera buen día y el cielo estuviera azul, sin una sola nube.

¿Y eso por qué, compadre?, le preguntaba Abu Abdelkarim a mi sabio padre, con un placer que compensaba lo mal que estaba el mercado.

Porque lo que querían los americanos, respondía mi padre, orgulloso de su inteligencia, era probar la capacidad de destrucción de aquella bomba, muy moderna para aquel entonces, no ganar la guerra, como dijeron ellos. Japón no poseía una aviación tan moderna ni capaz de volar a tanta altura. Japón quería rendirse, pero los americanos pospusieron la aceptación de su rendición hasta después de probar la bomba, y también para fastidiar a sus aliados, especialmente a Stalin.

¿Para fastidiar a sus aliados?, preguntaba entonces Abu Abdelkarim. ¿Cómo puede ser eso, compadre?

Pues claro, decía mi padre, aún más henchido de orgullo por todo lo que sabía. Claro que era para fastidiar a sus aliados. Ya había empezado la etapa del reparto de ganancias, el período de posguerra. Todos querían demostrar a sus vecinos que eran los más fuertes y que por lo tanto se merecían la parte

más grande del botín, y también todo el poder de decisión. Y sobre todo para fastidiar a Stalin, el cual se acariciaba los bigotes soñando que extendía su ejército rojo hasta aquí...

Malditos sean Stalin, los rojos y los comunistas..., mascullaba Abu Abdelkarim entre dientes.

Un día que sin duda debía parecerse a aquel otro, Shamsa. Luego se le añadieron miles de soles que lo iluminaron en un solo instante. Un inmenso arco iris transformado por millones de colores. Debió de ser como el momento en el que Dios creó la tierra y el cielo. Luego la lluvia negra sobre los cadáveres volatilizados.

Después se hundió el *Titanic*. El barco más grande y seguro del mundo. Simplemente porque hacía un tiempo magnífico, la noche colmada de estrellas, el mar tranquilo como una balsa de aceite, el aire como dormido en su caja negra. Y así el hombre se muestra despreocupado, tranquilo, convencido de que todo va viento en popa, de que todo está controlado. Es entonces cuando Dios asesta el golpe fatal. Primero lo eleva a los cielos y luego hace caer al hombre al suelo para darle el peor de los palos.

¿Qué debo hacer ahora, Shamsa, con la ira del Señor, que me atenaza cuando me hundo en ti?

Vuelve a mí, me dijo Shamsa. Desnúdate y tiéndete en el terciopelo. Para que nos envolvamos con él por todas partes, para que me lleves contigo y me devuelvas a ti. Pega la piel a la mía, a sus poros, trama a trama, para que la pelusa se levante entre la urdimbre y la trama, como cuando, al tocarme por primera vez, mi piel se estremece.

Vuelve a mí y háblame del terciopelo, cuéntame cómo me volví aterciopelada.

El terciopelo, Shamsa, es la tercera dimensión del tejido, o el tejido en tres dimensiones. Hasta hace pocos siglos el hombre permaneció maravillado, sin saber cómo llegar a él. ¿Cómo imitar un pétalo? ¿Cómo imitar el interior de una rosa? ¿Cómo reproducir la última fracción de la belleza de las cosas? Y cuando supo cómo hacerlo, el terciopelo se consideró el tejido más hermoso que jamás el hombre había creado. La fascinación era tan grande como simple su fabricación. Bastaba con utilizar dos urdimbres e introducir una varilla con la que se levantaba, encima de la urdimbre de fondo —que era la que garantizaba la solidez del tejido en su trama—, la segunda urdimbre, que después de ser cortada —o afeitada— daba lugar a la felpa del terciopelo.

Así nació también la alfombra del kilim de lana...

Y así es como se abrió el apetito lúdico y creativo de los artesanos tejedores, siguió Shamsa. En lugar de una sola varilla se utilizaron dos para introducir formas, dibujos, rayas del mismo color o de colores distintos y con una complicación mayor en la trama, que adoptaba formas de lo más diverso y variado. Y el terciopelo afelpado, de cuya belleza te enorgulleces al ponerlo sobre tu *yalik*, no es más que la introducción del terciopelo en el brocado de seda, que es el rey de la luz y las tinieblas en un mismo color, para dar más juego a la imaginación y más luces y tinieblas. En el más osado de estos intentos, los tejedores llegaron a utilizar tres mil doscientas bobinas que sobrecargaban con unas bolas de plomo —en lugar de las varillas, por supuesto— y con las cuales no obtenían más de cuatro pequeños centímetros al día.

El brocado proviene de la tierra, Shamsa, al igual que las primeras muestras de terciopelo. Desde las alfombras persas —como tú misma has dicho— hasta la Anatolia otomana y hasta la invasión de los mongoles bajo las órdenes de su caudillo Tamerlán, las telas más hermosas se fabricaban en Siria y en Anatolia, y de allí volaron hacia la nobleza del mundo entero, sin que esta llegara a desvelar nunca su secreto.

Y es que, cientos de años antes del nacimiento de Cristo, desde la Persia sasánida hasta la Siria bizantina y luego musulmana, el maestro mayor del gremio de los tejedores y artesanos de la tela era el único que poseía los esbozos, los cálculos relativos a los colores y los distintos tipos de trama, y conducía a sus obreros como el jefe de los remeros conducía su galera. Solo él sabía su rumbo y dirección. Solo él había memorizado, por ejemplo, el secreto del manto del rey de los reyes persas, y el cómo y el cuándo el sol o el toro alado se lo arrebatarían. Debía asimismo tener buenos conocimientos de matemáticas para poder hacer cálculos, preparar el urdido y dominar la infinidad de líneas e hilos.

Los tejedores sirios eran a menudo controlados por espías, que los rodeaban como si fueran fabricantes de la Moneda, hasta el punto que sus telas más preciadas fueron nacionalizadas durante largos períodos de la historia y en más de una ocasión hasta el siglo IX. La inspección bizantina fue tan asfixiante que los artesanos empezaron a huir hacia Persia o vendieron su ciencia a los hombres poderosos —cuando no caían prisioneros de estos—. Ello sucedió después de que Zenobia perdiera la guerra y de que el sasánida Ardashir I ocupara Antioquía.

Pero volveré a la historia de los tejedores más tarde.

Lo importante es que Mehmet II el Conquistador, séptimo gobernador del imperio otomano, fue quien abrió los ojos de Occidente y alimentó su apetito al conquistar Constantinopla a mediados del siglo xv. Los nobles de toda Europa se quedaron boquiabiertos cuando descubrieron su refinado gusto y la suntuosidad de sus ropas. Tal fue su admiración, que incluso uno de sus más destacados pintores vistió a san Jorge —o Jidr, el hombre vestido de verde, que es como se lo conoce en la tradición musulmana— a la manera otomana, como si fuera uno de los guardianes de la Sublime Puerta. En cuanto al terciopelo de los hábitos oficiales de Solimán el Magnífico, hizo que las gentes de Viena sufrieran, a causa de la envidia, más de lo que sufrieron durante el largo y triste asedio de la ciudad bajo la lluvia del cielo austríaco. El conquistador era tan hermoso, tan deslumbrante y tan asfixiante como el propio terciopelo que vestía. Solimán dejó en el corazón de la gente una congoja y una codicia tales, que cuando se alejó de sus frías murallas al llegar el invierno todo el mundo sintió algo parecido al despecho. Como el que deja en el corazón de la mujer vanidosa la rendición del enamorado que, harto de negativas, acaba abandonándola. Por eso, después de que la semilla del deseo descendiera hasta las profundidades de sus entrañas, los pintores no pararon de practicar y de llenar de esbozos las hojas de sus cuadernos, desafiando los reflejos y ondulaciones de la superficie aterciopelada y tratando de captarlos, de dominarlos. Solimán el Magnífico entró por la puerta más bella de toda la muralla. Y allí permaneció, en un delirio de la imaginación, en las páginas de las primeras traducciones de *Las mil y una noches*, en las que un terciopelo pintado con colores intensos, vivos y variados es bordado con efluvios de tabaco de narguile, con el aroma de cardamomo que exhalan los pechos de las mujeres jóvenes cuando se entregan a los vapores lascivos; y también en los libros de los filósofos de la Ilustración, en honor a la libertad, incluso en una música inspirada en los palacios y en el murmullo de sus telas, una música que por ella sola revela cómo el oído puede ser atraído por el roce del terciopelo. Y cuando el terciopelo musulmán ya no fue objeto de terror, los viajeros más devotos se fueron a aquellas tierras en las que el hilo de oro se mezclaba con el terciopelo para encender la imaginación como las puestas de sol sobre aquellos parajes. Incluso Napoleón se vestirá con su terciopelo imperial el día de su coronación y los poetas de todo el mundo recibirán a su público en sillones que se diría se hallan sobre las orillas del Bósforo.

Tú estás detrás de todo este terciopelo, Shamsa. Tu imagen. La imagen de la mujer rolliza, colmada de gracia en su cuerpo desbordante. Sabia y seductora, lasciva y peligrosa, sometida, prohibida, imaginada entre brumas

de vapor, en la convulsión de los deseos custodiados por ejércitos de eunucos, reprimidos como las voces de mujeres haraganas, lánguidas, chismosas y secretas...

Vaya por Dios... ¿Todo esto?, dijo Shamsa. Y más aún, Shamsa. Porque cada vez que me acerco a ti siento la amenaza de los eunucos. Porque yo personifico las fantasías de mis propios deseos y mi imaginación debe jugar como el viento en las plazas vacías para salvar a mis débiles miembros de su debilidad. Porque la piel aterciopelada del melocotón puede dejar en mí agujas, espinas que me escuezan la piel hasta ulcerármela. Estas cosas suceden a menudo entre las criaturas de Dios, ¿no es así? Así es, dice Shamsa echándose a reír. Termina tu historia. Esta historia no tiene fin, Shamsa, pero puede interrumpirse de forma muy triste...

El dogo de Venecia —ciudad que heredó de Constantinopla el terciopelo y el bordado del oro— salió a su balcón sobre la plaza de San Marcos vestido con sus ropas de terciopelo, signo de su nombramiento oficial a la cabeza del gobierno de la ciudad. Miró las oriflamas de las principales familias ondeando sobre los palacios y en las ventanas, fabricadas y decoradas con este tejido, símbolo de su esplendor y superioridad ante el resto de los reinos: el terciopelo. Salió al balcón anunciando el inicio de un período de seis meses en el que los habitantes de la ciudad llevarían máscaras para participar activamente en su política, aquella política llena de secretismos, intrigas y maquinaciones. Entonces los notables de la ciudad salieron a la calle recubiertos de terciopelo, para que todo aquel que los viera supiera que formaban parte de la flor y nata de la sociedad y que se les debía todo el respeto y consideración dignos de su posición.

Pero antes de que la rebeldía y superioridad del terciopelo se desvanecieran por completo y este Riera desdeñado durante aquel período de decadencia de los tejidos con el que se anunciaba el inicio de la democracia y el fin de una época de privilegios en pro de una nueva era —la de los esclavos trabajando en siniestras fábricas, como solía decir mi padre—, antes de todo esto, el terciopelo fue capaz de conservar el honor a las tradiciones. Esto sucedió cuando las zonas rurales empezaron a enriquecerse y a ser conscientes de su riqueza e importancia para enfrentarse a las sociedades urbanas y a su propia represión. Antes de la fatídica caída del imperio otomano, un pedazo de terciopelo en la ropa era un signo de entrada a la edad adulta. El *yalik* de tu abuela, es decir, el abrigo bordado con hilos de plata y decorado con botones, formaba parte indisociable del ajuar de la novia,

símbolo de la fuerza y superioridad del hombre y de la obediencia y madurez sexual de la mujer.

¿Cómo pueden converger la madurez sexual y la obediencia?, pregunta Shamsa. ¿Es eso a lo que te refieres cuando dices que me he vuelto aterciopelada? ¿Qué hay de aquella mujer sabia, seductora, lasciva, imaginada entre brumas de vapor?

Es la misma, Shamsa. La obediencia está al servicio de sus propios deseos y apetito sexual, los cuales fortalecen el cuerpo del hombre para que este se domine a sí mismo, no para que domine a la mujer. Para elevarla hasta lo más alto, para que su deseo alcance la cúpula celeste que su compañera desee y lo lleve con ella.

Nunca debes, hija del terciopelo, detenerte en el caparazón de las palabras, en su apariencia primera.

Ahora ya lo sabes todo, pétalo de corola, acerca de tu cuerpo y de tu feminidad. Pero tras el conocimiento solo hay sufrimiento y tormentos. La confusa oscilación entre presencia y ausencia. Los encajes... y el dolor de mi corazón.

Solo el hambre me hizo salir de mi madriguera.

Me dije que no iba a morirme allí. Cuanto más retrasaba mi salida, más se debilitaba mi cuerpo y más fuerte se volvía aquella bestia.

Decidí no alejarme mucho, solo lo justo para poder fabricarme una lanza o algo parecido, un arma con la que repelerlo en caso de que me atacara. Si por el contrario se encontraba con su manada, todo acabaría en poco rato. Unos instantes y luego ya no sentiría nada.

Salí al banco de la entrada. El quinqué seguía encendido y me apresuré a llenarlo de aceite. Antes de avanzar hacia el jardín me puse a gritar para ver si el perro estaba cerca. No oí sus ladridos ni los de los demás. No percibí ningún movimiento sospechoso, pero me quedé un buen rato quieto por si me había tendido una trampa para hacerme salir con toda confianza de mi escondite y después cazarme dentro de su territorio, que seguramente habría demarcado con orina mientras husmeaba en el aire con su infalible olfato.

Me puse a andar a cuatro patas intentando, con toda la precaución necesaria, identificar el olor dejado por su orina. Con ello trataba de averiguar si el perro consideraba su paseo por mis propiedades como una incursión en su propio territorio o en un territorio ajeno. En cualquier caso, todo fue en vano.

Volví rápidamente al jardín. Tenía tanto miedo que no conseguí tragar el único tomate rojo que encontré entre los tallos marchitos. Pasé entre las matas y las regué, a pesar de que no era la mejor hora, pues hacía aún mucho calor.

Luego se me ocurrió una idea que me maravilló: me llené la barriga de agua y me senté a esperar que fuera acumulándose en mi vejiga. Agarré el bastón y me ceñí el fardo a la espalda. Salí por el mercado de Ayas a la calle Allenby, luego a la calle Weygand y desde allí a la parte de arriba de la calle Foch. Pasé por delante de las tiendecillas de *shawarmas* que había cerca de los almacenes Théophile Juri, pero pronto abandoné la idea de buscar en ellos un cuchillo u otro objeto punzante que poner en la punta de mi bastón, pues los restaurantes estaban completamente vacíos, con sus salas visiblemente

abiertas a la calle. Apreté el paso en dirección al cine Rívoli siguiendo con lo que había empezado a hacer desde el banco de mi casa, es decir, orinar unas pocas gotas cada veinte o treinta metros. Esto no resultaba nada fácil, por lo que, en lugar de ir subiendo en dirección al *parking* de al-Ahdab hasta el café Parisiana y luego el Metropole, y calculando lo que quedaba en mi vejiga, decidí volver rápidamente por la calle Biblos hasta la calle Samadi, luego la calle Abdalá Bayhom, la calle Jan Fajri Bey, la calle Trípoli hasta llegar a casa. Así por lo menos habría intentado, de forma experimental, trazar un círculo que delimitara mi propio territorio para ver si el perro entraba en él y para ver si seríamos capaces de llegar a un acuerdo mutuo, de encontrar un código de conducta con el que iniciar una convivencia pacífica en esta ancha tierra de Dios.

Pero antes de girar en dirección al cine Biblos, los vi. Él iba a la cabeza de la manada, unos cuantos metros por delante de los demás. Cruzaban la plaza de los Mártires a lo ancho. Se pararon delante de la comisaría de policía, donde permanecieron agrupados, mirando hacia todas las direcciones. Me escondí detrás de unas planchas de contrachapado que se habían desprendido del cartel de la película *Las amantes*, suspendido parcialmente sobre mi cabeza, y me puse a espiarlos. Me dije que si venían hacia mí, arrancarían a correr como alma que lleva el diablo.

Giraban la cabeza hacia todas las direcciones, husmeando el aire. Deben de estar oliendo mi orina, pensé. Seguro que les habrá llegado arrastrada por el viento que hoy sopla desde el este, desde el mar, detrás de mí. Eso quiere decir que decidirán no avanzar hacia esta parte, pues habrán entendido que este pedazo de tierra ya tiene amo.

Eran más numerosos de lo que me pareció distinguir la noche en que, atacado por la fiebre, los vi devorar aquel cuerpo humano en una de las callejuelas del mercado, del lado de la calle de Maarad. Todos tenían más o menos la misma talla. La de un lobo adulto, según lo que había visto en la televisión o según lo que había oído alguna vez. Reunidos de aquel modo, sin apenas moverse, parados delante de la comisaría de policía, parecían perros normales y corrientes. Aquel tipo de perros errabundos que se suelen ver en las calles de los barrios populares, revoloteando alrededor de las carnicerías y huyendo de la crueldad de los niños, que no dejan de perseguirlos y martirizarlos.

Mientras los observaba, me pareció que ya no les tenía miedo, incluso se me ocurrió salir de mi escondite detrás de aquellas finas planchas de madera y armar alboroto para ver cómo reaccionaban. Verlos apiñados de aquel modo,

a una cierta distancia de donde yo me encontraba, hacía crecer en mí una sensación de valentía, de poder, a pesar de ganarme ellos en número. Esta sensación me llevó incluso a encontrar plausible la posibilidad de salir de pie, sin agacharme, y de caminar hacia ellos con paso seguro, como los héroes del cine. Quién sabe, me dije. A lo mejor huyen de mí si aún conservan, en algún recodo de su memoria, una huella de la superioridad del hombre, una imagen de su sumisión y obediencia. Además, ¿quién dijo que la visión de un humano en posición erguida suscitaba la animadversión de los animales salvajes? Quizá esto fuera cierto para los animales de gran tamaño. Pero yo era mucho más grande que un perro.

De repente se pusieron en movimiento, todos a una, como hacen los bancos de peces. Parecía como si algo, una descarga eléctrica, hubiera cruzado el aire, agitándolos al unísono. Permanecí agazapado intentando recuperar el ritmo de mi respiración. Entonces se pusieron a correr detrás de su cabecilla en dirección a la Parisiana, luego dieron media vuelta como si al mismo tiempo quisieran correr hacia mí, en dirección al *parking* de al-Ahdab.

Antes de echarme yo también a correr, los vi entrar por el lado del edificio Mutanabbi y del mercado de los Herradores. Desaparecieron completamente de mi campo de visión, pero yo seguí sin moverme de mi escondite, paralizado. Me felicité por haber salvado el pellejo, riéndome de la escasa inteligencia que ya mi madre, descanse en paz, me solía atribuir. ¿Cómo se me había ocurrido pensar que podía asustarlos? Más grande que un perro... ¿Y qué hay de la superioridad numérica? Dos leones son capaces de devorar a un toro del tamaño de un camión. Una huella de la superioridad del hombre en su memoria... ¿La memoria de los perros? ¡Venga ya! La mayoría de estos perros han nacido aquí y no han visto un humano, una sombra de humano en toda su vida. ¿Y el cadáver que se zamparon delante de mis narices en las callejuelas del mercado pequeño, cerca de Maarad? Ay, Señor... Bendita sea mi santa madre.

Mi madre solía decir que Nasser no era muy inteligente. Mi padre movía entonces la cabeza en un gesto de lamentado desacuerdo y no hacía ningún comentario. Mi madre aprovechaba su silencio para continuar: los israelíes le hicieron entender que vendrían por el este y él les esperó por el oeste, o al revés, ya no me acuerdo. De todos modos, qué importancia tiene. Nasser se dijo para sus adentros: si han filtrado informaciones de que van a llegar por el este, es que en realidad vendrán por el oeste. No debemos esperarles por el este, porque entonces descargarán por el oeste...

Mi padre sonreía disimulando la vergüenza que le producían las palabras de mi madre, que continuaba: pero llegaron por el este como habían anunciado y ganaron la guerra. ¿Quién fue más inteligente, eh? ¿Acaso me he inventado yo todo esto? Él mismo nos lo explicó al disculparse por su derrota. Mi padre le decía entonces a mi madre que el profesor Kevork, fuente de todas sus informaciones y análisis, no entendía nada de política y que más valía que se dedicara a sus coplas. ¿A sus coplas?, exclamaba mi madre a punto de echarse a llorar. A su música, se corregía mi padre. Dile al profesor Kevork que la inteligencia no entra ni sale en este tema. Dile que Yiryis Mitri le saluda y le dice que este asunto podría muy bien compararse a la situación del guardameta un segundo antes de recibir un gol de penalti. Este u oeste. Derecha o izquierda. El pie golpeará el balón. ¿Dónde está la inteligencia? ¡Venga ya!, le respondía mi madre. La guerra no es un partido de fútbol, y además, claro que la inteligencia tiene un papel en todo esto. Con una sola mirada a los ojos del jugador delante de él, el portero debe saber, debe poder condicionar con su comportamiento el comportamiento del jugador, el pie del jugador. Esto es inteligencia. ¿Por qué los israelíes siempre lo saben todo? Porque nos miran a los ojos, respondía mi padre, esta vez en un tono de amarga ironía. Si hubieran mirado a los ojos del profesor Kevork, habríamos ganado la guerra de los Seis Días... Tu ironía es la de los débiles, le dijo cierta vez mi madre con voz temblorosa. No, le respondió mi padre, solo que después de que nos hayan marcado el gol no sé qué hacer con la pelota en las manos... Pero tienes razón, mi ironía es la de los débiles.

La superioridad numérica, me iba repitiendo mientras me ataba el fardo alrededor de la cintura. De todos modos, tengo que aprender a ser más valiente, un poco más valiente y no mearme en los pantalones o estar a punto de hacerlo cada vez que veo brillar los colmillos de un perro. De nuevo intenté convencerme a mí mismo de la necesidad de alcanzar una convivencia razonable, sin derramamiento de sangre. Quizá, pensé, lo que he hecho hoy, ir orinando en los lugares por los que pasaba, es un buen comienzo. Me puse a pensar otra vez en cómo volver a casa por el camino que había trazado en mi cabeza y con el que cerraba aquel supuesto círculo. También reflexioné sobre la seriedad de mi invención, la cual al menos no parecía haber fracasado, pues no se podía negar que —hubieran o no olido mi orina— los perros no se habían dirigido hacia mí.

Me puse a caminar en dirección al Biblos mientras le daba vueltas a la paradoja del penalti, la cual —en mi opinión— no tenía solución. Ambos, mi madre y mi padre, tenían razón, aunque a decir verdad yo me inclinaba más

por lo que decía mi padre cuando aseguraba que es muy difícil influir en el comportamiento del jugador desde una distancia tan grande. Ni te mira ni te oye. Solo mira a la portería y al balón. Solo oye el clamor del público, sus gritos y los latidos de su corazón golpeándole el pecho como un tambor. En fin, tal vez esta solo fuera una excusa más para ponerme del lado de mi padre, como siempre.

No, no. La paradoja del penalti era una paradoja real, independientemente de su paralelismo con las guerras o con Abdel Nasser.

Antes de torcer por detrás del cine Biblos en dirección a Suq al-Hesbe, lo vi cruzar la calle de un lado al otro justo delante de mí, sin mirarme y seguido de dos más de la manada.

¿Cómo no me había dado cuenta de que me habían rodeado? Por lo visto habían pasado por la calle Cadmus, así que ahora no podía avanzar en dirección a mi casa.

Iban cruzando la calle, yendo y viniendo de un lado al otro, sin girarse hacia mí, cortándome todo acceso a mi casa o al mar, acercándose cada vez más. Así que aquel era su plan para devorarme, para cazarme en manada en el erial de la plaza de los Mártires: él me seguía los pasos mientras sus compañeros me iban bloqueando las salidas para cernirse luego sobre mí.

Esta vez no estaba muy asustado. Quizá fuera la certitud de la muerte próxima, o quizá la necesidad de actuar, de moverme para que el terror no me paralizara el cuerpo.

Arranqué a correr en línea recta, subí por la plaza de los Mártires hasta llegar a la calle Beshara al-Juri y luego me escabullí por la entrada del teatro Chouchou. Me dije que la manada al completo debía de estar por allí cerca, pero no oí un solo murmullo de movimientos ni un solo ladrido. Salí a la calle y me lo encontré a unos pocos metros. Supuse que sus acompañantes no estarían lejos. Permaneció clavado en su sitio, esta vez mirándome fijamente a los ojos. Ahora atacara, me dije, pero no lo hizo. La entrada del teatro Chouchou resultó no servir como refugio, pues la puerta estaba completamente bloqueada por los escombros. Tenía que cruzar la calle para entrar en el edificio del Samadi. Una vez allí, podría esconderme en el laberinto del City Center, y quizá desde allí escabullirme, si me seguía solo y sin la ayuda de los otros dos perros, por el colegio lazarista. Pero él era mucho más rápido que yo y me alcanzaría antes de que llegase allí.

La pregunta era por qué él no lo había hecho antes, mientras corría a lo largo de todo el camino hasta aquí. ¿Por qué se quedaba quieto de aquella

forma, abriéndome paso, dándome la oportunidad de escapar de nuevo? ¿Por qué me perseguía y no me atacaba?

Lo miré y me puse a ladrar tan fuerte como pude, pero no se inmutó ni respondió a mis ladridos.

Entonces, y en un solo instante, lo entendí todo. No se comía a los seres vivos. Era un perro que se había vuelto salvaje, pero no era un lobo. Se alimentaba de carroñas y quería conducirme hasta la muerte. Esperaba mi muerte para poder comerme. Solo era un maldito perro. ¿De dónde habría sacado el porte de los lobos de los bosques?

Así que es eso, hijo de perra, grité en medio de la calle.

Pero cuando vi a sus dos amigos acercarse por detrás de él, salí disparado como una bala. Sin embargo, en lugar de entrar al edificio de Samadi me encontré sin saber cómo corriendo en dirección a la plaza de Dabbás, cruzando la calle de Umm Yilás. Una vez allí, subí de cuatro en cuatro las escaleras de la iglesia, o lo que quedaba de sus blancos peldaños de piedra, retomé aliento y miré a mi alrededor. Ni rastro de los perros. Pero esto no significa nada, me dije a mí mismo.

Ahora tenía que decidir rápidamente si tomaba la carretera de Damasco hacia las barricadas o si volvía sobre mis pasos, me escondía bajo tierra por el agujero de la iglesia de San Jorge y recorría los pasillos subterráneos como en las ocasiones anteriores para salir finalmente por la grieta más cercana a mi casa, después de haber recobrado fuerzas y de que los perros volvieran a perder la esperanza de encontrarme o se olvidaran de mí.

No vacilé durante mucho rato. Oí los ladridos surgir desde numerosos lugares no demasiado alejados. Tuve la sensación de que se había hecho de noche de repente, como aquella vez en la que, de niño, estuve a punto de ahogarme.

Me puse a caminar por la carretera de Damasco. No corría ni me giraba para mirar atrás. Andaba como si estuviera paseando. Me acordé de que no había comido nada desde hacía días y sentí un hambre y una sed atroces. Me dije que quizá moriría de inanición antes que de cualquier otra cosa. Pensé que Plinio el Viejo —el sabio, como lo solía llamar mi padre— murió de apoplejía al oír a lo lejos una de las explosiones posteriores del volcán después de que un feliz azar lo salvara de una muerte segura bajo los escombros de Pompeya. Y que el padre de la tragedia griega, el gran Esquilo —como lo llamo yo— murió con la cabeza partida porque un halcón, que había capturado a una tortuga cuyo caparazón quería romper contra una roca, confundió la calva de aquel sabio hombre, padre de la tragedia, con la

superficie de una piedra. Por lo demás, es muy posible que hubiera perdido el pelo de tanto pensar en las tragedias humanas... y en sus grandezas.

Arrojé mi bastón a lo lejos, desaté el fardo vacío y me puse a andar en línea recta, sin mirar atrás. Sabía que me encontraba a menos de un tiro de piedra de las barricadas y de los humanos que había detrás de ellas... en el país de las guerras.

¿Qué estás haciendo conmigo, Shamsa?

¿Por qué aprendo de ti la delicadeza de las cosas, mientras que tú aprendes de mí la inexactitud de tal delicadeza, el sufrimiento de su excelsitud?

¿Es acaso porque tú eres más sabia que yo? ¿Más modesta, más auténtica en tu centellear, menos recelosa del riesgo y de la amenaza de la pérdida?

¿Qué estás haciendo conmigo, Shamsa, cuando me atormentas? Desapareces sin más y luego vuelves pronunciando palabras vanas, plenamente consciente de que han sido escogidas por su frivolidad, a sabiendas de que estas no llenarán tu vacío ni aliviarán su pesadez. Historias sobre tu ausencia que cuentas con despreocupación, que cuentas solo para afianzar en mi corazón el peso de esta ausencia durante tu presencia. Para borrar todas mis quejas mediante la legitimidad de las excusas que yo he inventado para ti y que me he ejercitado para creerlas hasta casi conseguirlo. Apareces para decirme que estabas en otro lugar, no para decirme por qué no estabas aquí.

Es como si quisieras que creciera, que madurara y que fuera más modesto. Como si quisieras que fuera consciente de que las personas son menos que sus cuerpos, menos que su empeño en permanecer en el *crescendo* del goce hasta el infinito. Porque cuando el *crescendo* sobrepasa el momento que le es propio, ya solo quedan notas desperdigadas, falsas y ajadas. En cambio, abandonar el goce en su justo momento significa salvarlo de la perdición, de una grotesca disonancia.

Desapareces para volver, por compasión. Pero yo no aprendo, no escarmiento. Sufro cada vez que me cuentas despreocupadamente las fútiles causas de tu ausencia, las cuales van construyendo un sólido cerco alrededor de ella, protegiéndola durante tu presencia, una presencia que no encuentra el modo de excusarse. También sé que he empezado a perder esta presencia, cada vez un poco más, pues solo soy capaz de verla asediada por aquella ausencia, reiterada por ella. Sufro en mi deleite por tu presencia y cuando veo mi sufrimiento, tan nocivo como inútil, aún sufro más. Cuanto más vienes a mi casa, más siento tu ausencia fuera de ella, agriándome a mí mismo tu presencia mientras trato de llenar el vacío que has dejado. Como si en tu presencia vaciara el agua de hoy en los botijos rotos de ayer. Por estupidez. Me abres los brazos y en lugar de cardamomo, lo que huelo es azufre. En lugar del perfume de tu cuello, el olor a quemado de mi corazón. Como si

estuviera enamorado de mí mismo, no de ti. Sin saber cómo detener la rueda de mi perdición.

Cuando intento hablar, o disculparme, Shamsa se ríe. Me dice: es la rueda sacra del tiempo, no la rueda de tu perdición. ¿Acaso no te he enseñado la mandrágora? He aprendido todo lo que me has enseñado, Shamsa, y he sacado un gran provecho de tu ciencia: la soja para hacer sudar, el ricino para los resfriados fuertes, la galanga para las encías, la manzanilla para calmar los párpados... No, dijo Shamsa, te he hablado de la mandrágora porque el saber no solo se encuentra en lo visible de sus propiedades, sino también en el secreto de lo que estas encierran. ¿Te acuerdas de cómo la mandrágora fortificante huye bajo el suelo, de cómo se esconde y deja de crecer para luego adoptar, en las entrañas de la tierra, la forma de un sexo de mujer, o de hombre? ¿Te acuerdas de cómo desvela su secreto a quien ella quiere, y mata a quien la arranca involuntariamente? ¿De cómo oscila entre el veneno y el elixir, entre la muerte y el placer extático, entre la ostentación y la reserva?

Puedes escoger. Y puedes también contentarte con la manzanilla y sus numerosas propiedades, claro. Puedes escoger qué mujer quieres, qué tipo de placer. Y puedes también vacilar tanto como quieras... y perder. Ahora ya sabes que la mandrágora baja hacia el fondo de la tierra y se esconde completamente, adoptando formas tan extrañas que se hace muy difícil reconocerla. Aunque quizá esto sea, para quien la quiera coger, mejor que cuando su savia se vuelve veneno mortal.

Mi sufrimiento me impide, Shamsa, aprender y escarmentar. Solo un sabio de cabeza fría puede comprender la mandrágora y su secreto. Mi cabeza, en cambio, hierva cada vez que me paro delante de la ventana, haciendo conjeturas sobre lo que puede haber impedido que aparezcas ante mis ojos, al principio de la calle. No escarmenta el que está detenido en el filo de tu ausencia, bajo la amenaza de caer del lado de tu ausencia perpetua o del lado de una presencia que entierra tu vacío en lo más profundo de la tierra y lo condena a no volver.

Yo no he sabido entender la mandrágora, pero tú has aprendido los secretos del encaje. Quizá porque yo sabía hacia qué lección nos dirigíamos juntos, guiado por mi depravado conocimiento. Quizá porque gracias a tu inocencia pudiste aprender, sin miedo a la siguiente lección.

Yo sabía que habíamos empezado a caminar por la maldición de la seda. Por eso, cuando Shamsa se interrumpió para preguntarme por el *samit*, no le desvelé nada. Tuve miedo y solo le respondí con aquello que pudiera devolverla a la senda del encaje.

¿Qué es lo que te interesa del *samit*? Es un tipo de tela que por la forma de su trama se asemeja al damasco, pero el color o los diversos colores que intervienen en su ornamentación producen un juego de luces y sombras que cambian cada vez que la tela se mueve o se agita. El damasco damasceno que enseñamos a los persas y que luego exportamos por el mundo entero es el primer ejercicio de encaje con la técnica de contraluz, del negativo y el positivo. Pero este no deja de ser un simple juego visual, un placer para los sentidos, y no se eleva de su rango de superficie llana para que el aire se mezcle con él, para que se abra el apetito de la imaginación a la concupiscencia de la sugestión, a la tentación de un contacto vicioso producido al desnudar lo que antes estaba cubierto.

Para llegar al calado, tuvo que pasar primero por Venecia, donde la mezcla de esos dos elementos que son la tierra y el agua lo dotó de una belleza excepcional, semejante a una casualidad que uno no acierta a entender, por mucho que lo intente. El agua mezclada con la tierra y la luz reflejada en su propia luz. Algo parecido a un milagro o a un error, algo que ha huido del tiempo ineludiblemente. Tuvo que pasar por Venecia para que el calado se convirtiera en la última extravagancia del hilo, juego de hilvanadas apariciones y desapariciones, consistencia de mercurio y aspecto huidizo. Todo esto no habría podido suceder en ningún sitio salvo en un reino que conociera suficientemente la opulencia y el lujo para que la incitación a tocar sus telas fuera un vicio legal, más aún, un acto pío.

Hizo falta que los aristócratas de Spina, de Aquilea, de Adria, de Altino y de Padua huyeran de las invasiones de los bárbaros hacia donde no llegaban los cascos de los caballos ni las lanzas de los caballeros para que los arquitectos se pusieran a construir sus deseos en una superficie de solo siete kilómetros cuadrados: la futura Venecia. El corazón de esta nueva y singular ciudad vino a superar cualquier sueño o imaginación, sorprendente hasta el punto que los urbanistas se equivocaron en la numeración de las calles y los edificios. Al volverlos a numerar en rojo en lugar de negro se equivocaron de nuevo, dejando que fuera el agua quien a su antojo abriera las calles o las cerrara a los peatones, estableciendo su propia numeración y su propio peritaje basado en los flujos y reflujos de la marea.

Cuanto más exacta es la geometría del calado, cuanto más calculada parece su trama a los ojos, más quiere destruirla la imaginación y más se olvida el deseo de la utilidad de la numeración. El cálculo de la trama del encaje exige el rigor necesario para destruirla, para que los ojos la destruyan.

Como la red trenzada con esmero es capaz de atrapar a los peces. Como la trampa bien ideada es capaz de ser mortal.

*Punto in aria*, llamaron los venecianos al encaje. Un punto en el aire que ellos introdujeron a la pesantez del brocado y del terciopelo, para elevarlo a la insólita complejidad de la paradoja. Pero ellos escogieron los bordes del paño, aquellos que rozan los puntos del deseo... Justo en aquellos lugares en los que la piel se vuelve transparente y late el pulso, en aquellos lugares sobre los que dejamos caer unas gotas de perfume: la nuca, el borde de los hombros en su arqueado, el cuello, la pendiente que se desliza entre los pechos cuando estos se estremecen, las muñecas y la línea por la que resbala el beso hasta la palma de la mano invertida ante los labios. Es aquí cuando interviene el encaje. Entonces la visión de lo real se entremezcla con la leyenda, la piel con el deseo, el párpado con el agua de los labios.

Shamsa se rio mientras me miraba a través de los calados del encaje negro que la cubrían hasta las nalgas y me preguntó por qué habían tardado tanto en ver lo que estaba delante de sus ojos desde el principio de la creación. Luego Shamsa paseó la mano hasta la parte inferior de su vientre y dijo: ¿Por qué entonces nos ha puesto Dios este vello en este preciso lugar, justo en la pendiente que conduce hasta lo que tú llamas el final del deseo? ¿No es este el principio del encaje, poder ver lo que no puedes ver y no verlo al mismo tiempo? ¿Por qué tardaron tanto?

Quizá no se atrevieron, Shamsa, le dije. Quizá no se atrevieron, no poseían la suficiente arrogancia humana, la opulencia y fortuna necesarias, la ciudad-estado cuya belleza superó todo lo soñado por sus arquitectos, erigida por decisión de sus fundadores en la superficie del agua, en un desafío casi herético, blasfemo.

El encaje era lujo sobre lujo, siguiendo el dicho según el cual no se debe prestar sino a los ricos. Es como si los océanos no fueran sino canales para transportar todo el oro y toda la plata del mundo hasta Venecia a cambio de su punto de aire. Los grandes señores vendían sus palacios y sus tierras, sus campesinos y sus molinos, para comprar un codo de encaje fabricado por seis millones cuatrocientas mil pasadas de la lanzadera del tejedor. Provincias enteras se arruinaron, se hundieron principados y algunos tronos temblaron — entre ellos el poderoso trono de Francia— hasta que el astuto Colbert decidió cortar la hemorragia. ¿Quién mejor que Jean-Baptiste Colbert, ese hijo de un comerciante de telas, podría entender los peligrosos laberintos del hilo?

Colbert no vaciló mucho, pues sabía que ese zorro de Louvois y toda la falsa nobleza no le quitaban el ojo de encima. También sabía que el humor del

Rey Sol no estaría mucho más tiempo templado por las cuentas del tesoro público y las arcas del Estado, y que no siempre se dejaría guiar por los consejos de aquel ministro suyo, el cual, a pesar de los elogios de Mazarino, no era más que el hijo de un simple comerciante de telas.

Colbert reunió su peso en oro y plata, escogió a las cortesanas más bellas y se dirigió en secreto a Venecia. Bajo el manto protector de la noche, se encontró con el maestro artesano del taller de confección particular del gran dogo. Colbert le dio todo lo que este le pidió sin regateos ni engaños. Luego el maestro se persignó mientras pedía rápidamente perdón a san Marcos, los pies hundidos en el agua de la lúgubre plaza. Entre el Palacio Ducal, ahora dormido, y la Torre del Reloj de los dos esclavos, la Luna proyectaba su luz pálida sobre las cúpulas de la catedral, como si estas, con toda su solemnidad, no quisieran que sintiera miedo, humildad o arrepentimiento.

Colbert esbozó una amplia sonrisa desde la barca en la que había subido, miró hacia la bola dorada del edificio de la aduana y se dijo para sus adentros que ahora el secreto del punto en el aire ya era suyo, que lo llevaría a Alençon antes de que el sol llegara a su cénit y que la estatua del portador de la bola de oro de la punta de la aduana del puerto de Venecia no debería mostrarse tan arrogante.

Pero lo que el feliz de Colbert no sabía, sonriente en medio de la oscuridad mientras su barca se alejaba del puerto de Venecia, era que la seductora y ambiciosa Catalina de Médicis y todas las otras mujeres que, después de ella, pasarían por las camas de los reyes de Francia, incluso la codiciosa María Antonieta, provocarían la subida del precio de la bobina de hilo de encaje a más de ciento cuarenta monedas de oro, haciendo la boca agua a los acaparadores y oportunistas, quienes apretaron tanto los sueldos de las pobres costureras que estas terminaron por quitarse los pantalones y unirse a los *sans-culottes* en la fiebre revolucionaria que se extendió por las calles como la lava rojiza de un volcán. Así es como, por ejemplo, las pobres costureras de Brujas, en Bélgica, continuaron viviendo de sus agujas y ganchillos lejos de la devastación producida por las revoluciones, convencidas de que fue la Virgen María en persona quien enseñó a las jóvenes virtuosas a tejer el encaje para que pudieran vivir de ello, y porque los monopolistas de Brujas, y de toda la Bélgica de entonces, no tuvieron el coraje de los franceses y de sus mujeres. Lo más importante de todo esto, en cualquier caso, es que Brujas, cuyos edificios y calles también se alzaban y se alzan sobre las aguas, es conocida desde entonces como la pequeña Venecia

debido a su gran parecido con la república de San Marcos, protegida por sus dos temibles leones.

¿Qué estás haciendo conmigo, Shamsa?

No conocía la miseria de la sabiduría. Nadie me había dicho, nadie me había enseñado que todo lo que uno da, lo pierde. Lo pierde y paga por ello un precio muy alto.

Quizá fuera porque te di lo que no me pertenecía. Quizá porque te enseñé sin tener la aptitud de un maestro. Te di de comer de la alforja de otro, henchido de la arrogancia de los bondadosos, de los caritativos, de los generosos. Caí en la trampa, víctima de mis exiguos y pobres conocimientos. Las lecciones que recibí en mi primera educación resultaron ser falsas, o yo no supe entenderlas como era debido.

Había creído a quienes me dijeron que cuanto más damos más nos enriquecemos, que cuanto más hospitalarios nos mostramos, más grande se vuelve nuestra casa, que cuanto más comida damos, más se llena nuestra cazuela.

Nadie me había advertido que llevara bien la cuenta de mis posesiones. Nadie me había aconsejado ser más humilde a la hora de medir la amplitud de mi casa. Nadie apartó mi mano del cucharón de la cazuela antes de que fuera a servir lo poco que esta contenía.

O tal vez fuera que no entendí bien la lección. Mi ignorancia me llevó hasta el talión de tu ausencia, hasta el fondo del pozo de paredes lisas que es tu pérdida, sin tan siquiera poderme aferrar a un odio hacia ti, a una acusación de traición, de engaño, de hurto, de puñalada por la espalda... Porque volvías.

¿Había aprendido yo mismo lo que te enseñé? ¿Lo había entendido? ¿O es que había sido hechizado por mi propia magia, sin llegar a vislumbrar lo que tú veías en el cielo de mis palabras, tras las nubes de mis deplorables pretensiones? Ahora me duele el cuerpo, me duelen los miembros de tanto sufrimiento que me produce desearte. Ahora me duelen los miembros, iluminados ante mis ojos de tanto extrañarte, aunque no quiera. Iluminados ante mis ojos en mi impotencia y mi debilidad, lejos de cualquiera de mis facultades, a mi pesar.

Mis miembros se iluminan por el sufrimiento de mi deseo hacia ti, como las luciérnagas que me hacen compañía de noche, en mi negra noche, después de cubrir el quinqué de aceite, cuando mi ausencia en casa se prolonga más de lo habitual.

De pequeños, las llamábamos linternas voladoras. No sabíamos que su hermosa luz azul fosforescente no era más que un órgano sexual encendido por el deseo de la hembra. No sabíamos que la luz no era más que un lamento quejumbroso producido por la soledad de volar solo con dos alas, un grito de auxilio desde el ardor del deseo custodiado de noche por el dolor de los miembros.

Me inclino un poco sobre mi banco de piedra para seguir de cerca el vuelo de la luciérnaga hasta el algarrobo, ahora enfrente de mí, y de cuyas ramas más altas apenas alcanzo a distinguir los encajes sobre el cielo azul violeta.

Poco a poco, aumenta el número de luciérnagas y sus reflejos intermitentes perfilan la silueta del algarrobo, envuelto por el cantar caótico e irregular de los machos. Las veo desde donde estoy: rebosantes de una electricidad lasciva, de fibras sueltas, de descargas pestañeantes, como en un delirio.

Luego, poco a poco, el centelleo se organiza, adquiere un cierto ritmo y se va regulando rigurosamente. Las pequeñas luces se reúnen en una sola partitura, encendiéndose y apagándose sin el más mínimo error de cálculo, sin un solo aspaviento.

¿Quién puso la clave a la partitura sino la inteligencia desbordante del instinto? Es como si las luciérnagas supieran que, separadas, solo conseguirán fracasar y quemarse los miembros, y que su única oportunidad de atraer hacia sí a las hembras es formando una orquesta arbórea, perfeccionando su compás hasta que el árbol entero y la noche se fundan formando un solo macho, un solo deseo. Alto, sonoro, compacto.

Y yo, solo y solitario, encendiéndome y extinguiéndome en vano, en una noche que no brilla conmigo, que me abandona a mi instinto fallido, maltrecho, abandonado a mi propio caos, a mi soledad, a mi inopia, me paro junto a mi árbol, detrás de la ventana. Trepo hasta mi árbol, detrás de la ventana: vendrás, no vendrás, vendrás, no vendrás, vendrás, no vendrás... Solo en mi árbol.

Me puse a acariciar el cuello de *Zalch*, tendido a mi lado. ¿Y tú, cómo lo haces, *Zalch*? ¿Te basta con soltar uno de tus aullidos graves para que venga tu hembra? Enséñame, *Zalch*...

Lo llamé *Zalch*, «nieve», no solo por su pelo blanco, sino porque cuando abrí los ojos al sentir la saliva de su lengua contra mi cara me deslumbró la luz del día e imaginé, seguramente debido a mi largo y profundo sueño, que una luminiscente y fina capa de nieve blanca cubría todo lo que estaba a mi alrededor.

Me di cuenta de que habían fallado el tiro y de que todavía estaba en vida cuando vi los cadáveres destripados a mi alrededor y me llegó su olor putrefacto. También me di cuenta, por los fragmentos de imágenes que fulguraban en mi cabeza, que me había despertado varias veces bajo el peso de los muertos que tenía encima: los había ido apartando en medio de voces que barbotaban de unas gargantas abiertas, buscando aire, pronto calladas y extinguidas, anegadas por el agua de la lluvia que caía a cántaros. La lluvia era tan intensa, que me taponó los oídos y me devolvió a mi antiguo sueño.

En ese momento, no sentí miedo del perro que, encima de mí, me lamía la cara. Aunque fueron él y su manada quienes, queriendo o sin querer, me empujaron hasta el lugar donde fui capturado por los hombres armados del puesto de control situado en uno de los extremos de la barricada de arena, supe enseguida que no quería devorarme. Luego me acordé de que ya había pensado, mientras huía de él y antes de llegar al puesto de control, en la posibilidad de que no se comiera a los seres vivos.

Me levanté mirando a mi alrededor, mirando a aquel perro. Me dije que no, que me había encaminado hacia la barricada por mi propia voluntad, empujado por mi ineptitud, como siempre.

Me puse a caminar, sumido en mis pensamientos, mientras el perro me seguía de cerca. Fue entonces cuando comprendí que lo único que quería de mí desde el principio era mi compañía. No me quería hacer daño ni comerme. Solo quería un ser humano que le hiciera de amo, de maestro, un amigo parecido a aquel que un día desapareció detrás de las barricadas. Puede que la nostalgia hacia su antiguo amo, el cual lo abandonó un día, o murió dejándolo solo, fuera la que le hiciera ver en mí una criatura que le recordara a aquel que se fue sin despedirse.

Empecé a bajar por la plaza de los Mártires, con el perro siguiéndome a pocos pasos. Había perdido el miedo a todo después de que las metralletas no dieran en el blanco de mi cuerpo. Nos habían hecho poner en fila pegados a un muro y luego habían lanzado nuestros cadáveres detrás de la barricada, convencidos de que nos habían matado a todos o que no tardaríamos en morir desangrados por los agujeros que las balas habían dejado en nuestros cuerpos. Yo debí de desvanecerme de miedo antes de que me alcanzaran las balas y

luego me cubrieron los cadáveres de los demás, o por lo menos el cadáver del que estaba a mi lado, a mi izquierda, que era por donde había empezado la ráfaga de tiros propinada por la metralleta del hombre a quien se había encomendado la misión de «limpiarnos», como le dijo su superior mientras continuaba hablando por su *walkie-talkie* con otros mandos.

Pensé en volver allí para enterrar los cadáveres, pero pronto desestimé la idea al recordar el hedor a carroña que desprendían. Me dije que toda persona acaba por encontrar el destino que Dios ha escrito para ella, y que quizá los perros fueran parte de mi destino.

Me senté delante del café Laronda, al lado de la tienda de Zein, el vendedor de zumos, para retomar aliento. Vi a los perros ir y venir precipitadamente delante de la tienda de café Azar, sin acercarse a nosotros. *Zalch*, sentado junto a mí, levantó una oreja, luego se puso en pie y se quedó inmóvil, con los ojos clavados en sus compañeros. Sonreí maravillado por la blancura de su pelo, mientras lo veía correr en dirección a los otros, antes de desaparecer por los callejones del zoco, detrás de la tienda de Azar. Luego me dije que era su color, y no su fuerza, lo que lo convertía en líder de la manada, la cual dejaba y retomaba a su antojo, igual que los líderes de los hombres, mientras que el resto permanecen siempre juntos y rara vez se separan de su grupo.

Caminé tranquilamente hasta el lugar en el que se encontraba el pequeño estanque rodeado de cañas, en las proximidades del Parlamento. Aunque el aire era frío, el sol quemaba y sus ardientes rayos me envolvieron en un calor agradable después de quitarme los harapos andrajosos y sucios que llevaba. Arranqué un buen manojo de «hierbas de la botellita» que habían crecido alrededor del estanque, y me metí en el agua para bañarme y disfrutar de aquella espuma espesa, del olor del agua. Sentí pena de mí mismo y me entristecí un poco cuando vi reflejada la delgadez de mis brazos en el agua. Parecían muy largos, como si se alejaran más de lo normal del resto del cuerpo.

Salí del agua y me senté en una piedra limpia para terminar de quitar la mugre y la tierra que quedaba debajo de mis largas uñas. Sentí el hambre retorcerme el estómago, como de pequeño cuando salía del baño, pero me quedé en mi sitio esperando a secarme del todo, revolviéndome el pelo con los dedos para que se secara más rápido y para que el sol volviera a calentarme todo el cuerpo. Con asco, constaté que mi cabeza había sido invadida por los piojos. Me pregunté cómo iba a bajar al sótano de casa y dormir entre mis telas en un estado como aquel. Entonces se me ocurrió

arrancar unas cuantas matas de ortigas procurando no picarme las manos. Las trencé y me empecé a frotar el pelo con ellas, esperando así acabar con los piojos. Luego examiné el vello de mis axilas y de mi pubis: afortunadamente estaba limpio, libre de parásitos. Negro, brillaba sobre mi piel blanca.

Empecé a bajar, ligero y desnudo, por la cuesta de la mezquita de al-Omari. Antes de llegar a la calle Weygand me encontré con lo que estaba deseando. La pequeña palmera seguía en su lugar, cargada de dátiles maduros y deliciosos. Trepé rápidamente y sin mucha dificultad por el tronco y me puse a recoger su delicioso fruto, comiéndomelo hasta llenarme la tripa. Cogí algunos racimos bien cargados y me dirigí feliz hacia mi casa, preguntándome en qué estado se encontrarían ahora el jardín y el banco de piedra, pero sin que ello me provocara ya ninguna angustia.

Mi padre no era un simple vendedor de telas, como a mi madre le gustaba decir. No la creas, no escuches demasiado rato sus fabulaciones, le dije a Shamsa, quien una noche llamó a mi puerta después de cansarme de estar de pie tras la ventana, esperando verla aparecer por un lado de la calle.

¿Por qué has venido esta noche, Shamsa? ¿Por qué vienes en mi ausencia? ¿Qué quieres de mi anciana madre, de sus desvaríos y de sus fantasiosas anécdotas? ¿No confías en mí? ¿No te crees lo que te cuento?

Claro que sí, respondía Shamsa, pero tú no me cuentas toda la historia. ¿Por qué no me hablas de la seda?

Porque todavía no ha llegado el momento, respondía yo.

Me dijiste que la seda tiene muchas historias. Cuéntame la primera y esperaré, seguía ella.

Lo haré muy pronto.

Me estás mintiendo. Nunca hasta ahora me has traído seda. Me prometes que me contarás su historia, pero nunca lo haces. Me lo prometes para que vuelva, deseosa de escuchar una continuación que nunca llega, una historia que nunca empieza.

Shamsa hablaba de pie frente a mí, como si me amenazara con irse de casa o marcharse muy lejos, con la ausencia que me ataba como a un perro rabioso al cristal de la ventana.

Me senté en el suelo, sobre una alfombra, con las piernas cruzadas, reprimiendo unas ganas terribles de ponerme a llorar como un niño. Pero sonreí y carraspeé como solía hacer antes de empezar a contar una historia. Shamsa no se dejó seducir y permaneció de pie. La miré a la cara con unos ojos llenos de ternura y de reproche. Sonrió. Alargué la mano hasta el hueco de la pierna, a la altura de la pantorrilla, y lo cerqué para que no se escapara. Me incliné y le abracé la pierna, dejando la cabeza a la altura del muslo. Luego empecé a recorrer con la palma de la mano toda su pierna por detrás hasta el hueco de la rodilla, donde se escondían aquellos dos pequeños hoyos que hacían arder mi imaginación cuando no estaba conmigo y cuando

recordaba aquel nervio tenso que latía agitado en uno de ellos. Fui subiendo hasta tocar sus caderas y empujarla suavemente para que se girara, lo cual hizo. Luego puse mis labios sobre los dos hoyos, desplazándolos con mis rápidos y ardientes besos del hueco de la rodilla hasta los muslos, muerto de miedo solo de pensar que pudiera escapárseme.

Entonces sentí sus dedos hundirse en mi cabello antes de aferrarse a él, girarse hacia mí y ponerse de rodillas.

Mientras me miraba con los ojos entrecerrados me dije que si me besaba en la boca ya tendría ganada la mitad del camino, no habría perdido la esperanza. Si me besaba en la boca, ella tendría menos poder sobre mí de lo que yo imaginaba cuando sufría en su ausencia.

No acercaré mi cara a la suya. No dejaré lugar, me dije, a una ambigüedad que más tarde pueda reavivar mis dudas. No reduciré la distancia, no recorreré la mitad del trecho que me separa de su boca. Tengo que aferrarme al máximo a la certitud que ahora me ata a sus ojos entrecerrados, a sus labios entreabiertos relucientes de saliva roja. Tengo que agarrarme al frágil hilo de mi fuerza el cual, si se rompiera, haría venirse abajo toda la tensión de mi deseo y dejaría que mi cuerpo se desplomara como un muñeco de trapo, en medio de mi más absoluto dolor e impotencia. Y de mi arrepentimiento.

No acercaré mi rostro al suyo. Resistiré, la boca seca, la respiración acelerada, los miembros adormecidos. Si no me mantengo firme me devorará el deseo, me devorará su fuerza. Y mi arrepentimiento.

Si no acerca su boca para besarme, me aferraré a mi última oportunidad y no me acostaré con ella. Si no acerca su boca para besarme, y pese a ello hacemos el amor, se irá y no volverá nunca más. Finalmente, si por uno de esos milagros consigo hacer el amor con ella a pesar de estar convencido y de haber sido testigo de cómo he perdido mi última oportunidad al no poder evitar besarla, ella no volverá.

Su boca. Su boca. Su boca. No tengo que mover la cabeza. Debo mantener mi cabeza ocupada calculando la distancia, para no avanzarla sin darme cuenta, para que no se incline ella sola sin que yo lo desee. Para que no me traicionen las vértebras del cuello.

No cierro los ojos para que no lo interprete como una invitación a acercarse su boca. Ahora me juego mi última carta con los ojos abiertos y la mirada fija. La miro a los ojos, no a la boca. Hago que mi cabeza, en su convulsión secreta, no se altere al imaginarme que la distancia se acorta y que ella se acerca con su boca roja que no veo. Mis ojos abiertos se cubren de un ligero

escozor, pero no parpadeo. Mis ojos abiertos se cubren de un negro opaco, y entonces sé que su boca está en la mía.

Cierro los ojos. Cierro los ojos sobre las lágrimas que ahora ella no verá. Dejo correr toda mi sangre hacia mi boca hasta el punto de que casi puedo saborear su gusto caliente. No tengo miedo de que mi miembro se quede repentinamente sin sangre, de que se vacíe por completo, porque sé cómo debe circular, ahora que ha empezado a hacerlo como yo quería. Como debía hacerlo. No tengo miedo de que mi cuerpo se quede sin sangre, porque este latir ardiente se volverá ahora tan incontenible que destrozara las células de la piel al chocar con su barrera, antes de exhalar su vapor, ahora reluciente de un sudor que se extiende por todo su rostro, humedeciendo el mío con su sal.

El sabor de sus labios se ha vuelto ahora un sabor de carne, o un sabor que recuerda a ella, pero que no puedo comer. Me alejo de sus labios y los lamo con mi lengua intentando contener mi deseo real de comérmelos. Me alejo de su cuello, mordisqueo su cuello y luego separo su busto de mí para verlo. Para comprobar que puedo separarme de ella y que no estoy hundido en su carne. Se despoja de la ropa que aún llevaba puesta y se tiende sobre su espalda, después de apagar con un gesto rápido la lámpara del rincón. Entonces me doy cuenta de que ahora estamos en el otro lado del salón, y que la noche ha oscurecido todos y cada uno de los rincones de la casa.

Shamsa vuelve del baño con el largo pelo rojizo chorreando. Veo cómo se envuelve en una gran toalla y no se pone su ropa. Le pregunto si va a pasar la noche conmigo. Todo depende de la historia que me cuentes, me responde. Si me gusta, o aprendo con ella, me quedaré.

Esta noche te contaré la historia que nos conducirá hasta la seda. Pero para entrar en este último capítulo, debemos armarnos de un conocimiento muy especial, muy vasto, que fortalezca nuestro poder de recibirlo y que nos eleve al nivel de leyenda, para no convertirnos en víctimas de su magia. El conocimiento es un peligro para el ignorante poco predispuesto a recibirlo. No todo se reduce a lo que escapa a nuestra comprensión o a la pérdida del placer. El conocimiento, tal y como tú misma me enseñaste al hablarme de la mandrágora, puede pasar de ser un elixir a ser un veneno mortal.

Mi padre, que me enseñó todo esto y me adiestró como a un fiel discípulo, no era un simple vendedor de telas. Era un sabio conocedor de lo ignoto. Por eso, esperó todo el tiempo que hizo falta para que yo me hiciera mayor, para que pudiera ver la mujer que había en mi madre y el hombre que había en él, para que al hacer las cuentas fuéramos tres, no menos. Para que al hacer el

recuento de las generaciones desde mi abuelo, el que emigró, hasta mí, fuéramos tres generaciones y no menos.

Mi padre me confesó que a él le hubiera gustado dejar pasar aún más tiempo antes de transmitirme su ciencia, esperar a que madurara para caminar en esta historia junto a él, hasta que ella se nos desvelara a los dos, sin que él me la inculcara. Pero la decadencia —o la era del *diolen*, como la llamaba él — nos acechaba, lo mismo que su enfermedad y el presentimiento de su cercana muerte. Y he aquí que ahora yo me aventuro a contarte todo esto, a pesar de que eres todavía muy joven, asediado por tu insistencia y tu premura, y por el uso de armas prohibidas cuando me amenazas con desaparecer. Así que escúchame bien, porque ahora vamos a embarcarnos juntos, tú y yo, en la misma aventura.

Empecemos por el principio, como solía decir mi padre, por el lugar en el que se inició nuestra migración por todo el mundo: la costa occidental del continente africano. Allí, los sabios de las tribus dogon cuentan que el Señor, el verbo creador, fue al principio de la creación del mundo un hálito que hizo nacer a las plantas, abastecedoras de fibras, y los animales, abastecedores de piel y de plumas, con los que antiguamente nos cubríamos el cuerpo. Pero la palabra «Señor», compuesta por letras que se ligan entre ellas y que se pronuncia con toda la boca, se remonta a Ogo, el cuarto genio, que se reveló contra el Señor con el apoyo de la araña que lo había seducido en el árbol. La astuta araña era una criatura maldita, pero el árbol era sagrado y creyente. Por eso, el árbol empezó a crecer y a extenderse por los cuatro rincones del universo, para volver y enrollarse alrededor de la araña, limitando su arrogancia y maldad, y luego ahogarla para que no pudiera continuar con su malicioso proyecto de tejer una tela que cubriera toda la superficie de la Tierra. La palabra «Señor» no volvió a utilizarse entre los humanos hasta después de una larga reflexión que se prolongó hasta el nacimiento del séptimo genio, antepasado del nuevo género humano, al cual el Señor dio la forma de un telar que llevaba la palabra del Señor a toda la Humanidad y que se encarnaba en ochenta hilos de algodón, cuarenta verticales que formaban una urdimbre en doble cara, y cuarenta hilos horizontales para la trama, que son simples y bien alineados, como los dientes en la boca. La urdimbre y la trama van y vienen en un movimiento que se asemeja al de las mandíbulas al masticar, mientras que el carrete de hilo sería la garganta, y la lanzadera la lengua.

En la lengua de los dogon, la palabra *sawah* hace referencia al tejido y a la palabra, y al mismo tiempo a la acción verbal que representa. Así, por

ejemplo, una mujer desnuda se dice que es sorda. También en árabe, si te fijas bien, encontrarás una cierta correspondencia gráfica entre *haki*, «palabra», y *haik*, «tejedor».

El tejedor es aquel que fabrica las palabras, y el hombre se viste con ellas. Después de que el tejedor hubiera escuchado a su abuelo, el tercer *nomo*, de cuya faringe emanaba la palabra sagrada y que tensaba y ataba los hilos de la vida, transmitió la palabra a los hombres a través de las telas y de sus códigos secretos. Pero él, como el hechicero, no desveló el secreto del proceso creador de tejidos a cualquiera: solo lo heredaban aquellos que alcanzaban el conocimiento, aquellos que lo merecían por su sabiduría y ciencia, y que gozaban de la bendición de los ancestros.

También el cultivo y labrado de la tierra no son más que el tejido de la vida, el ir y venir de la lanzadera. Como el perpetuo sucederse del día y de la noche, como el vínculo que une a la tierra con el cielo, a la vida con la muerte. Incluso Marco Polo, aquel valiente y aventurado viajero, empleó el verbo labrar para describir la técnica persa usada para tejer la seda.

Al igual que nosotros los cristianos, Shamsa, el hombre dogon nace pecador, pero se purifica de su pecado original, de su infracción de las reglas, a través del tejido e hilvanado que dicta la tradición sagrada y ascendiendo en los distintos grados del conocimiento. Ellos entierran la lanzadera y el carrete de hilo con el muerto después de amortajarlo con telas cuadradas decoradas en blanco y negro, y tejidas con un solo hilo, que no se corta ni se mancha con ningún nudo. Cortar el hilo significaría la pérdida, exactamente como sucediera con Ariadna, hija de Minos y hermana de Fedra, cuyo hilo salvó a Teseo de morir en el laberinto. Y cortar el hilo, tintado alternativamente en blanco y negro, significaría también romper la sucesión del día y de la noche, y caer en el abismo, en el vacío, en el olvido.

Y porque somos olvidadizos, Shamsa, porque no aceptamos nuestra ignorancia, no pensamos que el tejedor, allí donde se encuentre a lo largo y ancho de esta tierra, es el encargado de guardar el secreto de la vida y de la paz, siempre amenazadas por el triunfo de la muerte y la guerra. Quitarse la ropa, desnudarse, ¿no está acaso relacionado con el pecado original, con el talión, con una carrera sin tregua hacia el arrepentimiento? Fíjate en las representaciones de la diosa Atenea: en una mano lleva un huso y en la otra una lanza, en una la sabiduría del hilvanado y en la otra las desgracias y los desastres de la guerra. El sabio Gandhi se puso a tejer delante de los ingleses pues, según el mito indio adoptado por los jazaritas, la diosa Hunglaj les pidió que dejaran de ser guerreros para ser tejedores, a fin de que ella pudiera seguir

otorgándoles una existencia libre y la bendición de un nuevo día tras las tinieblas nocturnas.

Y si el tejedor encargado de guardar el secreto era siempre un hombre, la diosa que lo enseñaba e inspiraba era siempre una mujer, querida Shamsa. Una mujer que sabía cómo extraer la luz de la oscuridad y el blanco del negro. Estas diosas, llamadas «diosas lunares» porque hilaban con la luz de la luna la luz del día siguiente, eran Atenea, Perséfone e Istar de Babilonia. Y cuando terminen de hilvanar, el mundo habrá llegado a su fin, al eterno abismo y a la oscuridad infinita. Tagtog, la diosa sumeria del tejido, nos enseñó que cada vuelta de la lanzadera en el telar es una palabra de los ancestros que enriquece nuestra memoria y que se añade a la herencia que nosotros dejaremos a nuestros descendientes. Cuando se olvidan las palabras de los antepasados, se deshacen todos los nudos e hilos de esta gran urdimbre y el mundo se descompone, se desfigura y se vuelve polvo en la nebulosa.

Al igual que tú me escuchas, hermosa Shamsa, nosotros escuchamos las palabras que nos llegan del cielo lejano, allá donde estemos. En China, la tejedora del mundo y emisora de la palabra celestial, se encuentra la milésima estrella de la constelación de la Lira. Ella representa un telar con su tejedora, que urde y teje durante todo el año a orillas de la Vía Láctea. En otra constelación se encuentra el arado, que simboliza el urdido de la tierra con su ir y venir formando surcos, y que es arrastrado por el carro de la Osa Mayor. Finalmente, el equinoccio de primavera es justamente el momento en el que se encuentran la tejedora con el arado, el equilibrio de los dos elementos del mundo, el yin y el yang.

¿Has visto cómo se parecen todas las historias y cómo se entremezclan, sean cuales sean sus orígenes? Los fenicios también creían que el Señor tejió la tierra y el cielo con los hilos de su infinita sabiduría, alrededor de un árbol universal de cuyas ramas ignoramos la extensión. Es el Árbol de la Vida, adorado por todo Oriente, desde Bizancio, pasando por la Persia sasánida, hasta la India, y por Occidente. Al morir, se creía que caíamos de él como un fruto maduro para volver a girar en los campos de sus astros y de sus interminables ramas. Las hijas de Zeus, el dios de todos los dioses griegos, eran tres. La mayor era la hiladora que tiraba del hilo de nuestra vida desde la luz del cielo; la segunda era la tejedora que dotaba a nuestra existencia de matices y urdía los destinos humanos; y la tercera era la que cortaba el hilo y detenía el último hálito. Asimismo, los pueblos del Mediterráneo creían que las nubes no eran sino telas que se desprendían de sus telares para deshacerse,

cuando llovía, en sus hilos iniciales y regar con su agua bendita el rostro de la tierra.

¿Tienes sueño, Shamsa?

Sí, un poco. Pero eso no significa que tenga ganas de dormir. Es la forma de abrirme al placer de las palabras, al desarrollo de la historia, lo que me adormece el cuerpo. Olvido mis miembros para que se despierten mis oídos, mi imaginación y mi intelecto, para poder seguir el hilo de tu larga y bella historia, que por tu boca nos trae a tu padre y evoca la sabiduría de mi antepasado naqshabandi, ese enamorado de los astros, compañero de pastores, tejedor de lino y de tiendas hechas con pelo de cabra, hombre que camina sobre el hilo de la misericordia divina hacia la luminiscencia de la unión perfecta, vestido con la convicción de la Verdad que le tejía el Señor del Universo.

¿Así puedo continuar para que pases la noche conmigo, Shamsa?

Hasta el alba, cuando aparezca el primer hilo del carrete del día o cuando el hilo pase de ser negro a ser blanco.

Está bien, Shamsa. Mi padre, que no era un simple vendedor de telas, decía que el hilado, el urdido y el tejido de telas no eran solo un medio para conocer el reflejo de la creación, de su pasado y de su génesis. No se limitaban, como decía Platón, a una representación del cosmos según la cual este tiene como eje un huso de hilar hecho con diamantes cuyo movimiento giratorio daba impulso a estrellas y planetas, que giraban movidos por su campo gravitatorio y por su ritmo inherente. Decía que también el político era un hilador el tejido social. También Virgilio dijo algo parecido a lo que dijo Platón cuando llamó al dios de la ciudad de Delos «el tejedor».

Asimismo, la arquitectura tiene sus orígenes en la técnica del tejido. Primero el hombre juntó ramas de árbol para delimitar la superficie de sus dominios de la de las tierras colindantes, luego las entramó para construir un techo para su casa y aún después las trenzó para fabricar cestos en los que conservar los frutos de la tierra, como preserva la ropa los frutos del cuerpo antes de cubrirlo por completo. Más tarde, el hombre tejió alambradas para proteger a los animales que había domesticado y sometido, para introducirlos en su esfera de dominio. Así es como nació la casa y se multiplicó, como en la leyenda de Alisar de Tiro, de quien se dice que cosió la primera correa de cuero. Luego las casas se fueron amontonando y sus límites se fueron extendiendo, como el hilo alrededor del huso, una vuelta tras otra. Alrededor de los pilares que sostenían la memoria de aquel ancestro, se desplegaban los círculos de las casas de los hijos y los nietos, atrapadas en el campo de

atracción de la estirpe y las herencias. Luego los colores adoptaron sus propios lemas, sus propios signos diferenciales según el rango tribal. ¿No era el color de las tiendas lo que distinguía, en las sierras argelinas, a las distintas tribus, separando sus límites de los de las tierras vecinas? Acaso el jefe de la tribu no ha bendecido hasta nuestros días la casa que acaba de construirse diciendo: «Has sido erigido, oh, tejido, para ser morada bajo la sombra de la misericordia del profeta Mahoma —Dios lo bendiga y salve—. ¡Protege a los tuyos y bendita seas!». ¿No fue la casa de los judíos, quienes caminaron cuarenta días y cuarenta noches por el desierto árido y plagado de peligros detrás de su profeta Moisés, el Arca de la Alianza, la que contenía diez alfombras de lino? ¿No se extienden las alfombras de todos los fieles musulmanes hacia la alquibla para bastir la ascensión de la plegaria hacia la más noble de las direcciones? Y en la política urbana y de masas, ¿no se suele hablar en árabe del «hilo de la autoridad», que solo puede «atarlo» aquel que ha entendido la esencia del tejido social, su entramado? Tal arquitectura solo puede ser destruida por dos tipos de hombre: el llegado de extramuros, el extranjero envalentonado, portador de nuevos mapas trazados con un deseo de expropiación, de mezcla o de continuación; o el caudillo ignorante que saca su poder de la debilidad de los hilos, del desgaste y deterioro del tejido. Este es el enemigo de su ciudad, de su pueblo, y la principal causa de su destrucción y de su muerte.

Ignorante es también aquel que no se da cuenta de los embrujos del hilo, de las maldiciones del tejido, aquel que no ve, en su exiguo saber, en la ilusión de su suficiencia, que el oficio de tejedor entraña peligros, negros y funestos reveses. Abre pues los oídos, Shamsa, y escucha bien lo que te voy a contar.

Los primeros tejidos de hilos son las redes, las trampas, los engaños y las traiciones, la seducción de falsas promesas, la inducción al asesinato, a la anulación.

El nudo del hilo, que es el principio de cualquier tejido, está formado por dos cabos que acabarán siendo un solo hilo, un cabo en la mano del Bien y el otro en la mano del Mal, uno en el cordón umbilical y el otro en el nudo de la horca. Del mismo modo que atamos una tira de tela alrededor del miembro enfermo con la esperanza de devolver el cuerpo al estado en el que se encontraba en el momento de cortar el cordón umbilical, es decir, el nacimiento, para hacer desaparecer la enfermedad, también atamos, según los escritos maléficos y la magia negra, el hilo de todos los destinos posibles para acabar con la enfermedad, la desgracia, la locura y la muerte. ¿No dijo

Ezequiel: «¡Así habló Jehová: la maldición caerá sobre aquellos que tejan vestidos, por diferencias de medidas o de personas, para que las almas caigan en sus trampas!»? ¿No escribimos, desde tiempos de los asirios, nuestros celos y nuestra pasión sobre un hilo del vestido de nuestra amada y luego lo atamos a nuestras súplicas pecaminosas para que no la consiga otro enamorado y para que se marchite sola en las noches de separación, quebrándose en la misma soledad en la que nos ha dejado?

¿No terminó Aracnea, al proclamarse mejor tejedora que la propia Atenea, convertida en araña, el animal más horrible que Dios haya creado, y condenada a tejer una tela interminable que jamás podría vestir?

¿Y cómo asesinaría la desgraciada Medea a su joven y bella rival Creúsa sino con un vestido envenenado, empapado con los líquidos y ácidos de su odio, un odio que no quería saciar simplemente con la muerte de Creúsa, pues la muerte es el destino de todos los humanos? El objetivo del vestido de Medea era procurar una larga e insufrible agonía, luego despedazar el cadáver y arrojarlo a la tierra para que se deshiciera su tejido o, con esa misma intención, hervirlo y comérselo para fortalecerse con sus primeras fibras.

El verdadero conocimiento, Shamsa, es aquel que se detiene en su cúspide. El conocimiento es solo aquello que te permite ver las dos caras de una moneda, el blanco y el negro al mismo tiempo. Quien nos oculta que en el asesinato existe un placer perverso nos engaña y nos tiende una trampa diabólica en la que caemos como presas fáciles, cegados por la falsa visión del ángel. Quien no nos enseña el placer de matar nos mata con su compasión y su menosprecio hacia todo nuestro ser.

Pero detenerse en la cúspide y ver al mismo tiempo las dos caras de una moneda, ¿no es acaso un ejercicio imposible? ¿No será la compasión, incluso el menosprecio, un cerco con el que protegemos a aquellos que queremos?

Detenerse en la cúspide del tejido es detenerse en la seda. En el ojo de la aguja. Por eso, mi abuelo le dijo a mi padre: no te cases con esa mujer, y no vuelvas a aquella ciudad.

El hilo del amanecer iluminó el rostro de Shamsa dormida entre mis brazos, cuando mi madre se despertó y me llamó desde su habitación.

Me desperté con un intenso olor a sofrito llenándome la nariz. Un sofrito de ajo y cilantro, no de cebolla. Uno de aquellos que hacen la boca agua y abren de par en par las puertas del esófago.

Salí al banco de piedra preguntándome por las causas de mi permanente sensación de hambre en los últimos tiempos. Casi no dejaba de comer, y me pasaba el día entero buscando comida o curándome de una indigestión o de un dolor de estómago. No había escarmentado del estreñimiento que había sufrido y que me había hinchado la tripa como un tambor después de devorar la mitad del campo de higos chumbos que había delante del restaurante Ayami. Para colmo, luego me había zampado varias decenas de pequeñas mazorcas de maíz cuyos granos sabían a azúcar y leche. De no haber sido por el albaricoquero del mercado de Bazarkan y del endrino, cuyo fruto había alcanzado el tamaño de las moras de delante de la mezquita de al-Amín, el estreñimiento habría terminado por envenenarme la sangre y matarme.

Esta voracidad me asaltaba como una ola incontrolable contra la que no podía lidiar; igual que cuando me sobrecogía el deseo sexual y me sacudía todo el cuerpo de un solo arrebató, como si de repente se levantara del suelo para desplazarse en otra gravedad, una gravedad desprendida, como arrastrado por el soplar caótico del viento que a veces llega impregnado de aroma de mujer, un aroma que mi nariz percibe allá donde vaya. Un olor penetrante y especial que me golpea la cabeza.

En momentos así, me suelo poner de pie en un extremo del banco de piedra, me meto los dedos en la boca y silbo bien fuerte unas cuantas veces para llamar a *Zalch*, hasta que este aparece. Después de dirigirle unas cuantas palabras, que supongo que comprende perfectamente, nos ponemos a correr juntos. Corro todo cuanto pueden mis piernas y resiste mi corazón, en todas las direcciones a las que me conduce *Zalch*, que me adelanta y vuelve hacia mí cientos de veces, incitándome a correr más deprisa, a saltar más alto. A veces siento, cuando el sudor reluce como el aceite sobre su pelo y sobre mi piel, que me arrastra, que me tiene atado a una fuerte cuerda, que me hace

volar por los aires a varios metros del suelo. Corremos juntos como dos enfurecidos, profiriendo juntos ladridos febriles que excitan aún más nuestro entusiasmo, alentándonos a seguir corriendo pese al dolor en los miembros, el escozor en las rodillas y los silbidos en la cabeza. Corremos y saltamos por encima de las piedras, de los troncos de árboles caídos, de los escombros de muros, de los montones de plantas, de las fuentes naturales que brotan del suelo, de las puertas destrozadas de las tiendas, de las escaleras de los pisos más bajos... Al final de la carrera, nos metemos los dos en la alberca de detrás del Parlamento, donde no dejamos de jugar y beber de aquel agua tan dulce hasta que se nos enfría el cuerpo y vuelve a recuperar la quietud de su pulso habitual, sosegado y regular.

Pero *Zalch*, que ha percibido mi deterioro físico en los últimos tiempos, y mi evidente rezago al querer alcanzarlo como hacía antes, da muestras de una creciente agresividad hacia mí. Una vez, cuando dejé de correr y me senté para retomar aliento en una piedra delante de los almacenes Bata, se puso a ladrar mientras se acercaba a mí, enseñándome los colmillos mientras me miraba fijamente a los ojos y rugiendo como una fiera. No vacilé. Me puse de pie, me fui hacia él con paso tranquilo y con toda la fuerza que pude le golpeé en el morro. El animal se sentó sobre las patas traseras mientras yo rugía y ladraba sobre su cabeza. Cuando regresé a mi piedra, lo vi alejarse en dirección a la plaza de Riad Solh con la cola entre las patas y el vientre encogido.

Mientras caminaba por la calle de Maarad, de vuelta a casa y con el sudor corriendo por todo mi cuerpo, me puse a pensar en mi repentino aumento de peso. Esta es la causa, me dije.

Era cierto que ya no era ningún chico, pero tampoco había podido envejecer en tan solo unas semanas. Eran sin duda mi apetito y mi constante aumento de peso los que me hacían sentir tan cansado y volvían lentos mis movimientos, yo que toda mi vida había sido delgado, por no decir verdaderamente flaco.

El anciano Abu Abdelkarim solía decir a mi padre: Cuida bien al chico, es tu único hijo... ¿no ves lo flaco que está? ¿Y sabes por qué está así? ¿Es que no te acuerdas de cuando tú tenías su edad? Cuídalo bien, amigo, no solo es una cuestión de alimentación... Tiene apetito de otras cosas, y va a terminar por ponerse enfermo, o por volverse un obseso. ¿Sabes que hay muchachos de su misma edad que han enloquecido por culpa de lo que estás pensando? Si no quieres casarlo aún, ayúdalo a descubrir otras soluciones. Enséñale las cosas de la vida, tú que eres un hombre cabal e instruido. Por mi parte, yo

puedo hablar por ti a ciertas personas que le podrían llevar allá donde uno aprende estas cosas. No hay por qué avergonzarse. Es la voluntad de Dios y una bendición. Imagina cuál sería tu angustia si Dios no le hubiera dado esta gracia. Explícame esto, Abu Nicolás, tú que tienes respuestas para todo: ¿A quién debemos confiar la responsabilidad de nuestros hijos? ¿En nombre de quién debemos abandonarlos a sus angustias? ¿Quién debe cogerles por la mano antes de que se los coma la obsesión? ¿Pero no ves, hombre, qué pálido está?

Luego Abu Abdelkarim se puso a reír, sorprendido de ver que mi padre se ruborizaba y yo no. Pensaba que yo no entendería a qué se refería con sus palabras alusivas, pero sobre todo le incomodó que él enrojeara de aquel modo. Yo no entendí la vergüenza de mi padre y lo achaqué a mi escualidez, aún más evidente ante el cuerpo rollizo y la tez siempre rosada de Abu Abdelkarim, o al compararme con el hijo de este, Abdelkarim, un muchacho de cuerpo atlético que frecuentaba un club de halterofilia y levantaba pesos en el barrio de Basta. Pensé que el motivo de su rubor era que se avergonzaba de mí, de su hijo delgado y desgarbado, y que sentía celos de Abdelkarim, quien con un solo bofetón sería capaz de hacerme volar por los aires y dejarme abatido en el suelo como un muñeco de trapo. Cuando bajábamos los grandes rollos de telas de los camiones de los mayoristas, un poco antes del inicio de la guerra y de que mi padre dejara el comercio y la importación especializada para limitarse a permanecer sentado en la tienda, yo ya me había hecho un hombre. Sin embargo, los cargueros y los mozos del negocio siempre se apresuraban a ayudarme, mientras que Abdelkarim podía cargar él solo con varios rollos. Lo hacía a pesar de las bullas de su padre, que aunque henchido de orgullo, levantaba la voz a su hijo delante de mi padre, privando al muchacho de su sonrisa durante unos momentos, si bien esta no tardaba en despuntar al cabo de un rato, cuando Abdelkarim descargaba las telas de su espalda.

Yo creía que mi padre sentía una gran vergüenza de las alusiones de Abu Abdelkarim, o de mí, del cuerpo delgado que me había dejado en herencia. No entendí la causa hasta al cabo de muchos años, después de haber escuchado a escondidas las confesiones del profesor Kevork, y el llanto ahogado de mi padre tras las mismas.

Apenas paro de comer. Como si lo que engullera no se quedara en mi estómago. No lo llenara. Ahora me aventuro a masticar cosas a las que nunca antes me había acercado, como plantas, reptiles que serpentean por el suelo o pájaros que caen presos de mis redes. Casi no me da asco nada.

En el trocito de espejo que encontré en el cine Metropole solo alcanzo a ver algunas partes de mi cara y mi cuerpo, pero no logro distinguir cuánto se ha ensanchado mi piel ni la grasa que llena mis miembros. Solo veo mis dedos rechonchos y los pezones de mi pecho descansando sobre mi tripa curvada cuando me siento, hasta el punto que ya no puedo verme el pene si no es haciendo un esfuerzo mientras orino o cuando mi olfato siente el olor de mujeres y mi deseo por ellas se enciende.

Me acuerdo del cuerpo rollizo de Shamsa, de su hermosa y antigua redondez antes de empezar a fundirse, y me digo que mis carnes grasientas son horribles, a la fuerza obesas y fofas por culpa de mi apetito voraz y de la edad. Están en decadencia.

¿Pero cómo puede estar mi cuerpo en decadencia cuando nunca desde que me dejó Shamsa había sentido tal apetito sexual, tal deseo? ¿Cómo podía explicarse un apetito tal hacia la comida y las mujeres ahora que empiezo a envejecer, a hacerme mayor? Ya no sé cuántos años tengo pero seguro que más de cincuenta. ¿Cómo iba a estar en decadencia si apenas logro contener mis deseos desbocados y abiertos a todas las cosas?

Estos son signos de decadencia, me dijo mi padre mientras me ayudaba a bajar al sótano los pesados rollos de seda de distintos tipos. Es vergonzoso no saber controlar un deseo abierto como la boca de un pozo sin fondo, ser incapaz de escoger, de discernir, de discriminar, de clasificar según el valor o la calidad. Es el deseo ciego de la célula cancerígena, su culpa y su inocencia al mismo tiempo, pues ¿cómo reprochar a un ciego que no ve y se golpea con todo en su perpetua oscuridad, a alguien que no ve ni recuerda?

Mira un poco a tu alrededor, continuó mi padre, mira a tu alrededor y dime lo que vendemos ahora, qué tenemos a la venta. ¿Telas o sus imitaciones químicas? ¿Dónde está el hilo en esta tela de la que ignoramos la composición y el origen? Dime si la clienta llama a la tela por su nombre o señala con el dedo su color o su estampado. Y cuando lo toca o acaricia con su mano, ¿va más allá de preguntar si hay que plancharla?

¿Quién ve ahora el origen de las telas, su nacimiento, la travesía de las caravanas por el desierto? ¿Quién ve los países, las regiones, las fechas, las historias conservadas como un milagro en esta ciudad? ¿Quién conoce al comerciante de telas? ¿Quién nos conoce? Entran, compran y al cabo de unos minutos se van. Solo hablan cuando hay que negociar el precio, hasta tal punto que de nada sirven ya las sillas de la entrada, de nada las pequeñas mesas en las que antaño se posaban las tazas de café, los vasos de té, los ceniceros...

El *diolen* no precisa palabras ni tiempo. No precisa buen trato ni buenos consejos. Tiene prisa y no puede acompañar a los que gustan de largos paseos. Desde que hizo acto de presencia en la ciudad, las novias han dejado su ajuar en los cofres de sus abuelas del pueblo. Ahora prefieren olvidar todo ese folclore engorroso, todos aquellos vestidos viejos, sus colores apagados y sus bordados sobrecargados, asfixiantes. Engorroso y solo recordado cuando se habla de las prendas de *atlas* brillante o de crespón que llevan los bailarines de *dabke* en la televisión.

Solo la muñeca dormida sobre la cama de la novia de pueblo, en su nueva habitación de fórmica, sigue vistiendo sus antiguos vestidos cosidos a mano. Incluso el cura prefiere el *diolen* para su sotana del domingo a la verborrea interminable de su mujer y de las solteras de la congregación de la Inmaculada Concepción. Y si las costureras armenias no se hubieran negado a continuar bordando las estolas de *diolen*, podría muy bien haberse deshecho en misa de todas aquellas ropas y relaciones anticuadas.

¿Pero la culpa no la tiene la pobreza, padre?

¿Cómo iba a ser la pobreza, si este país nuestro no ha sido nunca tan rico como lo es hoy? ¿No te has fijado en el número cada vez mayor de empresas extranjeras, cuyas sucursales están creciendo como setas en el centro de la ciudad? Nunca en el pasado habíamos vivido una época de tanto bienestar y opulencia.

No, hemos entrado en otra era, en la era de la ilusión de que todo puede repartirse entre todos. La clienta pobre se cree ahora, al entrar en la tienda, que tiene el mismo poder adquisitivo que la señora adinerada. Se cree que por ir caminando a su aire por calles y mercados es más libre de lo que era antes. Pero la era del *diolen*, como puedes ver, ha atado a las mujeres a las profesiones más modestas del sector textil justo cuando la tela ha perdido todo su valor y se ha vuelto dependiente de la moda, de la liviandad, de la primicia. Tiendas de confección que, como ya te he dicho en alguna otra ocasión, solo han adoptado este nombre para poder vender cualquier cosa en cualquier lugar, con el único objetivo de hacer negocio y acumular beneficios, ajenas al transcurso de la vida.

¿Has sentido alguna vez, al pasar junto a ella en la calle o el mercado, o cuando se mueve entre la multitud, el olor a una mujer vestida con poliéster o con *diolen*? ¿Te has fijado en la textura de su piel? ¿Has observado cómo camina una mujer que lleva ropa interior de nailon, cómo se mueve y cómo habla? Paséate algún día por el mercado de an-Nuriyye o por el mercado de Sursuq y fíjate cómo las comerciantes egipcias compran montones de ropa de

este tipo para las jóvenes que allí vendieron todas sus joyas, todo lo que poseían, por este nuevo capital que enciende la imaginación de los turistas árabes y de los vendedores de temporada del sur de Egipto. ¿Te puedes imaginar el olor de las camas en esas habitaciones?

Un olor nuevo y desagradable, y nuevas enfermedades de la piel para cada uno de esos nuevos tejidos. Eccema, herpes, dermatitis, pústulas, úlceras, misteriosas supuraciones bajo la electricidad del hilo. Sudor ácido, viscosidad corrosiva. Secreciones producidas por el abuso de mixturas en esa aglomeración defectuosa.

Así es el comercio de los mercados hoy en día. Es el crepúsculo del vendedor de telas, no solo de su comercio sino por supuesto también de su fabricación. *Madame* Rahme sabe muy bien que para los cuerpos convencionales ya no hay más que tallas convencionales y un gusto convencional en las producciones, en la popularización de las novedades.

También es la historia de las casas de esta ciudad. Fíjate en sus cortinas, en sus visillos, en las tapicerías de sus sillones, en sus cubrecamas, en sus sábanas, en sus pañuelos. Tejidos finos, todos muy parecidos, que no duran ni se heredan, que vuelan sin dejar huella, como el folclore de la televisión.

¿Entonces es el final, padre?

No, es solo el final de la gente como yo, de mi edad. Sabemos que no disponemos del tiempo suficiente para conocer lo que vendrá después, para hacernos una idea de ello. Por eso estamos condenados a la nostalgia de otros tiempos, al desolado recuerdo de las virtudes de lo que ya fue y no volverá a ser. No, no es el final de nada para alguien de tu edad, pues tú aún puedes rectificar lo que se ha hecho mal, volver las cosas a su cauce. Nada desaparece así, para siempre, en el abismo de la decadencia. No hagas caso de mis exageraciones, de mi nostalgia. No te creas todo lo que te digo.

Nada termina así, el viento no se lleva tan fácilmente las ruinas. ¿No fue el inventor de la bomba atómica, que redujo a la nada a cientos de miles de personas en un instante, el mismo que descubrió el carbono 14, el método más fiable para determinar la edad de las cosas y fechar la memoria de las profundidades de la Tierra? El reloj de la estación de Hiroshima, parado a las ocho y cuarto de la mañana, ¿será para él la imagen que arrancará el tren de su memoria? La fotografía, luego la televisión, ¿no fueron inventadas por el hombre cuando este se dio cuenta de que su fe se tambaleaba, disminuía, se debilitaba?

¿Entonces qué tengo que hacer, padre?

Solo fíjate bien en el *diolen*, obsérvalo detenidamente y no te rindas al olvido.

No me he rendido al olvido, padre.

Hice todo lo que pude, con todos los medios que Dios me ha acordado. Le enseñé todo lo que tú me enseñaste, del mismo modo que tú lo hiciste, y como tú he terminado conteniendo el llanto, reteniéndolo siempre salvo en esta tierra baldía. Salvo en este andurrial desierto.

Las palabras de tu padre no han servido de nada. Su sabiduría no ha servido de nada. ¿Qué es lo que se nos ha escapado mientras escuchábamos sus lecciones, mientras recibíamos su legado? ¿Por qué nos aferramos a ese cordón que nos liga a nuestros antepasados y que se nos convirtió en serpiente? ¿Cómo, queriéndome como me quieres y siendo yo tu único hijo, tendiste hacia mí esta cola de reptil? ¿De qué sirve ahora contar mi historia? ¿Por qué debería aprender de tus lecciones si no tengo descendencia a quien transmitírselas, si soy el único de esta saga, la cola cortada de esa serpiente que sigue retorciéndose en vano sobre la arena?

Le enseñé lo que tú me enseñaste y le oculté lo que tú me ocultaste. No olvidé nada. No tengo la sensación de haber cometido ningún error ni de haber desvelado lo que no debía ser desvelado, pero por las noches me atormenta, como al amante abandonado, el sentimiento de haber cometido un error, un error que no logro encontrar ni aun escarbando en los pozos de la memoria.

Me dejó, padre. Me dejó y se fue.

De nada sirvieron las palabras. De nada sirvieron las historias. Llegó antes que yo a su final y yo me hundí. Todo mi ser se hundió. Se hundió hasta el punto de merecer castigos y torturas.

No sirvieron de nada las buenas intenciones, ni la pretensión de tenerlas. No sirvieron para aliviar el dolor de la herida, para rebajar el peso del remordimiento sobre la montura de los días que nos quedan por vivir. Una montura torpe que, aunque sujetes tú sus riendas, solo te lleva por los caminos trazados, prescritos.

Shamsa, aquella que llegó puntual a la cita, me dejó.

Mi madre estaba dormida y yo la esperaba, la seda desplegada en el suelo. Cuando entró, le rogué que no se desnudara, que no se envolviera en las telas amontonadas y esparcidas ante nosotros. Espera, le dije. Escucha y luego acaríciala. Si te vistieras con ella ahora, no podrías disfrutar de todo esto y yo no podría continuar contándote mi historia como es debido.

¿Cómo podrías cubrirte el cuerpo con lo que todavía consideras un tejido como cualquier otro? El más bello de todos, el más caro quizá, pero un tejido al fin y al cabo como todos los demás.

No, Shamsa, la seda es la única fibra natural en toda la superficie de la tierra, compuesta enteramente de proteínas. La lana está compuesta de células y el algodón de celulosa, es decir, la materia que constituye la parte fundamental de las paredes de las células vegetales.

El secreto de su fabricación e incluso de sus orígenes permaneció oculto en las lejanas e insondables arcas de Oriente, y las civilizaciones de la otra vertiente del mundo no lo desvelaron hasta finales del siglo VI. Incluso Plinio el Viejo dejó escrito que la seda se obtenía de una hebra que crecía en las hojas de ciprés o terebinto, o quizá de un gusano que vivía en estos árboles. También Aristóteles, al igual que los antiguos romanos, pensaba que la seda, de la que había oído hablar pero que nunca había visto, se recolectaba o se fabricaba a partir de la corteza de los troncos de algunos árboles oriundos del llamado país de Sirik, unas tierras medio legendarias que Ptolomeo situaba cerca de China y que los manuscritos sánscritos denominaban país de Sirt o país de la felicidad.

La seda no desveló su secreto fácilmente. El emperador romano Justiniano tuvo que echar mano de toda su astucia después de que los persas se hicieran con el control de algunas rutas comerciales. Se alió con el negus de Abisinia, un cristiano como él, y juntos trazaron un plan, con la ayuda y beneplácito de los monjes y sus artimañas. Dos de estos monjes, de la orden nestoriana, se dirigieron a la India bajo el pretexto de evangelización y allí descubrieron el secreto de la seda. Cuando regresaron, explicaron al codicioso emperador la historia con todo lujo de detalles. Luego volvieron a la India para de nuevo regresar junto a Justiniano llevando en sus manos miles de huevos de gusanos de seda escondidos dentro de unas cañas cuyo interior había sido vaciado.

Más tarde el hilo de la seda sería el encargado de conducir a infinidad de caravanas y barcos, arrastrando tras ellos teorías universales, religiosas o filosóficas. Gracias a este hilo, la India llevó el budismo a China y al Tíbet, y tirando de él Alejandro Magno llegó hasta Grecia, sentándose en el trono de Roma tras haber extendido su imperio por gran parte de las tierras helénicas y

asiáticas. La *pax romana* garantizó la expansión del cristianismo y a la vez de la seda. La ruta de la seda resumía todos los intercambios comerciales acaecidos durante los dos mil años de relaciones entre Oriente y Occidente, ya fueran marítimos o terrestres, hasta que a finales del siglo pasado esta tierra se convirtió en uno de los lugares de paso más importantes de dicha ruta. La ruta marítima partía del mar de China, bordeaba las costas de la India y seguía surcando las aguas hasta el Mar Rojo, luego el canal de Suez, después al Mediterráneo y desde allí a Constantinopla, Venecia y Génova. Las rutas terrestres, en cambio, cruzaban estepas y desiertos, para encontrarse en Tashkent y de allí dirigirse a Bagdad, Damasco, Beirut y finalmente Constantinopla.

El monopolio de China sobre los mejores huevos no duró mucho, pues el gusano se vio azotado por una epidemia. Japón había sido un país lejano hasta la apertura del canal de Suez, que hizo posible viajar hasta allí en pocas semanas o meses. Sin embargo, hasta finales del año 1866 Japón no abrió sus fronteras y permitió exportar huevos de gusanos de seda. Antes de esta fecha, muchas ciudades libanesas sufrieron esta falta de mercancía, pues algunas de ellas, como Beirut, Tiro o Sidón, eran famosas por exportar una seda muy preciada hacia Europa. Lo mismo sucedió con algunas ciudades de Siria, pues la mayor parte de la seda siria procedía del Líbano, con una media, en aquella época, de unas dos mil toneladas.

Mtanios al-Juri, un beirutí famoso por su osadía, decidió zanjar la cuestión. Salió hacia el norte en dirección a Turquía y de allí fue hacia tierras germánicas, donde cogió el tren camino a Budapest, Viena y luego Kiev, en Rusia. A lomos de un caballo muy bien escogido cruzó los Urales hasta llegar a Siberia, país del frío, por el que anduvo durante cuarenta días hasta alcanzar el lago Baikal. Luego descendió paralelo a un río llamado Amur, hasta las fronteras de China, cerca del mar. Allí Mtanios al-Juri esperó durante veinte días en el puerto Sabirk hasta que pasó un corsario holandés que lo llevó, a cambio de un buen puñado de oro, al cabo Teraya, en la costa occidental de Japón. Pasando de una provincia a otra, Mtanios al-Juri llegó hasta la ciudad de Shikarawa, cercana, según le dijeron, a un pueblo muy famoso por la calidad de los huevos de los gusanos de seda. Cómo se comunicó con la gente de aquel pueblo, cómo le permitieron hacerse con las larvas y qué pagó a cambio de estas, sigue siendo un misterio, a pesar de las incontables historias que se cuentan de él. Es gracias a este hombre que el kilo de seda libanés pasó a valer unos sesenta francos franceses, que la prosperidad se extendió en el país y que los esfuerzos disminuyeron, pues los capullos de gusano

procedentes de Japón eran de tanta calidad que seis kilos de estos bastaban para fabricar un kilo de seda cruda, mientras que hacían falta catorce kilos de capullos procedentes de otros lugares para obtener un kilo de seda de calidad inferior.

Antes de que los árabes llevaran la seda a España y Sicilia, y enseñaran al mundo entero cómo teñirla, fueron los tejedores de la seda de Siria y Líbano los que enseñaron la técnica del *samit* a persas y chinos, después de huir a Persia para escapar a la implacable censura bizantina. Pero sus telas viajaron más allá de Bizancio y Persépolis, hacia Irlanda y Flandes, y su brocado inspiró a los monjes el arte de decorar los libros sagrados, a través de los comerciantes armenios y judíos. La influencia de los tejedores de seda del islam se conservó en las artes decorativas españolas hasta la disolución de los tribunales de la Inquisición y su negro período de oscurantismo.

Le conté muchas otras cosas con infinidad de detalles. Luego le dije: Mira.

Deja de mirarme a mí y observa las sedas que te he traído. Apaga la luz y deja que el reflejo de las luces exteriores, de la luz de la luna llena y de la luz de las ventanas más próximas ilumine el espacio de esta sala. Cierra un poco los ojos y luego ábrelos. Olvida la luz del techo o de los rincones de la habitación. Volveremos a ellas más tarde.

Ahora apenas distinguimos el color de nuestras sedas. ¿Qué vemos entonces?

Todo lo que ves está hecho con el mismo hilo, con las dos mismas proteínas: la sericina y la fibroína. Así las llaman los especialistas. Pero cada tela es distinta de las demás, como el pulso que cambia de una persona a otra.

¿Cómo puede verse la diferencia, las diferencias, entre el inicio de la seda cruda y el final del brocado, incluso si dejáramos de lado los hilos del bordado? El *atlas* pulido, es decir el satén, ¿no parece otra tela, distinta del *lampas* o del tafetán, cuando en realidad la forma con la que el ojo se desliza por las pendientes de su brillo hace de él su primo hermano? Y el *gargan*, que casi se tiene por sí solo, ¿es posible que sea pariente del damasco, del *pongé*, del *surah*, del *tasar*, del crepé cuando el hilo de algunas de estas telas es liso y el de otras rizado, rugoso o pulido por una piedra que pesa toneladas, cuando algunas de ellas no van más allá de su precio en caído y otras valen su peso en oro?

Solo la seda, y ningún otro tejido, exige un largo entrenamiento en la sabiduría de la mirada. Naturalmente, si iluminamos el espacio de esta habitación o llevamos la seda a la luz del día todo resulta mucho más fácil, o

eso nos parece. Un sufí iraní, que siempre alzaba sus plegarias y sus rememoraciones del nombre de Dios mientras tejía, dijo una vez que todas las telas pueden ser teñidas con los colores que se nos antojen, todas menos la seda, pues esta nos devuelve solo la ilusión del color, nos envía el reflejo de la luz mezclado con el de sus hilos, el color del tinte escogido mezclado con la voluntad del propio hilo. Por eso, el color de la seda teñida nunca es el mismo que el del tinte original, y también por eso la seda nos muestra tonalidades distintas que se van moviendo a la par que nuestros ojos y que la posición de nuestro cuerpo cuando la miramos o la vestimos.

Yalal ad-Din ar-Rumi decía que hay en el ritmo de las telas una cadencia que regula el movimiento del universo y que entraña un misterio tan inmenso que, si lo comprendiéramos, los elementos del cosmos se mezclarían y el universo caería en un caos mortal. También decía que el ritmo del tejido de seda —cuyo hilo posee un eco especial— puede acercarnos a la ilusión de llegar a entender ese misterio, por eso hay que ser muy cauto en el trato con la seda y sus sonidos.

Ahora, Shamsa, quédate donde estás. Me acercaré a las sedas y las iré moviendo una a una. Escucha bien. Escucha sus sonidos, entre el roce rauco y la cantinela, entre el tambor lejano y el gemido de violines tañidos por ciegos perdidos de amor... Cuando las cojo por las puntas con mis manos, apretándolas y luego soltándolas, ¿qué oyes? Acércate un poco, cierra los ojos para que su energía pase a tus oídos. ¿Qué oyes? La liberación de las aguas retenidas de un arroyo, el romper de una ola sobre la arena ardiente, el suspiro producido por el escalofrío del deseo, el susurro de la leche en el pecho antes de verterse en la boca del niño, la contracción del frío mercurio sobre cristal pulido, el murmurio de la primera gota de sangre en el himen de una virgen...

Fricciones de objetos o de miembros en plena actividad. Actividad callada de las criaturas de la sombra, en un hilo que es el hilo y su sombra, la imagen y su fantasma en el vacío del espejo.

Ahora quiero tocar la seda, dijo Shamsa. Quiero arrojarme con ella, tenderme desnuda sobre ella, envolverme en ella. Luego continuaré escuchando su historia. Como un gusano de seda.

En los ojos de Shamsa había un fulgor tal de deseo que mi respuesta fue contundente: No, todavía no.

¿No pasaré la noche aquí?

No, Shamsa. Ahora debes volver a tu casa. Debes detenerte un poco en lo que te he contado, en lo que has oído. Como el gusano de seda, debes ayunar

un poco, alejar de ti el ansia de seguir escuchando. Para que la trama de esta historia pueda ser bien urdida.

El día que Shamsa volvió a mí para escuchar el resto de la historia, fue nuestro último encuentro.

Shamsa se encontraba en la habitación de mi madre cuando entré en casa. Era obvio que había llegado varias horas antes a la cita.

Estaba desnuda, envuelta solo de sedas transparentes, en capas superpuestas de distintas coloraciones.

Salí disparado hacia el salón, acongojado e intentando rebatir los pensamientos y las imágenes que se precipitaban y confundían en mi cabeza.

Los montones de seda esparcidos por todos los rincones de la estancia confirmaron mis temores. ¿Cómo había podido saber dónde las había escondido? ¿Se lo había dicho mi madre? ¿Cómo le había podido indicar el lugar en el que se encontraban, estando en la cama sin poder moverse?

Vacilé mucho antes de levantarme, temeroso, para examinar la seda de cerca. El corazón me dio un vuelco cuando la olí.

¿Cómo había podido suceder algo así? ¿Cómo había podido suceder y en cuánto tiempo?, me preguntaba una y otra vez, con la mirada perdida hasta el punto que no vi a Shamsa salvo cuando esta estuvo muy cerca de mi sillón.

No osé mirarla a los ojos. No osé mirarla a los ojos ni pronunciar una sola palabra. ¿En cuánto tiempo?, me preguntaba, ¿en cuánto tiempo? ¿Cuántas semanas habían pasado desde nuestro último encuentro?

No osé mirarla a los ojos. Su vientre estaba delante de mi rostro. Luego me di cuenta. Me aterrorizó constatar que había adelgazado tanto. Todo su cuerpo se alzaba prieto hacia lo alto, como si su antigua redondez se hubiera esfumado en pocos segundos.

Parecía más alta, ahora que había perdido su exuberancia. Se parecía un poco a una serpiente, a una víbora, con aquellas nuevas curvaturas. Estaba de pie y no se movía, pero su cuerpo parecía retorcerse como el de una víbora.

¿Por qué has adelgazado tanto, Shamsa? ¿Has ayunado como un gusano de seda, como te aconsejé la última vez?, le dije tratando de bromear, de dar

un tono de normalidad a mis palabras que alejara de mi mente los malos pensamientos.

No, respondió Shamsa. Es solo que ya no necesito pesar, ya no necesito afianzar mi cuerpo en la tierra. Ya no me gusta la comida, he encontrado algo mejor. Quiero ser ligera como lo que llevo puesto. Quizá consiga volar, como la mariposa.

Quise decirle que, antes de volar, el capullo debe salir de su caparazón, debe romper los hilos. El gusano debía olvidar todo lo que había segregado a lo largo de su vida, no recordar nada acerca de la seda una vez convertido en mariposa. Para poder vivir la breve y fútil vida de las mariposas debía borrar todo su pasado, olvidar la seda.

Sin que yo abriera la boca, Shamsa dijo: ¿Acaso esto no es mejor que morir asfixiada?

Quién sabe, Shamsa, le respondí. A lo mejor el gusano se convierte en su propia seda cuando muere dentro de su capullo. A lo mejor se contenta con la vida que es la suya misma.

Pero Shamsa no escuchaba lo que le estaba diciendo. Me miraba con unos ojos ausentes semejantes a los de mi madre. Cuánto se parece ahora a mi madre, en su nueva delgadez...

¿Cómo tratar ahora, por qué tratar ahora de separar la tentación de la nada, de la muerte? ¿Acaso no soy plenamente consciente del inminente fracaso?

¿Cómo perseguir a mi deseo para devolverlo a mí si soy plenamente consciente de que Shamsa no me dejará tocarla ni una sola vez, de que mi insistencia por hacer el amor con ella solo tendrá como desenlace el castigo y el dolor? Para que la belleza de Shamsa alcance su plenitud, no solo debe resistirse a mí para siempre, sino que debe iniciar su huida, de cuyo advenimiento tengo absoluta certeza.

¿Debo calificar su próxima enfermedad de desastre? ¿De perfeccionamiento del mal y del vicio? ¿De pasaje a otro mundo que infringe los límites de lo prohibido y que los médicos denominan histeria?

Su cutis pulido sobre los huesos de la cara parecía hecho de cera ocre, como de oro antiguo y apagado. Sus ojos, hundidos en sus órbitas, en lugar de deliciosa miel desprendían un reflejo verde, parecido al de la bilis. Su boca, que yo veía de un rojo carmesí aun sin mirarla, se había vuelto violeta, como si hubiera sido golpeada.

Dios mío... ¡Qué hermosa y aterradora estaba Shamsa! ¿Acaso podía existir en el mundo algo más bello que aquella mujer desnuda bajo sus velos, algo más espantoso? Oía el roce de los paños de seda que colgaban de sus

pezones cada vez que los latidos de su corazón le agitaban el pecho. Oía ese roce mientras ella seguía de pie, sin moverse, palpitando en mis miembros como el hormigueo del plomo fundido en el agua fría. La cabeza me ardía ahora en una fiebre semejante a las que me asaltaban de niño cuando algún envidioso me echaba un mal de ojo. Entonces siempre había quien me leía algún hechizo para curarme. ¿Quién me ayudará ahora a curar esta fiebre? ¿Quién vendrá a liberar todo este deseo, retenido como por una antigua maldición, este deseo ondulante, convulso, detenido en su lugar, en su blasfemia?

¿Debo tender la mano hacia su muslo o entregarme al delirio febril? A ese delirio que me asaltaba de niño. Me aferro al rostro de mi padre para ver a mi madre, no a Shamsa. Para que el sentimiento de incesto me aleje de la fiebre del deseo y me lleve a la fiebre de la enfermedad.

La fiebre me salvó de ver lo que vi. Arrojé la imagen que me atormentaba como una obsesión maléfica y la achaqué a mi delirio. Me dije que no había visto lo que había visto sino que lo había imaginado en mi delirio, en mi enfermedad.

Mi madre repetía «solo ve lo que quiere, solo ve lo que quiere» y al hacerlo me salvaba. Ahora sí veía lo que quería. Mirando siempre en una dirección distinta a aquella de donde provenía la voz o la llamada. Parecía estar pidiéndome a gritos que revelara a mi padre su secreto cuando le decía a su hermana, pero queriendo que mi padre lo oyera: ver solo lo que uno quiere es una costumbre de cegatos, no de tímidos.

Me ayudó la enfermedad y el amor hacia mi padre. Me vi a mí mismo, en la compasión que sentía por él, entrando en su cuerpo, deslizándose fácilmente mi pequeño cuerpo en el suyo. ¿Por qué nos engaña, padre?, iba repitiendo para mis adentros a lo largo de toda la noche. ¿Por qué nos engaña cuando nosotros la queremos tanto? La pregunta no dejaba de dar vueltas en mi cabeza, insistentemente, hasta el punto de hacerla oscilar como el péndulo de un reloj de pared, como si fuera uno de aquellos locos que, apartados del mundanal ruido, se dejan caer en un abismo cuyas profundidades nadie conoce.

Trayéndole aquellos grandes ramos de flores, de noche al volver a casa, para que nos perdonara por nuestro pequeño retraso en el mercado, sentía las espinas de las rosas y de los tallos de otras flores clavarseme con fuerza en las manos y en los brazos, expiándome con mi dolor al igual que hizo Jesús, tal y como me habían enseñado los curas. Al igual que aquel que sufrió, fue crucificado y murió por mí, para redimirme de mis pecados.

Miraba de reojo el rostro siempre sonriente de mi padre y me preguntaba angustiado cuáles serían nuestros pecados. Me esforzaba mucho para imaginar uno solo, mío o de mi padre, que hubiéramos cometido sin darnos cuenta, sin querer, y que tal vez hubiéramos olvidado. Pero nunca encontraba nada. Quizá, pensaba, mi padre gana un poco más de lo que debería vendiendo telas y comerciando con ellas. Quizá cometía el pecado de la arrogancia al jactarse de su padre, de sus vastos conocimientos en materia de telas y de historias de ciudades.

Cuando mi padre me preguntaba si el ramo pesaba demasiado y si prefería que lo llevara él, me apresuraba a agarrarlo todavía con más fuerza y, apretándolo contra mi pecho, le decía que no. Ofrecía mi sufrimiento de redención a nuestro Señor Jesucristo, levantando la cabeza hacia el cielo negro, entre los tallos, y haciendo voto de volverme cura si mi padre no descubría el secreto.

Un día, mientras subíamos las escaleras, le pregunté a mi padre si nuestra vecina Sara era guapa, si tener el pelo largo y rojizo hacía que una mujer fuera bella. Mi padre se echó a reír y me respondió que no lo sabía, y que mi madre era la mujer más bella de todo el universo. Al verme un tanto preocupado añadió que yo no podía saber lo guapa que era mi madre precisamente porque ella era mi madre. ¿Y mi tía?, le pregunté. ¿Mi tía no es guapa? Pues claro que sí, respondió, pero a pesar del indiscutible parecido entre tu madre y ella, la belleza de tu madre es algo único de lo que debes estar muy orgulloso. Entonces estuve a punto de decirle que él tampoco podía saberlo porque era su marido, pero desistí apenado al recordar el delicioso olor a pastel de cúrcuma que siempre emanaba del regazo de mi tía, que se hacía un hartón de reír cuando yo no entendía su acento egipcio.

Entre todas las mujeres, fue a mi madre a quien escogió y amó. La encontraba la mujer más hermosa de la tierra y no dejaba de disculparse. ¿Qué podía hacer yo? Me abría la puerta y me hacía entrar antes que él. La encontrábamos sentada, con el rostro apagado, en un rincón del salón, vestida aún con la ropa de estar por casa. Entonces mi padre encendía la luz, le daba las buenas tardes y me miraba, empujándome con un gesto con la cabeza, a darle las flores. Me metía durante un segundo en la piel de mi padre y arrancaba a correr hacia ella con mi gran ramo para abrazarla. Juntos nos disculpábamos por nuestro retraso, pero ella nunca dejaba pasar la ocasión de reprendernos. Nunca aceptaba nuestras disculpas, nunca ponía el ramo en un jarrón.

Luego entraba en su habitación para cambiarse mientras mi padre llevaba el jarrón a la cocina para llenarlo de agua y yo corría a mi cuarto y cerraba la puerta. No quería seguir escuchando su retahíla de disculpas y de súplicas a media voz. No quería verlo añadir sal a la comida cada vez que, estando todos en la mesa, la veía a ella hacerlo en su plato. No quería ver la boca de mi madre masticando la comida, cantando o besándome. No quería ver su boca en el bigote del profesor Kevork. Quería que aquello solo fuera fruto del delirio. Pero ella no me ayudaba.

Sin embargo, yo sé muy bien lo que vi. Estaba dormido en el sofá de lino del salón del profesor Kevork, delante de la luz del rincón que iluminaba la mitad inferior del cuerpo de mi madre, de pie junto al piano. Era como si su hermosa voz de soprano, repitiendo una y otra vez las distintas escalas, me acunara en mi sueño hasta que, cuando se hizo el silencio, me desperté.

Supe enseguida que no debía ver, así que cerré los ojos al instante. Esperé durante mucho rato antes de volver a abrirlos, ya fuera para que terminaran lo que estaban haciendo o para asegurarme de que estaba despierto, de que había vuelto del mundo de los sueños, del entramado onírico.

Su boca seguía sobre la del profesor Kevork, bajo la luz de la esquina. Él, sentado en el pequeño taburete enfrente del piano. Ella inclinada sobre él, su boca en la del profesor Kevork, su mano sobre su hombro. Su cuerpo estaba lejos del de él y ni ella lo abrazaba, ni él la abrazaba a ella. Como si estuviera despidiéndose de él, como si estuviera despidiéndose de cualquier amigo, salvo que su boca... Era como si sus labios se hubieran quedado pegados a los de él por descuido, o quizá esta fuera la única imagen que conservaron mis ojos al abrir y cerrarse tan fugazmente, una imagen fija, una fracción de su movimiento. De su beso. De su ternura.

Cuando salimos a la calle no la miré a la luz del día. Le tendí la mano y ella la cogió como siempre. Dejé mi mano en la suya el tiempo que me pareció suficiente para que se impregnara de su aroma. Cuando más tarde olí mis dedos, a escondidas de ella, el perfume de después del afeitado del profesor Kevork me llenó la nariz, aquel perfume de *Old Spice* que ella le había regalado para su último cumpleaños y que no gustaba a mi padre, que se negaba a utilizarlo, pues prefería su gran botella de colonia Amatori, cuyo cristal transparente mostraba un líquido amarillento, color orina. Tu colonia, padre, parece meado. Un día romperé la botella de colonia.

Fue la botella blanca de *Old Spice* sobre la que me abalancé apenas entramos en casa y con la que me rocié las mejillas y las manos antes de que

mi padre volviera de la tienda, para que pensara que el olor de sus manos y de sus labios venía de mí...

Por la noche me desperté delirando, ardiendo de fiebre.

Ella no me quiere, Yiryis, le dijo el profesor Kevork a mi padre. Ella no quiere a nadie, ya no quiere a nadie, ya no quiere nada. Yo utilizaba la excusa de las clases de música y canto para aferrarme a ella, para que ella se aferrara a algo...

No quiero oír nada más, Kevork..., dijo mi padre.

No, lo interrumpió Kevork. Tenemos que hablar del tema. Tenemos que encontrar una solución.

Ahora ya no hay solución, Kevork. Todo se acabó.

Al principio había oído el chasquido de la llave en el cerrojo de la puerta acristalada de la tienda y luego los pasos apresurados del profesor Kevork. Sentí un dolor punzante en los brazos, sobre los que había estado apoyando la cabeza durante seguramente mucho rato, dormido sobre unas piezas de patrones, igual que cuando de niño me quedaba dormido sobre los deberes de la escuela. Me quedé en mi sitio y no subí, donde estaban ellos, pues a pesar de que ya habían pasado muchos años después de aquel beso, o de aquel delirio, no me gustaba ver al profesor Kevork, ni quería saber nada de él. Absolutamente nada.

Escucha solo lo que tengo que contarte, Yiryis. Escucha lo que he comprobado por mí mismo y que creo que tú ignoras en una buena parte, a pesar de todo tu saber. No es un vicio, Yiryis, es una enfermedad.

Ya sé que es una enfermedad, dijo mi padre, pero una enfermedad incurable. Una maldición.

Hay un médico, Yiryis. Un médico francés muy famoso. Se llama doctor Gaétan Gatian de Clérambault. Me habló de él por casualidad mi tío Vartan, quien lo conoció en Tesalónica, en Grecia, durante la guerra, en 1916. El hombre estaba enfermo y mi tío Vartan lo llevó desde el camino en el que había caído inconsciente hasta el hospital francés. Así fue como se conocieron. Estaba enfermo de malaria y además sufría por las secuelas de una herida muy profunda en el hombro provocada por un fragmento de obús durante una misión de reconocimiento tras las líneas alemanas. A este médico

le gustaba mucho la fotografía y le enseñó a mi tío muchísimas fotos que había tomado en Marruecos, donde fue enviado para que se curara de su herida en el hombro, antes de ir a Tesalónica. En Marruecos Clérambault aprendió el árabe clásico y también el dialecto marroquí para poder hablar con la gente y saber si lo que él había descubierto en su país también existía allí, en Marruecos. Empezó hablando a la gente de las fotos que tomaba de vestidos de mujeres y otras telas, pues siete años antes de llegar a Marruecos este médico había publicado un estudio titulado *La pasión erótica de las mujeres por las telas*.

Al principio, mi tío Vartan creyó, o eso es lo que me contó a mí, que el hombre estaba enfermo de la cabeza, quizá como consecuencia de las fiebres que le producía la malaria. Pero ellos, después de hacerse amigos, siguieron carteándose durante muchos años, pues mi tío sentía y sigue sintiendo una gran curiosidad por esta extraña enfermedad y por las noticias que le contaba el médico francés.

Tras la guerra, mi tío Vartan vino a Beirut para vivir en nuestro pueblo. Fue entonces cuando me contó que el doctor Clérambault se había trasladado de Tesalónica a Fez, en Marruecos, que había tenido la intención de venir a Damasco y Beirut, pero que se había quedado ciego después de fracasar todas las operaciones quirúrgicas que le hicieron para quitarle unos glaucomas. Cuando dejó de escribir, mi tío preguntó por él en una de sus direcciones, un hospital de París, donde le informaron en una carta que llegó a finales de 1934 que el doctor Clérambault se había suicidado con su pistola del ejército en su casa situada en un suburbio de París.

¿Por qué me cuentas todo esto, Kevork?, le preguntó mi padre.

Para decirte que es una historia verídica y que yo mismo lo he comprobado, a pesar de las dudas de mi tío Vartan acerca de la salud mental de este médico después de enterarse de que se había suicidado en su casa. Según mi tío, si el hombre hubiera estado bien de la cabeza no se habría suicidado. Quizá todo lo que me contó, decía, lo fabricó su mente enferma. ¿Es posible que una mujer enloquezca de pasión por una tela? Nunca había oído algo así en toda mi vida.

Por la seda, Kevork, dijo mi padre. Solo por la seda.

Sí, solo por la seda, Yiryis, pero Atenea no es la única.

Lo sé, Kevork.

Solo escúchame, Yiryis. No he venido a decirte lo que tú ya sabes. He venido después de conseguir una copia del estudio de este médico. Me la ha mandado mi sobrina, que está estudiando odontología en París. Al parecer hay

muchas mujeres que presentan los mismos síntomas y puede que ahora su caso ya esté siendo tratado por la medicina. A lo mejor existe una cura.

Si conocieras la seda, Kevork, no tendrías esperanza alguna de cura.

El asunto está relacionado con el robo, dijo Kevork. Le traje unos vestidos hechos con todo tipo de sedas, pero no sirvió de nada. Lo que dice el estudio es verdad. Quizá empezaron por tratar la cleptomanía, quién sabe. Pues al parecer, antes de robar la seda, las mujeres que se encuentran en el mismo estado que Atena sienten una fuerte contracción en el estómago, una contracción dolorosa y agradable a la vez que no pueden controlar. A la vista de la seda, sus ojos se cubren por un velo de dolor, de dolor y de placer al mismo tiempo. Un largo vestido de seda del que solo querrán un pedacito que no conseguirán nunca desgarrar.

No conseguirán nunca desgarrar la seda porque oyen sus gritos. Todas ellas hablan del grito de la seda, un grito que no pueden soportar. ¿No te has fijado que desde hace un tiempo las manos de Atena están enrojecidas, maltrechas, hinchadas? Apenas cogió el vestido que le regalé quiso romperlo, pero no pudo. Se puso a llorar de dolor, no sabía cómo resquebrajarlo, había perdido el control sobre sus dedos. Gritaba y no quería que yo la ayudara. Todas oyen el grito de la seda, su voz cuando se mueve entre sus manos o en algún lugar cercano. Como si no supieran lo que es, como si no hiera una tela hecha de hilo.

Es que no es ninguna tela, Kevork. Es el único hilo que no fabrica el hombre. El único que nace ya hecho, terminado, tal cual lo conocemos. El único compuesto de proteínas vivas que no mueren. Ni lo fabricamos ni extraemos de su fibra una sola hebra, un solo filón.

Pero ellas no desean la seda, continuó Kevork. Se niegan, por ejemplo, a dormir bajo sábanas o edredones de seda o aun a vestirse con ropa de seda. Tú solo has visto esto en Atena, pero a todas les pasa lo mismo. Creen que dormir o vestirse con seda es un tipo de seducción amoral propia de las prostitutas, que utilizan sus cuerpos y sus camas para atrapar a los hombres. No es pues un vicio, Yiryis. Es una enfermedad que solo afecta a las mujeres y que no se parece en nada a las enfermedades que podamos sufrir los hombres, las enfermedades sexuales, quiero decir, no se parecen en nada. Nosotros nos aferramos a veces al terciopelo, a la piel, pero el asunto es muy distinto: a nosotros no nos excita la visión del terciopelo o de la piel salvo cuando los vemos sobre el cuerpo de la mujer o cuando evocan su presencia en nuestra imaginación. Pero el estudio sostiene, y ahora nosotros sabemos que es verdad, que estas mujeres no tienen la misma imagen de la seda

cuando hacen el amor con ella. Ni su tacto, ni su voz, ni sus gritos tienen nada que ver con nosotros, con nuestros cuerpos o nuestros miembros. Ellas nos olvidan por completo. Dejan de desearnos por completo. No existimos en sus deseos. Solo están la seda y el dolor del deleite que obtenemos por ella. El placer de este dolor, separado de cualquier otra cosa que se le parezca. A él se entregan exclusivamente. A él son llevadas sin haberlo elegido. No ven nada más. En el libro de Clérambault se cuenta que los comerciantes de seda fueron los primeros en darse cuenta de los peligros de esta, por eso prohibieron que fueran mujeres quienes la vendieran. En otros tiempos, encerraban a las mujeres que trabajaban en su fabricación, es decir, en su urdido o en su teñido, y solo las dejaban ir cuando habían terminado su jornada laboral. Después de muchos años siguiendo este ritmo de trabajo, las ingresaban en un manicomio.

Atena todavía no está loca, Yiryis. Delira, se inventa nuevas historias y nuevos roles. Quizá trata de escapar de este destino al que parece saber que se dirige. No nos hace sufrir voluntariamente. No nos odia. Solo es que no nos quiere, no quiere nada de nosotros, no le servimos de nada. El placer que siente haciéndonos sufrir, ¿no ves cómo intenta muchas veces expiarlo? No es mala, Yiryis, tú lo sabes tan bien como yo. Sabes que su aislamiento no es por odio hacia nosotros, tiene que estar sola cuando le asalta el deseo, sola en la oscuridad, sin ningún hombre delante.

La mariposa de la seda, Kevork, solo pone sus huevos en la oscuridad. Todos sus huevos machos serán alimento de los pájaros. Y solo en la humedad más oscura el hilo se deshace del cadáver asfixiado, en agua hirviendo, antes de ser aplastado por los enormes tornos de mármol para pulir su brillo.

No hables así, Yiryis, no hables así. Tal vez los médicos siguen intentándolo, en Francia... Le he pedido a mi sobrina que me escriba.

Me quedé donde estaba, inmóvil, quieto como una piedra, sin apenas respirar. El profesor Kevork se fue y mi padre volvió a cerrar con llave la puerta acristalada de la tienda. Apagó la luz y yo permanecí sumergido en la oscuridad. Luego oí su llanto ahogado.

En aquel momento, solo pedí una cosa a Dios: que aquella tarde no le llevara flores.

Pero él siguió llevando flores y rosas cada vez que nos retrasábamos en la tienda. Y eso es lo que también seguí haciendo yo después de morir él, aunque no me hubiera retrasado.

Le siguió llevando rosas incluso después de enterarse de que el profesor Kevork se había suicidado, transcurridos pocos meses desde aquella tarde en la que lo oí llorar en secreto. Mi madre no pareció muy afectada cuando se enteró de la noticia. Solo parecía sentirlo. Se quedó absorta durante unos segundos y luego dijo que era una pena que Dios se hubiera llevado al profesor Kevork tan pocos días antes de su estreno. Ahora tendría que encontrar sin demora otro profesor y eso no sería fácil.

A partir de aquel día, mi padre ya no volvió a prohibir tajantemente a mi madre ir a visitarlo a la tienda. Le dejaba que fuera al piso de abajo sola, sin permitir que ninguno de nosotros bajara mientras ella estuviera allí, por muy necesario que fuera para el negocio. Solo él descendía al sótano después de irse ella. Cada vez, yo le proponía ordenar las telas tras el paso de mi madre, para que no le cupiera ninguna duda de que yo también conocía su secreto. Mi máxima preocupación era que mi madre se fuera a otra tienda, por eso me pasaba la mayor parte del tiempo entrando y saliendo de la nuestra. Caminaba por la calle mirando a un lado y a otro, acudiendo sobre todo a la tienda de Abu Abdelkarim. Me tomaba un té fingiendo disfrutar de la compañía y amistad de su hijo, Abdelkarim. Muchas veces me daba por imaginarme que ella quería entrar en su tienda, y que yo debía estar allí para impedirselo y acompañarla hasta la nuestra.

En aquella época yo no me compadecía de mi madre. No había en mi corazón la compasión que había en el de mi padre. La pasión que él sentía por ella parecía no haber menguado lo más mínimo en todos esos años... Lo miraba mientras él la miraba, y me preguntaba si el amor que le profesaba no iría aumentando con el tiempo. Era amor, y no solo compasión.

Cuando a veces mi padre y yo nos deteníamos un momento en la iglesia de San Jorge, yo le pedía al santo, que llevaba el mismo nombre que mi padre, que me perdonara aquellos momentos, por pocos que fueran, en que empujado por la debilidad deseaba la muerte de mi madre. Entonces le suplicaba a san Jorge que intercediera por mí para que Jesús no me escuchara nunca en uno de esos momentos.

Cuando las visitas de mi madre a la tienda empezaron a espaciarse, me dije que entonces solo era una cuestión de tiempo. Que con la edad, su delirio iría debilitándose y menguando, y que eso dejaría a mi padre unos cuantos años de margen para vivir sin miedo. El miedo de verla aparecer por la tienda, por lo menos. Yo la ayudaba a inventar sus roles imaginarios, sus distintas historias sobre ella misma y sobre nosotros, para que pasara plácidamente

hasta ese otro mundo, el de la imaginación desbocada, y permaneciera en él, en su propio universo de ilusiones, en la amable ligereza del mundo.

¿Sabía mi padre todo aquello para soportarlo durante tanto tiempo con la paciencia de un santo? ¿Esperaba, como yo, que ella cruzara definitivamente la frontera que llevaba hacia ese otro mundo para quedarse en él para siempre y para que él, con el corazón sosegado, pudiera continuar enseñándome lo que su padre y su vida le habían enseñado?

Pero mi padre, que sabía muy bien que nosotros no vivíamos en la misma época, no llegó adonde llegó mi abuelo, cuyo nombre yo heredé.

Mi padre nunca me dijo: No te cases con esa mujer o no vivas en este país. Murió antes de que Shamsa entrara en esta casa. En cuanto al país, los tiempos no eran los mismos que los de su padre. O quizá yo tuviera menos fuerza. Quizá mi alma fuera más débil que la de mi padre cuando tenía mi edad, y por eso no osé aconsejarme algo que de todos modos no sería capaz de hacer. O quizá las palabras que mi abuelo dijo a mi padre y que quedaron en pura retórica, en un vano saber transmitido de generación en generación sin que nadie saque en realidad provecho de él, se hayan encarnado y materializado en la vida de mi madre, para que toda esta historia, pasada y presente, fuera al fin olvidada. Inútil tratar de aprender de las lecciones de nuestros abuelos. El consejo está demasiado lejos del tiempo a venir y no se saca provecho de la experiencia hasta que esta ya ha transcurrido.

Ni él ni yo obtuvimos pues provecho de los sabios consejos de mi abuelo. Ni de los de nadie. Todo lo que aprendimos, él y yo, vino como a destiempo, contra todo pronóstico. Nos atravesó como si fuéramos tan transparentes como la seda. No dejamos ninguna huella. Mi madre, y tras ella Shamsa, se fue allá donde habíamos previsto, donde sabíamos que iría, mientras que tal vez nosotros dos fuimos los únicos capaces, por haberlo previsto y sabido de antemano, de impedirselo, de retenerla.

O quizá lo que pasó no fuera sino consecuencia de todo ello. Como si el presentimiento fuera el que nos condujera a los acontecimientos, el que nos arrastrara hasta ellos.

Mi padre continuó diciendo: Escucha, Nicolás, la belleza no alcanza su culminación si no se deshace de todo lo que no es ella.

Así es como se sesga la vida que hay dentro del caparazón antes de que alcance su máxima plenitud, mientras los dioses gritan en la noche exigiendo las víctimas de sus sacrificios y libaciones para que se alce al cielo la plegaria a ellos dirigida, para que se trace una línea de separación entre el cielo y la tierra, para que el agua retroceda hasta los límites de la costa y sea retenida entre las márgenes de los ríos.

Cuando a la fuerza del hilo se le une su solidez, se anudan el deseo de poder y todo tipo de malvadas maquinaciones. Tal vez por eso los hombres de la Antigüedad limitaron el uso de la seda en el vestir a los reyes, sultanes y personalidades sacras, prohibiéndolo al resto de la gente. No era una muestra de tiranía, sino una precaución ante la seducción del poder, ante las ilusiones de hegemonía y toda la corrupción que estas originaban en las almas de las personas, en la sociedad, y ante la delimitación de las fronteras entre clases.

Justiniano no decidió por él solo aliarse con el negus de Abisinia. No fue él quien ideó el plan de los dos monjes nestorianos para robar el secreto de los huevos contenidos en el bastón hueco, sino que fue su mujer Teodora, la hija del domador de osos del circo imperial. Había trabajado como bailarina en tabernas y luego en burdeles bizantinos antes de hacer de la prostitución su profesión. Era una mujer hermosa e inteligente que, gracias a su astucia y deseo de poder, consiguió llegar hasta el emperador, casarse con él y gobernar a su lado antes de ocupar definitivamente su lugar, mientras el sabio Justiniano, con cuyo nombre se bautizó el siglo VI, se dedicaba a cuestiones relacionadas con el derecho y la arquitectura. Teodora era una hechicera, o al menos eso decían algunos libros, y su codicia y su amor por el lujo no se quedaron en el interior de las fronteras imperiales, sino que entonces necesitó la seda, para cuya obtención empleó todo tipo de artimañas. Cuando el pacífico Justiniano se preparaba para huir de la ira de los oprimidos, hambrientos y rebeldes después de que estos quemaran la iglesia de Santa

Sofía, orgullo de la arquitectura imperial, y otros muchos edificios, Teodora lo agarró y le prometió que ella se encargaría de resolver aquel asunto si luego él no le pedía cuentas de nada. Convocó a uno de sus amantes, el general Belisario, a quien ella había comprado un ejército de mercenarios, y le dijo: «No vuelvas si no es vestido con mi color favorito». El sol de aquel día se puso sobre más de treinta mil muertos de entre la población civil, y el sol del día siguiente despuntó sobre la emperatriz roja pavoneándose con sus sedas color coral ante los pintores de iconos. Los fabricantes y tejedores de seda de nuestras tierras tuvieron que esperar aún hasta el siglo IX para poder escapar de la vigilancia asfixiante de las leyes de Teodora. Tres siglos, en cada uno de cuyos días no se producían más de cinco centímetros de brocado marcados con el sello del funcionario imperial.

En todas las historias que se cuentan sobre la seda encontramos siempre traiciones, infamias y mucha mucha ambición.

Julio César no solo codiciaba las riquezas del Nilo en su guerra contra Cleopatra. Los caudillos de su ejército le hicieron saber, a través de sus informes, que aquella reina poseía «telas hechas de brisa». Cuando César volvió a Roma con los baúles de la derrotada Cleopatra, Roma vio la seda por primera vez. Sus senadores se apresuraron a prevenir a César sobre el uso de aquellas «brisas», al considerar que eran una afrenta a la moral de la época y un peligroso preludio de la decadencia. Después de esto, el senado, las casas de los senadores, sus mujeres y sus prostitutas, caerían presos en las redes del hilo de la seda y en su gomosa viscosidad.

Roma se hundió en su seda. Y siguió sumergiéndose en ella hasta ahogarse, asediada por los bárbaros. Lo primero que exigió aquel malvado bárbaro de Alarico para reducir el asedio de la ciudad fueron cinco mil vestidos de seda carmesí, además del oro y las especias. Le dieron todo lo que pidió pero no sirvió de nada, pues cuando abrió los baúles le asaltó esa codicia que no conoce límites, así que entró en Roma como una espada en el agua.

Los libros sagrados de los judíos no advirtieron sobre los peligros de la mezcla ni sobre la imposibilidad de unir a un toro y a un asno en un mismo yugo, por miedo a juntar lo que Dios había separado y para establecer entre las distintas especies unos límites que solo podían ser violados por efecto de una maldición o por la victoria del mal y de su progenie.

Lo que prohíben estos libros es la unión entre dos especies puras, es decir, entre dos especies distintas y consumadas, en una sola pasión.

Los primeros musulmanes comprendieron esto muy bien cuando vieron la seda de Persia y de Bizancio. Declararon pecado la unión entre esas dos tentaciones: el cuerpo de la mujer y la seda. Era tan alto su deseo por aquel cuerpo que le prohibieron involucrarse con seda fuera de casa. Lo declararon pecado y una insidiosa provocación. Un doloroso suplicio y una dura prueba que estaba muy por encima de lo que ningún ser humano podía aguantar a la vista de lo prohibido. Una sublevación en las calles que no seguiría las reglas de la misericordia y la compasión, y que haría que las personas transgredieran los límites de su humilde autocontrol ante la llamada del deseo... Por ello los legionarios del ejército cruzado, vestidos con tela de cáñamo y lana, no vieron ni rastro de seda en las ciudades que invadieron, solo en las cortes de los príncipes. Sus generales escribieron a sus frías y lejanas capitales que en Oriente los baúles y los tronos de los príncipes desprendían una luz más deslumbrante que la del sol de sus propias tierras, al que las nubes nunca velaban. Que debían, así pues, continuar las batallas para arrebatarse a esa tierra fangosa hasta su último campesino, para hacerle llevar las armas. Los bajeles cargados de cofres llenos de soles solo navegarían, de regreso a Europa, por un mar de sangre.

Pero los descubridores de la seda consiguieron, a través de numerosas y lentas épocas, preservarse a ellos mismos de sus males. O al menos en buena medida.

Hay una antigua leyenda china que dice que el gusano que se convierte en mariposa fue, en sus orígenes, una princesa a la que asesinó su madrastra, celosa de su belleza. Esta se convirtió, por la forma en que fue asesinada o por haber sido enterrada viva, en hilos o huevos. Este hilo no nace pues de la paz, del bienestar. Debemos recordar esto cada vez que nos acerquemos a él. Expiando por adelantado el mal asociado a su descubrimiento y fabricación, y para reprimir las consecuencias de su seducción, los chinos sembraron la antigua ruta de la seda con todo tipo de dibujos sagrados dirigidos a Buda y hallados en más de novecientas noventa cuevas a lo largo de ocho mil kilómetros. Los comerciantes se detenían en todas y cada una de ellas para dirigirles sus oraciones y plegarias.

Los tejedores de seda taoístas se inspiraban en un libro titulado *El libro de las transformaciones*. Este libro, que databa del siglo VII antes de Jesucristo, contenía sesenta y cuatro fórmulas secretas, cuya simbología solo puede ser explicada por el sabio Gran Maestro de la cofradía de tejedores. Cada una de estas fórmulas está constituida por hilos continuos entre ellos, que simbolizan el elemento masculino, y por hilos discontinuos, que simbolizan el elemento

femenino. Cada fórmula representa el Tao, el principio universal en torno al cual se organiza el mundo y todo el universo. La urdimbre del telar es el yang, mientras que la trama es el yin. En cuanto al número de hilos que intervienen en el tejido, su orden y disposición no es otra cosa que nuestra relación con las cosas de este mundo, la determinación de nuestra posición en él entre el pasado y el futuro. ¿Cómo confiar secretos de esta índole sino a los hombres más sabios, a los más instruidos? ¿Cómo iban a confiar al ignorante, al imprudente, al alborotado el arte de tejer una seda tan pulida como el *atlas*, por ejemplo?

En el proceso de entrelazado de los hilos de la trama con los de la urdimbre, que se realizará teniendo en cuenta siempre el número de puntos en los que esta última va atada al telar, sea este del tipo que sea, se repite un motivo, una imagen que se conoce por el nombre de cuadrados satánicos. Estos cuadrados, a los que también se llama cuadrados mágicos por su disposición en forma de tablero de ajedrez y cuyos colores blanco y negro representan la oposición, la armonía, la cohesión de todas las contradicciones entre lo femenino y lo masculino, entre la noche y el día, entre el yin y el yang, se transforman en cuadrados satánicos cuando se comete sobre la tela el más mínimo error, por inocente e insignificante que este sea. Cuando se violan los límites bien definidos y rigurosamente trazados entre dos especies puras se rompe el orden mundial y las peores maldiciones caen sobre la Tierra.

Mi padre me contó muchas otras cosas, terminando así sus últimas lecciones sobre la seda. Las mismas que me transmitió antes de morir, como para saldar su deuda y conservar las ordenanzas de la tradición.

¿Quién me ha matado, padre?

¿Quién me ha matado? Sé que no he muerto de muerte natural.

No he comido ninguna planta venenosa, no me han devorado los perros.

He muerto sin darme cuenta, sin haberme preparado mi cita con el ángel de la muerte. Lo he sabido por el giro que han dado las cosas, por el tiempo pasado sin mí.

¿He sido alcanzado por una bala perdida después de perderme por las calles quemadas y de escurrirme entre los barriles de una barricada para salir a este descampado desolado y tranquilo?

¿Ha estallado bajo mis pies una mina dejada por aquellos soldados que pasaron un día cerca del mar, aquellos que proferían gritos e insultos en una lengua que luego comprendí que era hebreo?

¿O quizá fui abatido por aquellos hombres armados y parapetados detrás del puesto de control al que llegué huyendo de los perros, aquellos que nos dispararon con sus metralletas por la espalda después de ponernos en fila contra la pared y de decirnos que nos agrupáramos para que nos pudieran llevar a un sitio seguro?

¿O el bombardeo lanzado por aquel enorme barco que fondeaba cerca de la costa me ha despedazado el cuerpo con un metal o un fuego que no he visto caer sobre mí?

Me desperté con el brazo agarrotado y dolorido, sin duda por haberme quedado dormido durante mucho rato sobre él. No encontré al perro *Zalch* a mi lado, aunque hacía poco yacía tendido a unos pasos de mí. Tampoco vi a la chica de la tinaja, a la que estuve mirando hasta que me dormí.

La luz iluminaba las entrañas de la tierra y todos los corredores de una forma extraña. Me puse de pie maravillado. Al mirar sobre mi cabeza me di cuenta de que estaba anocheciendo, aunque los últimos restos de luz del día me llegaban con facilidad, vertiéndose sobre mí casi verticalmente.

Con dos saltos salí del agujero.

Miré a mi alrededor sin dar crédito. Una tierra llana y vacía como la palma abierta de una mano. Una extensión horizontal, alisada, recubierta de hormigón, sin el menor relieve, sin la menor protuberancia.

Un desierto liso y sin arena cuyo horizonte circular se hunde en la oscuridad distendida, desprovista de la más mínima elevación del terreno hasta donde alcanza la vista.

Nada. Ni una piedra, ni una planta, ni un animal reptando por el suelo.

Miré de nuevo a mi alrededor. Nada. Caminé unos cuantos pasos y luego me detuve porque perdí el sentido de la orientación.

Me dije: el mar. Tengo que buscar el mar. Si no lo encuentro es que estoy soñando o que me he vuelto loco.

A lo lejos, las aguas tranquilas brillaban con reflejos violetas una vez el sol se había hundido en ellas.

Debo bajar hacia el mar, me dije. Desde allí intentaré situarme, saber dónde estoy. Y desde allí determinaré la dirección de la tienda o de cualquier otro punto de referencia con el que poder guiarme, reconstruir el itinerario que debo seguir.

Me giré y no vi el agujero del que había salido. Me puse a caminar sobre aquella vasta superficie pavimentada, el mar justo enfrente de mis ojos. No tenía miedo. La vista del agua me daba confianza. Para llegar a ella, solo debía caminar en línea recta.

Luego vi un mar de sillas vacías, alineadas en secciones cuadrangulares, como soldados formando escuadras, colocadas en líneas paralelas, todas ellas de cara al mar.

Me quedé plantado en mi sitio, boquiabierto. Su número debía de contarse en decenas de miles. Decenas de miles de sillas preparadas para que en ellas se sentaran personas y miraran el mar. Así, delante de él.

Avancé, atravesando aquel océano de sillas. Antes de llegar al agua, vi un escenario de madera sobre el que se alzaban unas grandes columnas de focos apagados y un cartel de grandes dimensiones en forma de sello con el rostro de la cantante Fairuz<sup>[1]</sup>.

De repente, uno de los focos del escenario se encendió y yo me cubrí los ojos con las manos para protegerme de su luz cegadora, que me deslumbró y me impidió ver hasta pasados unos minutos.

Me dije que debían de estar celebrando algo. Un gran concierto en medio de aquel otoño tan cálido.

Al no ver a la cantante, al no oír su bella voz, al no encontrar a nadie en las sillas, escogí una y me senté, esperando a que empezara la fiesta.

De vez en cuando, mis ojos deslumbrados me hacían ver una fina capa de agua cubriendo toda aquella explanada de hormigón sobre la que se reflejaban el cielo y la esplendorosa luna de septiembre. Entonces me vinieron ganas de levantarme y ponerme a correr sobre ella, en todas las direcciones, de labrarla.

Luego me pregunté que para qué volver de nuevo a ello. ¿Acaso no me había pasado toda la vida labrando aguas?

¿No es eso lo que siempre hemos hecho, padre?

*Invierno de 1995 — primavera de 1998,  
París.*



HUDA BARAKAT (Beirut, Líbano, 1952). Huda Barakat nació en Beirut en 1952 y vive en París desde 1989.

Nació en el seno de una familia católica maronita en Bisharri y se graduó en literatura francesa en la Universidad libanesa en 1975. Se doctoró en París y decidió volver al Líbano durante la Guerra Civil Libanesa, allí trabajó de maestra, traductora y periodista antes de instalarse definitivamente en París en 1989.

En 1985 publicó una recopilación de relatos y en 1990 la novela *La piedra de la risa*, con la que ganó el prestigioso Premio Al-Naqid de literatura árabe. Su segunda novela, *La luz de la pasión*, fue publicada en Beirut en 1993. Con *El labrador de aguas* ganó el más prestigioso premio literario de las letras árabes: el Premio Naguib Mahfuz de literatura en 2000. Sus libros han sido traducidos a más de 10 lenguas.

# NOTAS

[1] Famosa cantante y actriz libanesa. Su carrera se extiende desde 1945 hasta la actualidad. (N. del E. D). <<

Huda Barakat  
El labrador de aguas



Lectulandia